

Rafael
Montejano y
Aguinaga

Tesoros Ocultos del Viejo San Luis

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., 1995

Al amigo, maestro)) Buen
tesoro de nuestra cultura. Gracias


**Tesoros Ocultos
del Viejo San Luis**

RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

Tesoros Ocultos del Viejo San Luis

Segunda edición

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S. L. P., 1995

Primera edición octubre de 1992,
Segunda Edición noviembre de 1995.

UNIVERSIDAD DE POTOSÍ
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y FÍSICAS
CARRERA DE INGENIERÍA EN QUÍMICA

© Derechos Reservados por el Autor.
ISBN-968-6194-87-8
0429-95032-A0084

Editorial Universitaria Potosina

*En el Cuarto Centenario
de San Luis Minas del Potosí
de la Nueva España.*

*A la memoria de los imponderables
FRAY DIEGO DE LA MAGDALENA,
humilde lego doctrinero, y de
MIGUEL CALDERA
modesto capitán mestizo
pacificadores de la Gran Chichimeca,
fundadores de pueblos,
descubridores de este gran tesoro
que es San Luis Potosí.*

Noviembre de 1992.

BOCAMINA

Más, mucho más, que el laborioso trabajo y que la azarosa lotería, los "entierros", "relaciones" y "tesoros" escondidos, han levantado, en un decir Jesús, hasta los minaretes de la riqueza, a sin número de menesterosos muertos de hambre, que muy taimadamente doblaron y ciendoblaron los haberes de los que ya mero-deaban por las altas cumbres de la opulencia. Tan sólo sobrepuja a esta simple y veloz manera de amasar fantásticas fortunas, la política. Metidos en las tenebrosas maquinaciones de esta pingosa actividad que es la política, fingiendo falso patriotismo, muchos que no tenían en sus vacuas faltriqueras ni un céntimo, ni en efectivo ni en vergüenza, se tornaron millonarios apañando los dineros del pueblo. Pero me huyo del camino. Regreso a él. Dichas "relaciones", en onzas de oro, en doblones, en barras, en joyas, de ordinario fueron mal habidas, tanto más mal habidas cuanto más voluminosas: si las enterraron sujetos de posibles, de seguro que la fortuna se amasó con los sudores del pobre; y si de bandoleros, claro está que de robar al rico.

En el Viejo San Luis, con sus minas aurifluentes, sus haciendas fructuosísimas y su movido comercio, se criaban colosales fortunas. Eran éstas una apetitosa, irresistible provocación. Pululaban los salteadores, igual que en el moderno San Luis. Sólo que aquellos bandoleros eran hombres bizarros, jinetes rebozantes de audacia y osadía, sujetos que traían a gala jugarse riesgosamente la vida en sus raterías. Urdir y consumir asaltos, blandiendo aceros o intercambiando arcabuzazos, y traer luego, pegadas a los talones,

caracoleando airosamente, las tropas del rey, para finalmente, escabullirse y ocultar lo robado, sin dejar huella, derrochando arte, donosura y gallardía, era su gozo y afición.

Aquellos malandrines, reliquias de quien sabe qué casta de caballeros medioevales, ejecutaban riesgosas hazañas, componían trovas, requebraban doncellas y casadas, desfacían agravios, espolvorizaban la maldad con migajas de virtud.

La autoridad, por mano de los aguerridos corchetes o de la temible Acordada, los acosaba sin cesar. Y cuando los prendía, que no era raro, sabían morir no con ampulosas pantomimas, narcisistas y vanidosas, sino a la cristiana, contritos, musitando los penitenciales. Respondían, en fin, a denominaciones gallardas, armoniosas, macizas, imponentes: Astorga, Lope de las Botas Largas, Isidróñ Portocarrero, Miguel Chiquito.

A fe que los salteadores de hoy, los muy follones, no arriesgan nada. Apadrinados por la autoridad, la misma que los incuba, no blanden los aceros con aquella maestría guerrera: muerden. Ni se juegan la vida en riesgosas empresas, ni hacen nombradías, ni ponen el corazón en actos hazañosos. Muy ternes, muy fierabrases, extorsionan. Ni se arriesgan a hurtar las sobras del poderoso, sino que se avorazan sobre el desvalido, sobre el que carece de "influencias" o sobre las arcas del pueblo. Finalmente, responden a denominaciones viles: mordelones, aduanales, policías, inspectores y otras de idéntica bajeza.

Y no entierran sus tesoros. Hasta eso nos roban: la ingenua ilusión de descubrir que muy cerca, al alcance de la mano, hay una gran fortuna, y de buscarla afanosa y empecinadamente con varas, péndulos, zahoríes, cartomancianos, adivinos y aun con detectores electrónicos que no saben fallar. Avariciosos, validos de prestanombres alcahuetes, los invierten en muy productivas empresas, subsidiarias de alguna trasnacional o los cambian por dólares que depositan luego en un banco suizo o norteamericano.

Pero no todas esas fortunas se acumularon a base de derramamientos de sangre. Hubo otras, de desusadas proporciones igualmente, que nacieron y crecieron a la sombra del agio y de la usura y a costa de ricos venidos a menos o de ilusos que aspiraban a más. Esas riquezas mal habidas, no fueron a parar a ninguna

cueva ni lugar en despoblado, sino en corrales o en salas o en paredes, donde los avaros las soterraron. Y ni ellos ni los suyos las pudieron gozar.

Otras fortunas más, fueron hijas de la natural inclinación del hombre por alcanzar las cimas de la opulencia y disfrutar de ellas viviendo a lo gran señor. Precauidos, por temor a un robo, o desconfiados, por miedo a la curiosidad que husmea y esculca, a falta de bancos y de cajas fuertes, las pusieron en seguro en algún escondite doméstico, donde podían contarlas, asolearlas, contemplarlas y conservarlas a buen recaudo. O bien, anticipándose a algún cuartelazo o desorden político, afianzaban su haber escondiéndolo en lugares insospechados.

O el mal acabar de unos, o el destierro de otros o, simplemente, el morir de otros más, convirtió esos "entierros" temporales en entierros a perpetuidad. Corrieron los años y las generaciones; a veces también los siglos, y los clavos que aseguraban las tapas que escondían esos tesoros, se remacharon más y más hasta perderse la memoria de ellos. De vez en cuando, sin embargo, y cuando menos se espera, algún afortunado impensadamente da con uno de esos entierros. Se descubre al caso cuando, el que vivía en una casa ruín, de la noche a la mañana se convierte en propietario de una o varias mansiones que pone en alquiler; o el que vivía trabajosamente de fiado, de repente cambió de domicilio y se tornó muy despilfarrador; o un negocio ratonero de más o menos, empezó a rodar sorpresivamente por la calle real de la prosperidad.

Muchos años ha, un paupérrimo zapatero remendón avecinado en el Tecuán, mal vivía con lo que le producía el parchar y reparar zapatos viejos. Su esposa, al caer la tarde, recorría el vecindario recogiendo las sobras de las comidas y con ellas sostenía una piara de cerdos famélicos. Estos, con el apetito siempre insatisfecho, en los largos ayunos saciaban su hambre trompeando en el corral en busca de lo que fuera. Así dieron con un cántaro repleto de dinero. El feliz descubridor de esta relación, la invirtió en casas. Sus hijos crecieron y, al cabo de los años, al empezar la década de los veintes, dos de ellos riñeron por cuestión de intereses, y el uno mató al otro, su hermano. En la prolongada y costosa defensa, se les fue el caudal. Al Dr. D. Jesús N. Noyola, como médico legista,

le tocó examinar a la víctima.

La vetusta Casa de Liñán, en la que no hace mucho estuvo la Maternidad Monjarás, en la época cedillista servía de vecindad. Formó parte, en aquellos remotos ayeres, de la hacienda de beneficiar metales llamada de Nuestra Señora de Guadalupe, convertida a principios del siglo pasado en la "Tenería de la Pirinda", rica, muy rica en jales. De una de esas viviendas era inquilino un señor tortero de oficio. Un día tuvo necesidad de ensanchar su negocio y abrió un hoyo para hacer barbacoa. A los primeros golpes del zapapico, dio con un caldero de cobre lleno de monedas. Más tarde, en la misma vecindad, vino a descubrirse, no sé cómo, pero sí por quien, un recipiente con igual o parecida cantidad de dinero.

El periódico Acción, del 28 de noviembre de 1941, publicó la noticia de un "cuantioso tesoro enterrado en el número 17 de las calles de Peña y Peña". Y explicaba: "Enorme escándalo ha causado por el rumbo el hecho de que fueran llamadas a declarar ante el Ministerio Público las personas a quienes se cree innodadas en el robo de más de veinte mil pesos, los cuales fueron encontrados en monedas de oro, guardadas en un cajón que estaba enterrado en el patio de la casa".

Unos cuantos años después, cuando unos albañiles ejecutaban ciertas reparaciones en uno de los más fuertes comercios del Cedral, mientras revocaban una pared, toparon con unas bolsas, podridas ya, copeteadas de pesos fuertes, escondidas en una alacena tapiada. El dueño de la casa, al ruido de las monedas que caían en chorro y rebotaban en el suelo, corrió a ver. No se mostró alborozado; al contrario, aparentó enojo, y recriminó a los peones por descuidados y entrometidos. Al menos así lo publicaron el Nuevo Día, de Matehuala, y los diarios de aquí.

Los que han encontrado parte del inmenso tesoro escondido por Miramón en los alrededores de Villa de Arriaga, son montón. De ellos damos relación en el capítulo respectivo.

En pozos, o en cuevas, o en un simple socavón, a pesar de lo que la veleidosa suerte ha repartido generosamente, quedan todavía desperdigados en el ancho suelo de la Provincia de San Luis, lo mismo a muchas varas bajo tierra que a una cuarta, incontables riquezas, como las que memoramos en los capítulos que siguen.

EL TESORO DE MIGUEL CHIQUITO

Entre aquellos salteadores de ánimo esforzado, causas crónicas de agudas cefalalgias para la Santa Hermandad, el Real Tribunal de la Acordada y las tropas del rey y que traían en sobresalto perenne a las gentes del Viejo San Luis, llenándolas de medror; está, o estuvo, Miguel Chiquito, amo y señor por luengos años de los principales caminos que cruzaban este altiplano paramero e inflamado de sol. El campo de sus correrías era muy vasto. Había plantado sus mojoneras en Dolores, Lagos, Encarnación de Díaz, Aguascalientes, Zacatecas, Fresnillo, Mazapil, Charcas, San Luis Potosí y su guarida y alacena en las Salinas del Peñol Blanco. Toda la tierra que abarcaban esos hitos, caía íntegra bajo su jurisdicción.

Miguel Chiquito era capitán de una selecta gavilla de forajidos sin temor ni a Dios ni al rey, pero colmados de todas las habilidades necesarias en la profesión: agilísimos para desplazarse de un lugar a otro, a pesar de las muchas leguas intermedias; certeros e infalibles con sus pistoletas, que no desperdiciaban ni tiempo ni nada para asestar definitivos plomazos en el corazón o en la entreceja; rápidos y firmes en el arreo de recuas o en vaciar carromatos, por más pesadas y bromosas que fueran las barras o las talegas de plata y oro; escurridizos y mañosos, que en un santiamén se desperdigaban y desaparecían como si los hubiera sorbido la tierra; y con la rudeza necesaria para despachar muy lindamente, sin titubeo ninguno, a las víctimas impacienzudas que no tomaban la cosa con resignación.

Todas éstas monadas alcanzaban su quinta esencia en Miguel Chiquito. Hasta la corpulencia. De pachacho, no tenía nada, era un hombrachón, arrancado de quién sabe que robledal, musculo-

so, moreno, de pisar fuerte, garrido. Le sobraban méritos para ser el capitán de esa gavilla de matantes.

El asiento ordinario de esta rinfra de truhanes, era el cerro del Peñol Blanco, desde allí espiaban todas las llanuras de los alrededores, pero tenían otros minaretes en los puntos por donde podían otear los caminos que transitaban las largas reatas de mulas o de las minas de Pinos, Charcas, Ramos y demás reales o de los comerciantes de Ojuelos, San Felipe, Lagos y otras villas.

Buscaban las alturas. En ellas tenía siempre Miguel Chiquito, una partida al mando de uno de sus segundones. En los alrededores de esas alturas, abría las cuevas o pozos para guardar lo hurtado.

También tenía Miguel casa en San Luis. En el barrio de Santiago, en las haldefueras de la ciudad, a la vera del viejo camino de Zacatecas —de donde tomó nombre la calle— estaba su morada, una amplia casa con muy vastos corrales y una huerta abandonada con más pozos, casi todos secos, de los que eran menester. Aquí pasaba por un próspero arriero dueño de recias y bien plantadas mulas, todas con su propio fierro. Lo que no se sabía era que, en esos pozos secos, en covachas muy bien disimuladas, escondía lo mejor; y que en esas brisas acémilas transportaba mercancía mal habida y botijas llenas de aire y lana que, en vez de vino, contenían onzas de oro o doblones o joyas.

Pasando por honesto y laborioso arriero, frecuentaba las Cajas Reales y los comercios, rondaba por el viejo mercado y las plazuelas donde se abrían los tianguis, como buscando carga. De este modo se informaba de lo que estaba por salir y de lo que estaba por entrar; así alcanzaba conocimiento de los quintos que al rey mandaban los mineros de todos los reales de la jurisdicción; así discurría qué conductas convenía atrapar o cuáles era prudente dejar ir. Con sus correos y cómplices, a su tiempo, giraba las providencias más a propósito para el asalto.

Las conductas del rey, sobre todas, le fascinaban. El par de diminutas banderas, una de España, otra con el Escudo Real, sobre las barras y tejos del metal precioso que conducían las mulas; las cantarinas campanillas que colgaban de las colleras al cuello de éstas; los ricos y elegantes aparejos; lo largo del hatajo, eran una inci-

tante provocación para la gula salteadora de Miguel Chiquito. Año hubo en que ni de Pinos ni de Ramos ni de Charcas y ni de aquí para México se salvó una de estas conductas.

Para satisfacer las ambiciones de las coimas de todos y tapujar sus fechorías, vendiendo en el mercado lo sobrante como honestísimos mercaderes, ponían mano sobre los carreteros. Les arrebatában todas las mercancías y a las mujeres las desvestían, les quitaban sin ningún miramiento collares, zarcillos, sortijas de todo género; vaciaban los cofres, hacían trizas las maletas; esculcaban hasta los chongos de las señoras. Luego se perdían.

Los repetidos y escandalosos salteamientos de las cuadrillas de Miguel Chiquito rebasaron todas las medidas. Aquí y en los pueblos por donde merodeaban, las autoridades reforzaron las milicias y las lanzaron tras los bandoleros. Las largas y tenaces persecuciones resultaron fructíferas, ora acá, ora allá, mataban a uno, aprehendían a otro, que luego lo dejaban colgado en el mismo lugar, para escarmiento, y Miguel Chiquito, poco a poco, se quedó solo. Una de sus barraganas, habiendo caído ella en las sospechas oficiales por sus inexplicables despilfarros, lo delató. Aunque cercaron su guarida, no lo pudieron coger. El fogueo de tantos años vividos entre los riesgos se adelantó a los aprehensores. Husmeó el peligro y huyó. Pero antes, con un veloz mete y saca, la dejó bien muerta, por traidora y fementida.

Fue peor para Miguel Chiquito. Eran tantos los perseguidores, que por fuerza tenían que darle alcance. Una arcabuzazo por la nuca lo dejó sin fuerzas y rodó del caballo. Nunca volvió a recuperar el sentido. Al rato, con maciza sogá al cuello, pendía de un árbol.

Con el tiempo, al trascender las confesiones de los secuaces de Miguel Chiquito, se empezó a saber la cuantía de las fabulosas cargas de oro, plata y joyas que dejó enterradas. Consta de algunas que han sido buscadas con terco e inútil afán. Una está en el Cerro del Peñol Blanco, cerca de Salinas, S. L. P., y otra en los terrenos de lo que fue la Hacienda de la Corcovada y otro más en la Cueva de la Iglesia, en las proximidades de Ventura. Las dos últimas las formó Miguel Chiquito con lo apañado a las conductas que transitaban de o para Guadalcázar y de o para Tampico.

Esta "Relación" ocultada en la susodicha cueva, la sondeó

con muchas ansias el gobernador don Carlos Diez Gutiérrez. Jamás dio con ella. Ninguno ha dado. Un venturoso rancharo, tiempo ha, por acaso, descubrió tres barriles repletos de sonoros doblones, cerca de un arroyo, en un rincón llamado El Caracol, parte del Cerro de la Mesa, jurisdicción de Corcovada. Pero este hallazgo es, apenas, una porción descaminada del tesoro o "entierro" principal.

De los tres lugares dichos, el más explotado es el de Peñol Blanco. Sus alrededores están hechos criba, de tanto como han excavado allí. Guiándose por las varas, aleccionados por clarividentes y espiritistas apoyados en nigromancias o geomancias, orientados por aparatos detectores o a la simple malicia, ora con picos, ora con dinamita, no han dejado los buscadores en el mentado Peñol Blanco un punto inviolado. Almas en pena, a veces, tienen allí su aquelarre. Llamadas enormes, de cuando en vez, ascienden de la piedra viva. Bolas de fuego en determinadas noches saltan de peña en peña. Es Miguel Chiquito con toda su cuadrilla de desafortunados, que invita al escarbadero. Algunos han encontrado algo, pero emanaciones misteriosas les roban el sentido, a consecuencia de lo cual, a poco se les desata el alma.

Hemos visto estos escarbaderos, arriba y abajo del cerro, en las atarjeas viejas, en las cercas de los corrales, en los alrededores de unas tapias viejísimas, por los arroyos. No se ve, en el Peñol Blanco, sitio sin espulgar, hay pozos que paran en losa dura, cráteres, cuevas y covachas, galerías de cierto largor. Todo ello abierto en vano, con esfuerzos inenarrables dignos de mejor causa. Hay quienes se hayan pasado noches enteras, tendidos en los lugares más sospechosos, entre ceras y flores, como si fueran verdaderos muertos, para ver si así, en esta fúnebre actitud, se les aparece el ánima de Miguel Chiquito o de algunos de los suyos y les da la clave de los tesoros escondidos. Y nada.

Tiempo hace que un rancharo de las cercanías del Peñol Blanco, en lo último de la necesidad, salió a cazar ratas para comer. Había llovido. Era el momento oportuno para coger esos animalitos empapados y entumecidos al borde de sus hoyos. En busca, pues, de los sitios más a propósito donde los charcos se multiplicaban, llegó a un arroyo. Todavía escurrían las aguas broncas,

arrolladoras, revueltas. Habían deslavado mucho las paredes del cauce, que ya desde antes era profundo. Gracias a esos deslavamientos, afloró una buena parte de un barril, que no tardó en descubrir el cazador aquél muerto de hambre. Olvidó las ratas. Despanzurró el tonel, y sacó montones de pesos fuertes que trasladó pronto a otros lugares. Después en sucesivos viajes, cargó con todo el tesoro, mínima parte de lo que dejó Miguel Chiquito.

No tardaron en pasar por el susodicho cauce otros campesinos ni en descubrir los pedazos de barril ni el hueco, amplio, evidente, definido, que ocupó durante su largo enterramiento. Lo vimos una vez. Así trascendió el hallazgo. Resucitaron las ansias exploratorias y codiciosas. Enjambres de buscones se abatieron de nuevo sobre el Peñol Blanco, de día y de noche, con toda clase de artificios, unos con mapas y descripciones más o menos auténticos otros a ciegas, buscando la "relación" inencontrable de Miguel Chiquito.

De manos de un viejo, muy viejo, de Salinas, ahora ya difunto, recibimos un hológrafo, de consistente papel hecho a mano, relinda marca de agua, muy ajado, pero legible aún. Es la descripción que hizo el español Bernardino Callejo, uno de los secuaces de Miguel Chiquito, aprehendido en Sombrerete, Zac., después de la muerte de éste, y pasado por las armas, con tiempo apenas para lavar su alma y relatar lo que sigue, que transcribimos modernizando la grafía, y que dice así:

"En el nombre de Dios Todopoderoso y de la Sagrada Virgen María, Nuestra Señora, digo yo, Bernardino Callejo asistente y compañero de mi Capitán Miguel Chiquito (a quien Dios haya perdonado) con quien yo viví en una cueva en el Cerro del Peñol Blanco, cerca de Salinas, conocida con el nombre de Lagunita, en cuya compañía permanecíamos acechando las conductas del Rey y los cargamentos que por aquellas cercanías pasaban".

"Declaro que después de haber colgado a Miguel Chiquito nos hicieron una persecución tan fuerte a Faustino Zapata, a su hermano Manuel, a Crescencio Carreón y a Pedro González, que fueron pasados por las armas del Rey en San Miguel el Grande, habiéndome escapado yo y Dionisio Casillas a pies de caballo. En la carrera nos tumbaron de un balazo a María Pascuala Castro, en

el Ojo de Agua de Mastranto, que verás en el Arroyo de las Jaras. Yo y mi compañero Dionisio Casillas, no teniendo esperanzas de salvarnos dejamos la tierra y nos fuimos para Durango a levantar fuerzas para vengarnos, porque ya las tropas milicianas habían acabado con nuestros compañeros. Pero no lo conseguimos, porque en la Villa de Sombrerete nos aprehendieron por obra de una mala mujer con la que tenía comercio mi compañero Dionisio Casillas. Allí nos dijeron que por tantos robos con asaltos y tantas muertes seríamos fusilados dentro de tres días. Habiéndonos confesado, para que podamos gozar del cielo y no anden nuestras ánimas penando, discurrimos mi compañero y yo noticiar a las personas que fueren del agrado del Padre Martínez, que nos confesó, dónde están enterrados los tesoros que robamos; los que están enterrados en el Cerró del Peñol Blanco, como adelante se verá. Y para no tener responsabilidades con nuestro Dios que nos creó y nos ha de juzgar, dejamos escrita esta relación”.

“Preguntarás en Salinas Santa Rita el rancho de López, cuál es el Rancho de Las Jaras, en donde encontrarás un arroyo muy hondo, también te informarás dónde era la tarjea vieja, que puede estar todavía o un pedazo o cimientos de ella. Escarbarás en las dos esquinas. En la que está arriba, cerca de la pila, a distancia de dos varas poco más o menos, hallarás cuatro botijas de onzas de oro y una carga de reales; y luego, escarbando a distancia de una vara, hallarás una cuchilla que está enterrada de punta y abajo el dinero”.

“En seguida buscarás la punta de la tarjea para el lado bajo. Y en la misma distancia de dos varas, te hallarás también otro cajón de reales. Arriba está un muerto. Dicho muerto fue Saturnino Campos, nuestro compañero, a quien mató Faustino en un pleito que tuvieron por una mujer, y allí quedó enterrado”.

“Sacarás estos tesoros, te subirás al Cerro del Orégano, verás al norte, y en el frente que está al sur, están dos cuevitas que dejamos destapadas; contarás los pasos que hay de una cueva a otra, y a la mitad y al pie de los relices, escarbando hallarás un pozo de cuatro varas, que está arretacado con cuernos, cabezas de res y tierra suelta. Dichos cuernos son de los animales que matamos pa-

ra comer. Allí te encontrarás un cuerpo de la mujer Crescencia que murió de parto y la sepultamos con un cajón de reales”.

“Después te pasarás al Ojo de Agua, donde nos mataron a Pascuala Castro, y allí quedó tirada. Y ya no supimos si la levantaron o no. Pondrás los ojos mirando al norte, y en el mero ojo de agua contarás trescientos pasos ladera arriba, donde hallarás una pared de piedra y lodo que está tapando la puerta de la cueva de Lagunita, donde está lo bueno. Quitarás piedra por piedra, y al entrar, a mano derecha, verás una Virgen de Guadalupe, y más abajo, una difunta, que es la mujer de mi compañero Miguel Chiquito. Se llamaba María Espiridiona Reyna, de San Felipe”.

“Si la descubres, no te asustes. Y entrando con mucha luz en la mano, verás tres montones de dinero que te dará miedo, muchas barras de plata, como doscientas armas de fuego, bastantes fardos de ropa, que ya estarán podridos, muchos frenos y sillas de montar y una arca con toda clase de sortijas. Al entrar, a mano izquierda, están unos bultos grandes llenos de canela. En la puerta de la cueva estaba un tepozán; al otro lado, un encino”.

“También preguntarás cual es el corral viejo de San Juan sin Agua; y al entrar a la derecha, hallarás tres botijas de onzas de oro en la puerta, tapadas con una piedra laja y a distancia de una vara”.

“Les suplicamos yo y mi compañero Dionisio Casillas a las personas que alcancen a descubrir estos tesoros, saquen los cuerpos que están enterrados y los lleven a tierra santa y les manden decir a ellos y a nosotros una misa todos los días, por el bien de nuestras almas, por un año, pues para todos alcanzan las riquezas que dejamos, y les den también una caridad, a los pobres, lo que sea su voluntad”.

“Esto es lo que sabemos que dejó mi Capitán Miguel Chiquito en el Cerro del Peñol Blanco, que lo que dejó en otras partes, lo ignoramos, porque por allá mi Capitán Miguel Chiquito andaba con otros compañeros”.

“En la dicha Cueva la Lagunita hallarás un mapa delineado en una laja, que es de la casa de mi Capitán Miguel Chiquito en San Luis, donde también enterró la parte que era de él en la que hay mucha plata quintada y botijas con onzas de oro y joyas”.

“Esto digo yo, Bernardino Callejo y mi compañero Dionisio Casillas antes de morir. Amén”.

Desde que, en tiempos inmemoriales, se conoció la “relación” de Miguel Chiquito, la búsqueda de tan apetitoso tesoro prosigue con tenacidad. En todas formas. Aun con la ayuda de helicópteros y por incontables extranjeros. Aun hoy, no cesan las tupidas romerías al Peñol Blanco en la Semana Santa. Con la ambiciosa intención de ver cómo se abre la entrada en una de esas noches, pernoctan a campo raso y con los ojos bien abiertos, atisbando todos los recovecos sospechosos. En 1992 el Viernes Santo cayó en el 17 de abril. Fue cuando un salinense que, ha más de medio siglo, por obra de un “hallazgo casual”, dio con la entrada a la cueva de Miguel Chiquito, dirigió al gobernador varios oficios acompañados de dos planos y la “relación” o descripción escrita. Es lo que transcribimos a continuación.

“Abril 20 de 1992. . .”

“Suplico a usted señor Gobernador que de acordarse al estar aquí próximamente el señor Presidente de la República, me haga favor de recordarle de un inmenso tesoro que le tengo propuesto ordenar extraer para la Patria ya tiene el antecedente de eso”.

“El tesoro lo tengo localizado en el cerro del Peñón Blanco cerca de Salinas de Hidalgo, S. L. P. para en caso de determinar algo por conducto de usted, ir a decirle donde y como está pues soy ya un anciano de 83 años que casi no puedo andar y temo morir sin ver a mi querida Patria libre de deudas”.

“Mi lugar de origen es Estación Peñón Blanco, del Municipio de Salinas de Hidalgo, S. L. P. pero estaré aquí con mis familiares en la dirección del membrete de arriba para saber definitivo sí o no a mi proposición”.

El gobernador acogió con interés la documentación recibida y movió sus hilos. El Secretario de Fomento Económico informó al solicitante:

“Por encomienda del Sr. Gobernador, enviamos con usted técnicos de la Dirección de Fomento Minero del Estado, para hacer una observación preliminar de la zona del C. del Peñón, donde usted les mostró el terreno donde posiblemente se localice el acceso a una caverna donde se aloje un tesoro.”

“Después de recibir el reporte de los ingenieros que lo acompañaron, deducimos la elevada dificultad de hacer la localización de la citada caverna mediante excavaciones manuales en diferentes sitios, razón por la cual nuestros técnicos contemplan la aplicación de métodos geofísicos para ayudarse a localizar la posible cueva.

“Lo mantendremos informado en caso de que se decida aplicar los procedimientos mencionados. . .”

El 8 de junio siguiente los ingenieros comisados rindieron su dictamen:

“En respuesta al oficio de comisión DGFM/174/92. del día 4 de junio, efectuada al Mpio. de Salinas de Hidalgo. . . para que se tendiera para su estudio y opinión a la brevedad posible un asunto relacionado con la localización de un supuesto tesoro en el área del Cerro del Peñón Blanco en el Mpio. antes mencionado”.

“En base a lo anterior se presenta el siguiente reporte: El día 4 de junio nos trasladamos al área en cuestión acompañados del Sr. J. Jesús Colis Ramírez e hijo del mismo nombre para localizar en la parte sur del intrusivo granítico del Peñón Blanco el sitio en donde supuestamente, según los Sres. Colis, se encuentra un túnel que conduce a una cueva en donde se guarda un gran tesoro el cual fue acumulado y escondido en ese lugar en el siglo XVIII por el célebre bandolero Miguel Chiquito”.

“Atendiendo las indicaciones del Sr. Colis, quien nos indicó en el campo algunos puntos de referencia para localizar la entrada al túnel, procedimos a recorrer el área minuciosamente, tratando de encontrar algún indicio veraz de la existencia de dicho túnel.”

“Desde el punto de vista técnico, se deduce lo siguiente:”

“I. El Cerro en cuestión es de origen ígneo y de acuerdo a la composición de este tipo de roca, no es posible que se hayan desarrollado cavernas o grutas. Esto es posible sólo en rocas sedimentarias de composición calcárea”.

“II. Se sabe y es comentado en el área de Salinas y aún en esta ciudad que este tesoro se ha buscado intensamente por personas no sólo de este Estado sino también por gente de otros estados de la República y del extranjero.”

“III. Debido al desconocimiento exacto del sitio donde pu-

diera estar la supuesta entrada al túnel, se concluye que es muy aventurado tratar de dar con el acceso, ya que durante el tiempo transcurrido, la montaña ha sufrido derrumbes, razón por la cual, toda huella que pudiera haber, ha quedado borrada” . . .

El Sr. Colis Ramírez no se dio por vencido, y volvió a la carga el 3 de agosto:

“Como de un informe persuasivo de usted al Señor Presidente de la República depende que él ordene extraer el tesoro del cerro del Peñón Blanco, aporto a usted lo verídico que puedo, pues la intuición en mi don de detective innato en lo que me interesa y me propongo que me sirvió para localizar sin lugar a duda ni equívoco el tesoro, es invisible e incomprensible por ende sólo cabría garantizar con mi vida que si no encuentran el tesoro donde y como se los indico, me fusilen.”

“Para esto no hay técnica capaz ni los detectores mecánicos sirven allí a los técnicos mineros encargados de cerciorarse y cerciorarlo si les da resultado su Geofísica serán 100 metros que la cueva va bajo ladera pues en los 100 metros que se interna bajo lo alto del cerro a profundidad, no creo.”

“Para descubrir la cueva escarbando se necesita previa protección antigas venenosos y garantías con un regimiento del Ejército para evitar mortandad de gente por envidia y envenenamiento con el gas.— Atentamente . . .”

Acompañó esta última instancia con una fotografía de un hoyo de ventilación o tronera y al pie de ella esta explicación:

“De hallazgo casual en un frente de la cumbre del Cerro hace 55 años relleno y tapado con peñasco enorme, ese hoyo ventilación de la Cueva en que explorándolo encontraron troncos de cuñas de acero, zapatos de cuero sin curtir y tablas como de cama, se hizo mortífero por el gas filtrado a través del poco relleno que le queda y murió uno de los trabajadores.”

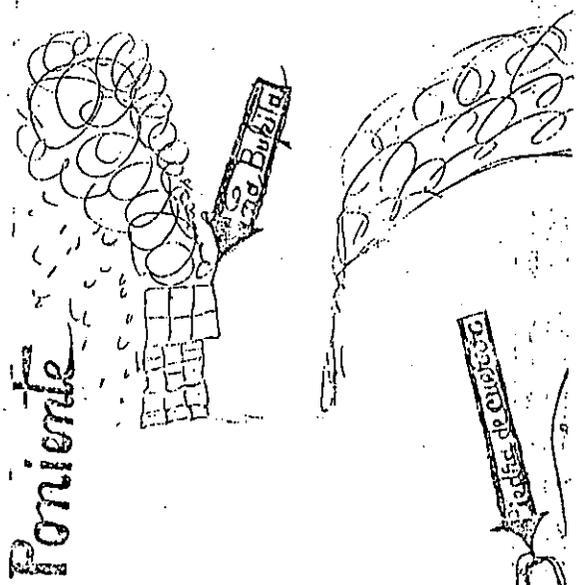
“Quien no sabe la historia de esa ventilación cree que es tiro de mina por la ampliación que en su interior le hicieron para meter escaleras y poder trabajar.”

“El gas escapando por ese hoyo y el túnel, indiscutible testimonio del Tesoro”.

“El túnel ventilación de la cueva de unos ciento y tantos

metros poco más bajo de la cumbre al sur trasado el convergir con esta ventilación de arriba”.

Dos “mapas” ampliaban y documentaban el texto de los oficios dichos. Por último, añadía la “relación”, igual a la que transcribimos arriba, pero con variantes en los nombres de los compañeros de Miguel Chiquito y con algunos párrafos y frases mutilados.



Cerro del Oregano es estratégico por
 alahuyate toda entrada al cañon.

Para ver las dos cuevas que aque-
 llos hombres dejaron desahucada
 naciendo al norte y rebatando la vista
 al frente que está al Sur.

Para ver el punto en los con la vista
 viendo al Norte, a la Bukiti en frente.

EL TESORO DE LOS CAPAS BLANCAS

En las ásperas fragosidades de la Sierra Madre Oriental, sobre el camino antiguo que iba de San Luis a Tampico y en terrenos del viejo Partido del Valle del Maíz, se encuentra todavía, aunque muy manoseada por los buscadores de tesoros, el "Abra de los Caballeros". Es una de tantas fallas geológicas de la región, otrora muy engalanada por una vegetación greñuda. Su nombre cabal y exacto era en aquellos remotos ayeres "El Abra de los Caballeros de las Capas Blancas". Porque en ella, cuando era preciso, establecían su guarida estos malandrines, que se apellidaron así por las capas que les servían de embozo, a fin de ocultar sus caras cuando ejecutaban los salteamientos y latrocinios. Para desconcierto de la fama pública, se hacían llamar "Los 13 del Olmo", por el añejo y frondoso árbol a cuya sombra tenían sus aquelarres.

Nadie supo a punto fijo quienes eran estos trece. Se decía que los tales eran tres de los Barraganes y diez de los Gutiérrez, de donde se formó el apellido que hoy conocemos de "Diez Gutiérrez".

El primero de éstos que se avecindó en el Valle del Maíz fue don Pedro, médico él, que conoció a la después su esposa, doña Juana Barragán Ortiz de Zárate, opulenta heredera, cuando ella estudiaba en el Convento de las Capuchinas en México. La joven regresó al Valle, y fue tras de ella y su fortuna. Contaba el ilustre historiador vallense don Nereo Rodríguez Barragán que don Pedro "llegó al pueblo para convencer a Juanita que no se casara con un triste pelagatos de quien estaba enamorada; tan bien la convenció, que se casó con él".

Los Barraganes traían sangre inquieta en las venas. Al estilo de entonces, unos eran militares, pero no de cuartel sino de palacio. El abuelo Rufino, fundador de la dinastía potosina, por quién sabe qué ocultos crímenes huyó de la Península, entró a la Nueva España por la puerta falsa, por Nueva Orleáns, que era por donde entraban los contrabandos y muchos de los que en la Madre Patria tenían cuentas pendientes con la justicia, y se guareció por años en el recóndito Coxcatlán, donde vivía del agio. A su tiempo, dejó la Huasteca y se aposentó en el Valle del Maíz con tres de los hijos que se agenció por allá. Estos fueron los progenitores de Los Capas Blancas.

Unos dicen que los tales no eran más que fieros y desafortunados salteadores de camino real que, embozados con sus capas blancas, estaban al acecho de las conductas y diligencias que llevaban a Tampico el oro procedente de los reales de minas del altiplano para asaltarlas; otros, por el contrario, cuentan que se trataba de un grupo de patriotas americanos, asociados con el nobilísimo fin de preparar la independencia de la Nueva España. Se conserva alguna documentación, enviada por un agente de S. M. Británica al capitán José Florencio Barragán, que avala dichas maquinaciones.

Los célebres Capas Blancas o 13 del Olmo — tanto monta— a lo largo de dos lustros se convirtieron en el azote de la región. Por más que las tropas del Rey los perseguían, los acorralaban y los tenían al alcance de la mano, jamás los pudieron cazar. ¡Cómo iban a poder, si el mismo comandante de los fascinerosos era el comandante del Cuerpo de Caballería de Frontera del Nuevo Santander; el que los acosaba!

Mucho y muy sutil empeño aplicaron los Capas Blancas para ocultar su identidad. Nadie les vio nunca la cara. Ni siquiera cuando los divisaban a la sombra del olmo urdiendo sus ladronerías. Y así, enigmáticos y atrevidos, discurrían Los 13 por todo aquello cazando conductas, despojando a los viajeros de sus legítimas pertenencias y, dado el caso, también de la vida. En las cavernas y fallas de la sierra tenían sus bodegas, repletas con las fructíferas cosechas de sus raterías. Muchos han buscado esos fabulosos tesoros sin que jamás hallan descubierto cosa alguna.

Ni faltan quienes, con santa voluntad, barnizan la sanguinosa huella de los Capas Blancas o Los 13 del Olmo, con un candoroso tinte de bondad. Pintan a don José Florencio Barragán, cabecilla de Los 13, como si fuera un Chucho el Roto pame, que en vez de la malquerencia y terror de las gentes, les robaba la estimación por las sinnúmeras caridades que obraban él y su taifa con las ganancias de los hurtos.

Pero un buen día, sin saberse cómo, se escurrió el nombre del cabecilla de Los 13 y la identidad de todos ellos. El Virrey lo supo. Aunque sorprendido, con sobrada justicia montó en cólera por la doble personalidad de su estimado amigo. Mas no se precipitó. Ya que no había manera de reducir por las armas a la gavilla, como que el mismo capitán de Los Capas Blancas era comandante de las tropas del monarca, le tendió una insospechada trampa. Movi6 sus hilos para que lo eligieran diputado a las Cortes de Cádiz por la provincia de San Luis. Como de hecho. Y cuando ya don José Florencio Barragán, recogidas las credenciales, se encaminaba a España, el Virrey muy amablemente lo invitó a merendar, endulzó el espumoso chocolate con un fuerte tósigo que no admitía curación y, a poco "un fuerte ahuido y asma que le cayó en el pecho, quitándole la respiración", le quitó también la vida. Sin su jefe y tío y con tamaño escarmiento, se desperdigaron los Capas Blancas. Por temor a otra taza de chocolate, jamás desenterraron sus tesoros.

De uno de esos incontables depósitos se conserva la relación. La escribió Da. Y. R. de Perea, en 1914, cuando tuvo que dejar su bienamado Valle del Maíz, con cientos de conterráneos, ante los desmanes de los cedillistas. En esa ocasión las damas pudientes, azuzadas por el terror, unas enterraron sus oros y joyas; otras, como las Sánchez, manufacturaron unos grandes corpiños que las cubrían del cuello a los cuadriles. En ellos cosieron las monedas de oro. Cuando, en la Estación Tablas se apearon de los burros, eran una pura llaga.

La relación de esta señora, que bien sabía lo que escribía, dice:

"En el Potrero de la Divina Pastora, lado sur, hay un lugar donde se ven tres cerritos conocidos con el nombre de "Las Te-

tillas". En uno de ellos, según me contaba mi abuelo Fernando Ortiz de Zárate, está enterrado uno de los tesoros de mi antepasado don José Florencio Barragán, capitán de Los Capas Blancas, que de Dios goce."

"En el año de 1875 se formó en Río Verde una Sociedad para descubrir dicho tesoro. Eran veinte los socios, entre ellos los señores Verástegui, Barragán, Tenorio, Escandón y otros."

"Habiendo recurrido previamente a un zahorí que les indicó el lugar, comenzaron a excavar por el lado sur, haciendo un hoyo o pozo, de más de nueve varas de profundidad, bastante ancho, y le dieron un socavón como de dieciocho varas, hasta acabarse el dinero, dejándolo pendiente. Según unos, ni siquiera se gastaron cien pesos, porque el director invitaba a los cándidos que iban a curiosear para que cooperaran, prometiéndoles una participación si daban con el tesoro y de acuerdo con lo que cooperaran."

"Mas don Lauro Reiter, que era el dueño del terreno dijo que andaban equivocados; que al lado contrario del socavón que abrieron se encontró dos puntas de viga que había descubierto el tiempo; que eran de mezquite y que él creía que allí estaba la puerta de la cueva, o cuando menos, una guía para dar con la puerta de la cueva."

"Derrotero copiado del original respecto únicamente al tesoro que está en la Cueva del Junco, en el Cerro del Puerto Oscuro que copio para el estimado señor don Ramón Balmori".

"Teniendo el junco al frente, rumbo al lado donde el sol sale, allí estan dos cuevas: una, al norte, destapada, y la otra al sur, tapada. Del junco, midiendo derecho nueve varas a donde el sol se mete, parándose uno allí, frente a donde el sol sale, luego a la izquierda y al lado del norte estaría la cueva que sirve de cocina. Esta no tiene nada; y volviendo a la derecha está la cueva del tesoro, tapada con una piedra grande que cubre toda la puerta; y quitando la piedra, luego sigue para abajo tres tapas de tierra: una negra, otra blanca y la otra borrada, entre negra y blanca, revuelta con poca piedra menuda; y abajo de esta capa de tierra está un difunto con los pies para donde el sol se mete y la cabeza para donde el sol sale. Y siguiendo escarbando, como una vara, más o menos, está una piedra ancha; quitando ésta, debajo están tres tenamastes, y

en medio de ellos. está un molcajete chico, con un tejolote adentro: y otra vara, más o menos, está una piedra bola grande tapando la puerta para la otra cueva; descubierta la piedra, luego, mirando a donde el sol sale, está la puerta tapada con mezcla; descubierta, sigue tapada la cueva con pura laja de piedra; y mirando las puntas de la piedra para donde está la otra puerta, hasta dar con ésta. Mucho cuidado con la pared, o el lado donde el sol sale, y encontrando esta puerta, en adelante ya no hay que trabajar. Se sigue para adelante hasta encontrar dos vigas que tienen las puntas de donde el sol sale para donde el sol se mete; y parándose uno sobre ellas y mirando para abajo, se ve el campo para bajar con retas; y luego bajando y viendo sobre la izquierda a donde el sol sale, se ve la puerta de la cueva donde está el tesoro. Son seis conductos, pero antes de llegar a donde está el tesoro, se ven unos soldados, con todo y uniforme y sus armas, en ademán apuntando hacia la puerta. No hay que temer, son de las milicias de Frontera del brigadier Calleja que una vez fue a perseguir a los Capas Blancas y allí los dejaron disecados.”

“Hda. de Cárdenas, 9 de octubre de 1914.”

EL TESORO DE LA CALLE DEL PORTILLO DE SAN FRANCISCO

Este Vicente de Olvera desde su muchachez, o desde antes quizá, fue un hombre de testa dura. Cuando entró en este mundo, su madre lo arropó en finos pañales, le dio la mejor crianza y vació en él todo el amor que no alcanzaron ni a probar los hijos anteriores, ya que todos nacieron sin vida. Nada le faltó. Pero tampoco nada bueno recogió en su frágil barro pecador, y con él, una arrogancia fachendosa, como de gente bien portada y de posibles. De modo que cuando llegó a ser hombre hecho y derecho y morir su progenitor, no pudo regir las riquezas heredadas. En sus malos juntamientos con gandules perdularios y fulleros, gastó sus dineros en juegos de naipes, envites y trucos; en los gallos, siempre llenos de gente alharaquenta y bullanguera; en los dados. Unas veces con el santo de cara y las más, con el santo de espaldas.

Después del padre, también se le fue la vida a la madre. Más que la ancianidad, le amustió el alma a la señora el malgasto y despilfarro del hijo. Se quedó solo, sin blanca en el bolsillo. Lo abandonaron los sirvientes y también los amigos. Los enseres de la casa: muebles, alhajas, vajillas de plata y de la China, santos de lienzo y de bulto, porcelanas, prendas de vestir y de casa, todo lo vació en las apuestas, en las quínolas, albures, ganapiernas, birlongas y demás divertimentos de azar.

Que por las alcabalas, que por la sisa en el ensaye, que por la leña, por el agua y por las tierras; en suma, vociferando a grito abierto mil causales y gruesos denuestos y amenazas, en mayo y junio de 1767, por lo menos cinco veces, la plebe de los barrios,

primero, y luego reforzada con los serranos, o sea, los del Cerro de San Pedro, San Nicolás del Armadillo y otros, se echaron tumultuariamente sobre la ciudad.

La primer vez sacaron a los presos de la Real Cárcel, la apedrearon también, enardecidos ya y con mayores ganas, las Casas Consistoriales, el Real Estanco del Tabaco y la casa del Procurador de la ciudad. Cargaron en hombros a los susodichos reos, paseándolos por las calles en son de triunfo y profiriendo los peores escarnios y befas. Tanta algarabía por fuerza debía concluir en los saqueos. Y así concluyó. A eso consagraron la tarde y la noche de ese memorable día, con un empeño digno de mejor causa.

Vicente aprovechó el río revuelto. Al fin nacido y criado en la ciudad, conocía como ninguno de la plebe, de los serranos y de los indios, cuanto había de valor en las casas. Disfrazado e irreconocible, se introdujo en el saqueo. Mientras todos, como inabecedarios e inciviles se echaban sobre lo que estaba a la mano y encandilaba: comida, candeleros, ropas, porcelanas, reales y tlacos, Vicente escogía lo macizo y de valor, esculcando por la buena y por la mala: alhajas de todas clases, con piedras y sin ellas, doblones, vajilla chica de plata y otros artefactos de pura y alta ley. Así apañó lo mejor y de más grande valor. Mientras los tumultuarios arrinconaban con su grito a los ciudadanos, Olvera, muy a la chita callando, se cortó de ellos y se encerró en su casa, donde aseguró su cuantioso hurto enterrándolo. Como nadie lo reconoció, nadie se cuidó de él.

La bulla prosiguió en los subsiguientes días. Mientras las autoridades y los cabecillas se enredaban en regateos para restablecer la paz, nuestro hombre andaba detrás de los saqueadores cambiándoles por puras nonadillas las joyas, y la platería, los adornos de oro, que los muy plebeyos no apreciaban.

Los esfuerzos del Alcalde Mayor don Andrés de Urbina, de los señores del M. I. Cabildo y de los de mayor reputación, no soseaban del todo a los alebrestados tumultuarios, éstos añadían exigencia a exigencia y aquéllos promesa a promesa. A unos días de engañosa calma, seguían otros de grito y desorden. En el inter, por deudas no cumplidas, Vicente paró en la cárcel.

La expuísión de los jesuitas vino a echar fuego a la pólvora,

escribió el nunca bien ponderado historiador don Primo Feliciano Velázquez. Conocido aquí el bando de expulsión el 25 de junio de ese nefando año de 1767, no los apresaron luego para conducirlos a Ultramar. Se dilató el secuestro hasta el día siguiente, lo que favoreció a los tumultuarios para realizar sus péfidas intenciones, para entonces muy bien maquinadas.

Suelto el diablo, cayeron todas las trancas que mal sostenían el endeble sosiego. Con bandera y caudillos, unidos y organizados, los tumultuarios cambiaron de teatro. Ya no se arremolinaron frente a la casa del Alcalde Urbina sino en la Plaza de la Compañía de Jesús. A machetazo limpio cortaron las correas de las mulas de los coches en que iban presos los jesuitas. Las mujeres lloraban por éstos y los hombres clamaban por un nuevo gobierno y un nuevo rey. Sin ningún miramiento convirtieron en guiñapos la bandera real, entraron de nuevo en la cárcel, libertaron a todos los presos, entre ellos a Vicente de Olvera, al que alzaron como caudillo; el cual, ya sin embozo, a martillazos hizo astillas la picota: luego se metió en la casa del Alcalde ordinario don Antonio Quiroz, apañó lo que le convenía, como una capa fina y un bastón con empuñadura de oro. Renacieron los saqueos. Olvera entró también en el Apartado, donde recogió los lingotes que pudo, como entró así mismo en otras casas a recoger más joyas, doblones y otras prendas de valor. Aguzó todo su ingenio para engatuzar a la plebe que lo seguía y cambiarle lo bueno del saqueo por chucherías deslumbrantes, pero sin valor: y para poder esconder lo hurtado, sin testigos peligrosos.

En la Plaza de la Compañía de Jesús los religiosos expulsados en vano se esforzaban por aquietar a la plebe iracunda. Los sediciosos pretendían llevarlos al Cerro de San Pedro, donde, en uno de los socavones habían levantado para corte y habitación de la real persona de su caudillo, al grito de "Nuevo Rey, Nueva Ley", un trono especial. Algunos de los españoles que protegían al Alcalde Urbina, hicieron una descarga cerrada, matando e hiriendo a varios amotinados. Fue como echarle toda la pólvora al fuego. Enfurecida la turba, trató de descuartizar a Urbina y a otros peninsulares. El reverendo padre Comendador de la Merced se presentó con el Divinísimo en alto, y aunque los contuvo, fue a costa de un

flechazo que le traspasó el escapulario y de una recia pedrada que le descabaló la dentadura para siempre.

Siguió la orgía vindicativa. Al día siguiente, en la casa del Capitán don Francisco de Mora, exigían que todos los gachupines salieran de la ciudad y, por lo menos, cuatro de las cabezas de los que habían disparado sobre la chusma. Mientras reanudaban los escarceos entre los cabecillas y las autoridades, llegó la gente armada y a caballo que había llamado el Capitán, y así se impuso la paz.

Olvera, en el inter, contaba y acomodaba su cuantioso caudal. En su desolada casa enterró la cosecha de sus andanzas rateriles.

Otra trifulca más el 7 de julio, que perdieron los serranos ante la reacción de la gente armada que llegó de fuera. A fines del mes arribó el Visitador Gálvez con quinientos de a caballo. No perdió tiempo. Sacó a los jesuitas y los embarcó para Veracruz, permitiéndoles llevar únicamente lo que traían encima y sus libros de horas, y en seguida se dedicó a atrapar a los cabecillas de los tumultos y a los que más se mezclaron en ellos. Como quinientos sospechosos de todos tamaños repletaron las reales cárceles. De allí fueron saliendo, luego de una rigurosa sumaria, o a la horca o a los azotes —doscientos por espalda— o al destierro, ya temporal ya perpetuo.

Entre los primeros sentenciados estuvo Vicente de Olvera. Curiosamente, no por ladrón sino por agitador. “Fallo que haciendo justicia —dictaminó Gálvez—, debo de condenar y condeno, en pena capital y de horca, al dicho Vicente de Olvera, español y natural de esta Ciudad, y que la cabeza separada que sea de su cadáver por el ejecutor de la justicia, se ponga y permanezca hasta que el tiempo la consuma, sobre la picota pública de ejecuciones que quebró con el martillo de la cárcel, de donde con otros reos le sacaron los amotinados y le constituyeron por su caudillo. . . Y dando por confiscados los bienes que tuvieren, condeno a presidio perpetuo con destino a las obras Reales de ella en la fortaleza de San Juan de Ulúa a Nicolás Obispo Guerra, de esta Ciudad, y a Juan Chato, del barrio de Tequisquiapan. . .” A estos dos les cayó la condena por haber sido cómplices y secuaces de aquél.

Puesto en capilla, encadenado con los otros dos mediante los

mismos incómodos grillos y a la vista de la soga con la que lo iban a colgar del pescuezo, quebrantado, confesó a sus compañeros de cepo lo que sólo él sabía: dónde y cómo había enterrado su tesoro. Lo dijo nada más por decirlo, ya que tampoco los otros podrían gozar de él, puesto que estaban condenados a destierro perpetuo.

De acuerdo con la sentencia, el 6 de octubre se ejecutó el castigo. Se le ahorcó, degolló y su cabeza fue clavada en la picota. Lo atestigua el acta del enterramiento: "Vicente de Olvera. Español, soltero, ajusticiado. . . Falleció en el patíbulo por sentencia de la Real Justicia, y el día siguiente el dicho elevó el cadáver y acompañó al entierro. . . y lo entregó al R.P. Comendador quien le dió sepultura. . ."

Mientras la cabeza de Olvera se podrecía en la picota, Nicolás Obispo y Juan Chato iban de camino a las reales cárceles de San Juan de Ulúa, y nadie se volvió a acordar de ellos. Pero de Olvera sí. Su casa, heredada por él a la "Hermandad de Animas del Rosario sita en la Capilla de Ntra. Sra. de la Salud" — hoy Capilla del Espíritu Santo— para sufragios por su alma, conforme avanzaba el pudrimiento de la cabeza de Olvera, se iba llenando de ruidos y demostraciones tenebrosas. Se oían desde la calle estertores de agonía, tan sordos y estruendosos como terroríficos: crujir de tablas, como si toda la picota se desbaratara; rojas llamaradas, cuyas lenguas se alzaban muy alto, de iluminar las torres de las vecinas iglesias de San Agustín y San Francisco; bolas de fuego que emergían de la casa e iban a chocar contra las campanas de las susodichas torres; y una descabezada figura, que con andar cansino y grave-doso, embutida en el sambenito de los degollados, iba de la puerta al patio y del patio a la puerta, llevando reverentemente en las manos una cabeza chorreando sangre, mientras las aldabas del portón batían estruendosamente los maderos al igual que repique de matracas. Todo entreverado con gritos destemplados de regocijo y ciertos remoqueos que suelen decir los que juegan la baraja y alegran mucho las partidas.

La ciudad, muy recogida en sí, llorosa y acongojada por tantos como habían colgado y cuyas cabezas adornaban tétricamente las picotas; aflicionada y pesarosa por los que habían sido vapuleados, hasta dejarlos hechos una pura alheña, privados de sus he-

redades y desterrados. todavía tuvo que cargar con estas estremecedoras demostraciones que la empapaban de medror.

Si por fuerza debían pasar por esta calle, pasaban con la cruz y los rosarios en alto, musitando santiguos y rezos exorcisativos, de prisa y torciendo la mirada hacia la acera del frente. Los reverendos franciscos y agustinianos vaciaron cántaros de agua bendecida, asperjando y volviendo a asperjar las puertas, las ventanas, las piezas, los patios de la casa entera. De balde, porque ni los ruidos, ni las llamas, ni las voces, siempre a deshora, cesaban en su porfía.

El capitán Urbina citó a consejo a los prelados y autoridades. Así, después de mucha dialéctica y sesudas reflexiones y consideraciones, vinieron a concluir que era el caso de desclavar las cabezas de la picota y darles cristiano enterramiento, a fin de que acabaran las penas de sus dueños y se desvanecieran esas demostraciones medrosas.

Al reverendo padre Comendador de la Merced, el mismo que le había dado tierra al cadáver descabezado de Olvera, le tocó la comisión de recoger la testa engusanada de Olvera y enterrarla con todo miramiento donde debía estar.

Todos los susodichos, de común acuerdo, quemaron las picotas, amontonaron responsos y sufragios en los hoyos que dejaron éstas, repartieron limosnas y salpicaron sal en ellos. Entregaron las cartas de propiedad de la casa del finado Olvera a la Hermandad de las Benditas Animas del Rosario, la legítima heredera. Sólo así cesaron las muestras que los habían saturado de medror. Aunque no del todo. De vez en vez, un resplandor rojizo, al toque de ánimas o a la media noche, en los minutos críticos, renacían aquellas llamas.

Pasaron los años, más de veinte. De seguro que para entonces ya descansaba en paz el decapitado Olvera, porque en su desolada casa, que ya nadie quiso ocupar, no se volvieron a experimentar ningunas manifestaciones de espanto. Nicolás Obispo no pudo seguir adelante con la onerosa carga de servir a perpetuidad en las reales obras de la fortaleza de San Juan de Ulúa, y prefirió pasar de esta presente y miserable vida para la eterna. Juan Chato quedó como único sabedor del secreto del tesoro de Olvera. Una terciaria, de esas que les pegaban a los que vivían más de lo conve-

nible en las tinajas de Ulúa, empezó a desecarle las carnes. Cuando se vio reducido a lo postrero, por gratitud al facultativo que caritativamente le aplicó todos los tratamientos medicamentosos que conocía, le desembuchó lo que jamás para nada le sirvió, lo del tesoro de Vicente de Olvera.

Cierto día de hace doscientos años, apareció en la oficina de Don José Ramón de Otahegui, Escribano Real, Notario Público de las Indias e interino del Muy Ilustre Ayuntamiento de San Luis, un fuereño desconocido. Se hacía llamar Don Casiano Sánchez de Belasco, republicano antiguo de la Villa Rica de la Vera Cruz y del Real Protomedicato de la Nueva España. No solicitaba mayor cosa, simplemente que diera fe de que “en esta dicha Ciudad, en la calle que sale del Portillo del Convento de San Francisco para el de San Agustín, está una casa perteneciente a la Hermandad de Animas del Rosario, sita en la Capilla de Ntra. Sra. de la Salud, casa que nadie habita, y que linda por el Ote. con casas del Sargento Maior Dn. Antonio Carvajal, por el Pte. con casa de Da. María Olliden, por el Sur con Corrales de la Casa de José Duque y por el Nte., calle de por medio, con casa de los herederos de Dn. Matías Machimbarrena”. La solicitaba a los señores cofrades de la dicha Hermandad a censo redimible por un año, corridos desde la fecha de la escritura. No declaró por qué ni para qué. Pero, gracias a esta escritura, sabemos donde enterró el finado Olvera su cuantioso tesoro. La mentada calle que iba del Portillo del Convento de San Francisco al de San Agustín, no es otra que la actual de Galeana. La casa se erguía en la banda del lado norte. Lo que no consta es en cuál cuadra, ya que de la calle de Vallejo a la de Morelos hay tres manzanas.

Hace como medio siglo o menos, unos buscadores ambiciosos revolvieron los suelos y subsuelos de una casa, en pos del dicho tesoro. Pero andaban errados, escarbaron en la calle de la Universidad, entre Zaragoza y Morelos, y es en la de Galeana, antigua calle que sale del Portillo del Convento de San Francisco para el de San Agustín donde está el tesoro de Vicente de Olvera, quien, como lo recuerda su acta de enterramiento, “falleció en el patíbulo por sentencia de la Real Justicia. . .”

EL TESORO DEL MARQUES DE LA JARRETERA

Aquel buen caballero que lo fue don Francisco de Mora y Luna, Capitán de Caballos Corazas del Seno Mexicano, se distinguió tanto por los muchos servicios que con ancha largueza prestó a la Corona como por su inagotable munificencia. Entre esos incontables servicios, estuvieron el haber dado la mano a don José de Escandón, Conde de la Sierra Gorda para el establecimiento de la Misión de la Divina Pastora, en el Río Verde. Allí vertió las corrientes de sus beneficios. A sus expensas, segregando de su hacienda de Santa Rosa de la Angostura más de una legua cuadrada, dio tierras a más de mil pames que aún vagaban por la región sin casa ni sembrera. Cuando en el infausto año de 1767 se atumultuaron los serranos y los naturales de la villa de San Nicolás del Armadillo y también en los barrios de esta ciudad, don Francisco de Mora y Luna metió paz y sosegó a los levantiscos. Para las mujeres de conducta dudosa y de otras que ni duda cabe, como la algarera y desafortada Carmel la Valeria, fundó en 1792 el Recogimiento de Mujeres o Arrecogidas y unos obrajes, con su correspondiente capilla a Nuestra Señora de los Dolores dedicada. Por tantas y tamañas obras, el Rey don Carlos III le hizo merced del Real Título de Castilla de Conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, por decreto del 28 de marzo de 1767.

Mozo de todas las confianzas y ayudante del Señor Conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, y para entonces Coronel de la Legión de San Carlos, era, cuando los tumultos dichos, un fulano Rodrigo Torres del Río, a quien acogió mancebillo aún,

cuando un cocolixtle de aquellos que de vez en vez diezmaban la población lo dejó sin padre ni madre, a la buena de Dios. El señor Conde lo amparó y le dio casa, sustento y oficio. Al cobijo de tan buena sombra, embarneció Rodrigo. El señor Conde alentó y encauzó las muchas habilidades del mozo; lo investió de sargento de los Caballos Corazas; le encomendó difíciles y riesgosas tareas, lo mismo en la hacienda del Peñasco y sus alrededores que en las extensas sabanas de la de Santa Rosa de Angostura, especialmente en la cabal sumisión de los pames broncos que aun vagaban por el rumbo.

Este duro ejercicio acabó de templar a Rodrigo. Así completó éste su conocimiento de todos los caminos y huideras que confluían o pasaban, desde San Luis hasta la Huasteca baja y desde el Jaumabe hasta la Sierra Gorda. Como sargento y ayudante del Coronel Conde del Peñasco gozaba de fuero y se ganó el apoyo y acato de los señores más conspicuos de la comarca.

Por entonces eran el azoro de arrieros y viandantes: sin que ni la Santa Hermandad ni la Acordada pudieran echarles mano, los afamados fascinerosos Botín Rojo y Pedro Astorga, que asolaban la provincia con sus despiadados y cruentos salteamientos, cada uno por su lado. A tanto llegaba la osadía de éstos, que ni las conductas reales respetaban. No sólo apañaban las barras de plata y oro, propiedad de Su Majestad el Rey, para escarnio y befa hasta las mismas mulas coronadas por las argentinas campanillas, recogían. Atrás dejaban a los escolteros y arrieros boqueando, malheridos, o amarrados a los árboles.

En más de una vez, la jauría de lobos amaestrados de Pero Lope Solapa dispersaron la recua y las guardias de las conductas del Conde de Peñasco encomendadas a Rodrigo; y a él mismo lo alcanzaron a herir, a pesar del brioso contraataque con sus pistoletas y demás armas de fuego y corte.

Cuando los malfamados tumultos de 1767, el más diligente colaborador del Conde de Peñasco fue precisamente Rodrigo. Concertó en los alrededores, desafiando las acechanzas de los serranos y tumultuarios alebrestados, el reclutamiento de la caballería que vino a darle la mano al Conde para sosegar a los amotinados.

Fue cuando lo tentó la codicia. Comisionado por el Conde para rescatar lo que se pudiera de cuanto habían saqueado los tumultuarios, Rodrigo vio la oportunidad de escoger de entre lo mejor lo que más le agradaba. Y también robó. Cuando el Visitador don José de Gálvez llegó con sus Dragones a restablecer la quietud y el orden e inició las averiguaciones para sopesar los daños y aplicar la condigna justicia, sobraron quienes señalaron a Rodrigo como ladrón.

Al señor Conde le dolió en el alma la acusación y la felonía de su mozo de confianza y ayudante. No lo quiso entregar a la justicia; pero lo obligó a devolver lo mal habido, le dio un zurrón lleno de doblones y lo largó de su servicio y de su casa, conminándolo a que abandonara la tierra para siempre jamás.

Rodrigo, corrido y avergonzado, pensó en volver a su triste aldehuela castellana, de la que salió muy niño. Allá no lo conocerían. Pero ni él mismo la conocía. En lugar de obedecer a quien tanto le debía y salir de la Provincia, se encaminó al Río Verde, cuyos caminos y veredas tan bien sabía, y allá sentó sus reales.

No faltó quienes lo siguieran. Formó una cuadrilla con los más temerones y osados, y los tituló como los Calzas Cortas. Porque así debía ser entre las taifas y malandrines que se respetaban.

Como la palma de su mano conocía los dominios del norte, donde Pero Lope Solapa, Conde de la Mancha, Boñín Rojo, jefe de Los Botas Largas, hacía de las suyas; conocía también los del sur, donde tenía su principal abrigadero Pedro de Astorga, en el Juego de Barras. Por eso escogió la región del oriente, por donde entraban las conductas y recuas que iban a o venían de Tampico, provenientes de Nueva Orleáns con sus grandes contrabandos y las mercaderías de España; y por donde cruzaban, ya del norte o ya del sur, los arrieros y viandantes del Jaumabe; Tula, el Valle del Maíz y la Sierra Gorda. En el Río Verde ni le harían ni les haría mala obra a sus émulos dichos.

En aquellos llanos y sierras se dio a robar. Como conocía las mañas y las personas más encumbradas de la región, en ellas puso los ojos de su codicia. Su primera víctima fue Don Antonio Ledezma, administrador general de los bienes confiscados al Ilmo. Sr. Rojo del Río, Obispo, Gobernador y Capitán General que fue de

las Islas Filipinas. Don Antonio Ledezma compró las haciendas de Tamasopo, San Diego de Río Verde y Ojo de Gato y dejó en San José de los Montes Alaquines un cuantioso tesoro, que es hora que no encuentran.

Rodrigo Torres del Río, como todos esos rufianes desalmados que tenían a gala ostentar nombres fachendosos para atemorizar, se hizo llamar el “Marqués de la Jarretera, apodado El Invencible, jefe de los Calzas Cortas”. Así pasó a la historia. Las innúmeras fechorías, la mala vida y los años, mermaron el arrojo del Invencible y sus huestes, los Calzas Cortas. Partió con los sobrevivientes el caudal, y los licenció. Dejó para sí lo más grueso, unos quince millones mal contados, y regresó a su tierra. Por allá, en perniciosos devaneos, malrotó lo que llevaba, hasta que, por deudas insolutas y otros crímenes, lo ensartó la vara de la justicia. Condenado a muerte, en la cárcel de Barcelona escribió una relación, que por medio de uno de los franciscanos que venían a la custodia de Santa Catarina Virgen y Mártir del Río Verde, hizo llegar a un su amigo y protector. Es la que copiamos en seguida.

“Tesoro del Río, apodado El Invencible”.

“Entre el camino que conduce a Río Verde de Ciudad del Maíz y a mitad poco más o menos, hay un punto conocido con el nombre del Puerto de las Tablas. Estando en dicho punto, buscarás un sótano al principiar la falda del cerro que está al lado oriente del mencionado Puerto de las Tablas. A tu izquierda, mirando para el Río Verde, que yo y mis fieles soldados (que santa gloria hayan), nos encontramos muy a propósito para escondernos y depositar nuestro gran tesoro, que en mi nefasta vida y profesión hicimos en distintos lugares, asaltando las diferentes conductas que iban a San Luis, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas y las que venían del Nuevo Santander o de Tamaulipas, teniendo en todos los lugares que me daba aviso oportuno de todo ello”.

“El dicho sótano lo tapamos y lo rellenamos de piedras chicas y de tierra del mismo Puerto. Teniendo de profundidad poco más o menos noventa varas. Al destapar el sótano, como a unas diez varas, encontrarás siete cadáveres de los hombres que se ocuparon en rellenar el sótano donde dejé mi tesoro que monta la cantidad de catorce millones y medio, más un cuarto de millón en oro y

plata en monedas macuquinas, columnarias y doblones. Hay además muchas alhajas de oro con piedras preciosas, collares de perlas y piedras finas, gargantillas y pulseras, vasos sagrados y joyas de Iglesia, faldas de géneros de seda, de lino, también barras y tejos de oro y plata, y mosquetes, arcabuces, mandobles, espadas con empuñaduras de plata labrada y oro, monturas y espuelas de Amozoc y Barriquillas de vino jerezano y muchas cosas más”.

“Señas especiales del sótano. Viniendo del Valle del Maíz con rumbo a Río Verde, esto es, estando en el Puerto de las Tablas, pasarás todo el Puerto y seguirás caminando, dándole vuelta al Cerro del Puerto, sobre tu izquierda, como a unas doscientas varas hay un Cañón que baja del Cerro y seguirás por él. Como a unas cien varas a la izquierda y unas veinte para arriba, encontrarás una mata de ocotillo grande y al pie de dicho ocotillo hay una piedra bola recargada en el ocotillo. Como señal especial y al pie del ocotillo está la boca del sótano, tapada con pura tierra del plano, yendo en descenso el hoyo, como a unas cinco varas más o menos, a la izquierda, está una puerta formando un arco. Estando al frente del ocotillo pasarás el arco a plomo, a una profundidad de cuatro varas y encontrarás una escalera de ocotillo y otates. Allí hay pedazos de metate y molcajetes y güilanches, cuentas de jade como medio almuz, muchos chuzos de pedernal para flechas de indios. Sigue escarbando, y como a dos varas encontrarás siete cadáveres con las cabezas al lado poniente, y más tres varas una capa de salvado de hormiga arriera, de una cuarta de grueso. Sigue escarbando bien el sótano, saca bien la tierra, toda, para que puedas encontrar el tesoro que dejé sepultado en ese lugar ya indicado. Son, como te dije, catorce millones y medio más lo que está en monedas de plata y oro y demás cosas de mucho valor y estimación para mí”.

“Ya cuando hayas encontrado ese tesoro, póstrate de hinojos y dále gracias a Dios Nuestro Señor que te concedió tener en tu poder ese gran tesoro y también a la Virgen Nuestra Señora. Ruega por este pobre pecador que está sufriendo horriblemente todos sus crímenes”.

“Harás en seguida decir en las Parroquias y Juzgados Eclesiásticos del Valle del Maíz y de Santa Catarina Mártir de Río Verde

y de la Divina Pastora y del Dulce Nombre de Jesús diez misas a la Virgen Nuestra Señora en cada templo. Repartes un millón de pesos entre los más pobres que haya en esos lugares, y todo lo demás es para tí, para que trabajes y hagas beneficios y caridades. Y en la Capilla de Nuestra Madre Dolorosa de las Recogidas que fundó mi amo y señor que fue y que me hizo de Padre el Señor Vizconde del Peñasco harás decir treinta misas por su bendita alma, y por la de mi ama la señora su esposa Doña Ildefonsa Pérez Calderón”.

“En la Penitenciaría de Barcelona y veinte y dos de julio de mil y siete y cientos y ochenta y nueve años”.

“Capitán Rodrigo Torres del Río, Marqués de la Jarretera, Apodado El Invencible, Jefe de los Calzas Cortas.”

El Franciscano fray Alonso del Barrio y Bazán, quien llegó al Río Verde por 1790, fue el que recibió la misiva de Rodrigo Torres del Río, envuelta en una plica lacrada, y la entregó religiosamente a su destinatario, el coronel Manuel del Río Montemayor, de la Divina Pastora, Intendencia de San Luis Potosí, de quien había sido súbdito en los buenos tiempos.

EL TESORO DEL CONDE DUQUE DE LA MANCHA

Ancha, muy ancha era la bien ganada fama del Real y Minas de Santa María de las Charcas —hoy Charcas, a secas—, por la generosidad inagotable de sus vetas y la rica diversidad de su comercio. Largas conductas salían de vez en vez hacia las Reales Cajas de San Luis, y otras, más largas aun cruzaban su territorio, provenientes de cualquiera de los cuatro vientos, guiadas por arrieros quimeristas y algareros que iban dejando toda clase de mercancías y chismes a lo largo de su ruta y levantando otras y otros.

Por 1720 había caído en gran descaecimiento y despoblación, pues el natural sustento que eran las minas, se había agotado por completo, y la gente huyó. “Desamparado el Real —cuenta Arlegui— por falta de metales, se conservaron los religiosos en el convento, manteniendo con las limosnas que en los contornos recogían a tres pobres vecinos, que registrando las vetas, al cabo de algunos días descubrieron nuevo mineral en otro cerro distinto, más inmediato al convento, que aún persevera hasta ahora.” Con eso volvió el auge, se repobló el Mineral y tornaron a correr las riquezas.

En el Real de Santa María de las Charcas pululaban mineros, comerciantes, ganaderos, muy diestros artesanos y un enjambre flotante de arrieros, carreros y demás gente del camino. Como si se tratara de una nonada, hacíanse del diario, compras, ventas y trueques de mucha cuantía, lo mismo de ganado, que de telas, que de riquísimos petenques, que de elaboradas obras de menestrales y artistas. De tan activo comercio da cuenta exacta un in-

ventario de 1715, tocante a las joyas y demás pertenencias del Convento Franciscano de Charcas, en el que se incluye: "primera- mente un retablo muy hermoso que se traxo de México, muy bien labrado y dorado, que coxe todo el frontispicio..."

Entre esa abigarrada corte de arrieros parlanchines que, desde la capital de la Nueva España, emprendían continuos viajes al norte, pasando por Querétaro, San Luis Potosí, Charcas y otras tierras más allá, figuraba un mocetón, como en los dieciocho años de su edad, conocido por el nombre o apodo, que no se sabe, de Pero Lope Solapa. Tiempo atrás, habíalo cogido por su cuenta la orfandad. Sus padres, oriundos de Barcelona, cruzaron la mar ávidos de acopiar riquezas en las Indias Occidentales. Pero, si no alcanzaron éstas, menos aquéllas. Por obra de una epidemia, de esas que asaltaban las débiles naos, vinieron a finar en lo mejor de la travesía; y allá quedaron, les dieron huesa en medio de las olas. La criatura, sola, prosiguió navegando por los fragosos mares de la vida hasta parar en arriero. De ocho a diez años tendría cuando, de vago por una de las garitas de la capital, le rogó al capitán de una conducta que lo llevara consigo. Y así entró Pero al camino. Para su temprana edad, eran ya muchas las leguas que había recorrido. Los fríos, las prolongadas lluvias, los largos asoleos, lo habían curtido. Y el trato con todas gentes lo había espabilado. Era, sin embargo, un mozo serio, bien apersonado, laborioso; que no se permitía más licencia que las retumbantes exclamaciones de rigor para arriar a las bestias remisas o ariscas. Tampoco andaba, como sus desaforados compañeros, empinando el codo o violentando doncellas ni requebrando casadas.

El capitán de la conducta lo quería como a hijo. Era dueño ya de un tiro de mulas de potente alzada. En la una transportaba la mercancía ajena y en la otra la propia, que iba vendiendo aquí y comprando allá, con ánimos de, algún día, reunido el suficiente caudal, tomar aposentamiento fijo y dejar aquella vida trabajosa y trashumante. Le gustó el Real de Minas de Santa María de las Charcas y allí, dando de lado al camino, fijó residencia.

Rigiendo con destreza su párvulo caudal, unas veces con trueque, otras acarreando, otras vendiendo por las minas y ranchos de la plebanía, acrecentó su hacienda. De las baratijas y co-

sillas de más o menos, pasó a las semillas y luego al ganado y, por fin, a las minas, meta precisa de todo el que quería sacar buenos alquileres con su fatiga. Fue así como, el tiempo andando, estableció un comercio de buen ver, muy abastado y con incontable clientela que le rendía magníficos emolumentos. Y el huérfano trota caminos subió a los escaños ocupados por las gentes de viso y se convirtió en el opulento señor don Pero Lope Solapa, conforme a aquello del agudo y experimentado Arcipreste de Hita:

*Sea un home necio o rudo labrador,
los dineros le facen hidalgo o sabidor,
cuando más algo tiene, tanto es más de valor.*

“Oficinas de Vulcano”, llamó el afamado cronista Arlergui a los reales de minas, “en donde se vive desordenadamente y se agrega la gente perdida y facinerosa; experiencia que tenemos bien conocida y deberíamos tener llorada”. Pero, sin embargo, aún estando en lo mejor de su edad, nunca se amigó con gente apicada, al contrario. Dado por entero a sus negocios, negó todo tiempo a los despilfarros y a las liviandades. Volvióse más encerrado en sí, más grave, más parsimonioso. Silenciosamente socorría a los menesterosos y tendía la mano a cuantos, constreñidos por la necesidad, andaban mal en sus trabajos, sin pedirles rédito a cambio. Y era, entre los devotos cofrades de Santa María de las Charcas, el más exacto observante de las piadosas reglas.

Para 1765 don Pero Lope Solapa, después de siete u ocho años en aquel Real de Minas y a los veinticinco de su edad, consideró llegado el tiempo de tomar estado, para lo cual puso sus ojos en doña Leonor de Urbina, dama muy empingorotada, como que, amén de ser hija del más rico propietario de Charcas, era sobrina del Alcalde Mayor de San Luis. Al primer requiebro, como don Pero poseía esa mecha irresistible para encender amores, calcinar voluntades y fundir resistencias, que es el oro, doña Leonor cayó rendida, con la complaciente anuencia de sus padres, que le apartaron cuantiosa dote.

En el inter don Pero determinó dar consistente robustez a su fortuna y emprendió enormes transacciones. Además de muchos sitios de ganado mayor y menor, con una ansia irrefrenable de riquezas, adquirió varias catas, unas por cualquier nonada, otras a

muy subido precio, aunque para ello tuvo que pignorar todas sus pertenencias y acudir aún a usureros que ponían alto censo redimible a sus capitales. Tan sólo esperaba apañar las cuantiosas ganancias de sus haciendas y minas para, acompañado por doña Leonor, entrar al altar a recibir el sacramento.

Empezaron entonces los malos quereres de la fortuna. Un granizal, de los que se estilaban en aquellos remotos ayeres, mató un sin fin de cabezas de ganado menor; luego, una prematura helada, muy rigurosa, en el mes de septiembre subsiguiente acabó del todo, sin dejar cosa que valiera, con la cosecha que se venía opima, y con los pastos, por lo que, a poco, muy a poco, empezaron a morir de hambre los ganados; tras de esto se vinieron meses de más fuertes fríos y de sequías; y las minas, donde don Pero guardó sus últimas esperanzas, resultaron fallidas. hasta quedarse sin nada para la mantención de su peonía y de sí mismo.

Al verlo en tan notable mengua, todos los que, no mucho antes, se le mostraban untuosos y afables prestamistas, cambiaron cara, y mostráronse exigentes e inflexibles. Los que le debían incontables favores, le voltearon la espalda. Hasta la misma doña Leonor, que le había jurado, entre una larga corte de ayes y válgames, imperecedero amor, le devolvió palabra y prendas, cortando de cuajo las relaciones. A don Pero no le quedó encima más que deudas insolutas y acreedores intransigentes.

No valieron ruego ni votos. En un santiamén el peripuesto y opulento caballero don Pero Lope Solapa sufrió el total y vergonzoso despojo de sus tenencias y vino a quedar peor de cuando llegó al Real. En un decir Jesús, se vio desposeído de cuanto, con ímprobos trabajos, había acopiado desde su hambriada y fatigada infancia de arriero.

Cuando los acreedores llevando de la mano a la autoridad y al notario, que con escritura muy bien peñolada, atiborrada de graves considerandos, pragmáticas y razones, rubricó el despojo, don Pero conservó inalterados su mutismo y parsimonia habitual. Ni protestó ni advirtió nada. Al final del acta, junto con todos los presentes, estampó su firma sin chistar, y entregó papeles y llaves a sus acreedores, y abandonó el Real.

Le rebullían en el pecho incontenibles furias de venganza:

contra los falaces amigos que lo traicionaron, contra los usureros sin entrañas que no perdonaron rédito ni alargaron plazo, contra los mineros mañosos que precipitaron el deceso de su fortuna, contra la fementida doña Leonor que al verlo en la estrechez de tamaños quebrantos lo dejó por otro. Azandereado por tan hórridos sentimientos, determinó tomar la fragosa vía de salteador de caminos, como que los conocía todos y todas las mañas de carreros y conductores. De ahí en adelante, se cobraría por su propia mano la ignominiosa afrenta que le habían hecho mercaderes, hacendados y mineros de Charcas, no dejando que la mercancía por ellos comprada, llegara a sus manos, ni que el oro y la plata alcanzara su destino.

Primero, solo; después, cuando la Santa Hermandad reforzó sus huestes y estrechó el cerco y, por consiguiente, las escaramuzas eran inevitables porque la persecución se volvió más rigurosa, formó una banda, en la que sólo se matriculaban españoles, bien puestos a emplear los filos y aceros de su valor en dar la mano a Lope Solapa en el ejercicio de su venganza, so condición de no matar, ni siquiera malherir a ningún arriero ni carrero, ni conductor. Se autonominó Conde Duque de la Mancha, Botín Rojo, por apodo; y a sus secuaces los bautizó con el mote de Las Botas Largas.

Desde ese de 1765, por cuatro lustros, hasta el de 1785, no cesó en sus correñas por todas las regiones aledañas a la jurisdicción de Charcas: desde La Hedionda y San Sebastián Ojo de Agua del Venado hasta los Alamos de Catorce y desde Tula hasta los confines de Zacatecas, Botín Rojo hizo suyos todos los caminos y fue el azote de la comarca.

Año hubo en que, de las conductas de la Corona que traían el real quinto a San Luis, no escapó una. Menos las que llevaban mercaderías para Charcas. En vano que la Santa Hermandad reforzase la vigilancia; en vano que los arrieros y conductores trajeran prestos los belduques y pedreñales; en vano las cautelas sin cuento. Ora entre los cerros ora entre el asoleado altiplano; ora cerca del Real de Charcas, ora lejos, cuando ya se creían a salvo, caían sobre los conductas los Botas Largas en el segundo más impensado.

Y cuando la vigilancia era muy estricta y sólo con una cruenta sorpresa sería posible el robo, Botín Rojo mandaba por delante su jauría de lobos amaestrados que, reptando invisiblemente bajo los breñales, sigilosos, arteros, de ágil brinco, sin dar campo a ningún medio defensivo, con espeluznantes aullidos y ardorosa furia, inundando de pálido asombro a arrieros, milicias y animales, azotaban desperdigados entre las bestias, que huían de estampida, empavorecidas, desbocadas, por todos los vientos, con su carga encima. Lejos, muy lejos, los Botas Largas, recogían calmosamente el hurto.

Así acopiaron incontables riquezas. Por fin llegó el día en que Pero Lope Solapa determinó acabar con tan riesgosa y malfamada ocupación. A cada uno de los suyos le dio su parte, una buena parte, y él se reservó lo que le tocaba. Es la que está escondida y sigue, después de casi doscientos años, inencontrada, en el Cañón de la Hierba Anís.

Habiendo ocultado su tesoro, Lope regresó a España, a gozar anchamente de las riquezas por tan malas artes conseguidas. Allí se amigó con truhanes viciosos y astrosos, de ínfima ralea; y lo que no había hecho antes, lo hizo ahora: se dio por entero a los bureos alegres y a las travesuras amorosas, enredado siempre en pleitos y en altercaciones peligrosas. Malhirió a muchos y mató a varios, por lo que la justicia dio en requerirlo con mucha diligencia, y otra vez Pero Lope Solapa se convirtió en trotacamino. No tardaron sus persiguidores en dar con él. Substanciada rápidamente la causa, como abundaban las pruebas, fue sentenciado a la horca. Ya para subir a ella escribió un pliego, que sigilosamente confió a otro presidiario, en el que da razón y cuenta de la fortuna que dejó en la Nueva España y del lugar donde se encuentra. El mentado pliego dice así:

“Tesoro del Conde Duque de la Mancha”

“Barcelona, 11 de Mayo de 1796. Copiado del original que facilitó don Ramón Balmori, en Río Verde, el 7 de Mayo de 1890.”

“Extracto del documento único existente, conteniendo las señas y direcciones auténticas para descubrir y sacar a luz el enorme tesoro oculto en la cueva de la Majada Redonda de Ojo de Agua.”

“Seguirás una vereda a la derecha, sube y baja, por encima de

esta montaña, y al poco andar, baja a un cañón y da vuelta al entrar en la Cañada del Hierba Anís. Estando aquí preguntará por un punto que le dicen la Majada Redonda, donde se albergan las manadas de cabras de las Haciendas vecinas; al sur de esta Majada y pasando una lomita, darás con una loma más alta, que corre de sur a norte (aquí había una cruz de cantera que aún existía cuando yo tuve que huír de México y que lleva la siguiente inscripción: Aquí yace Fernando Muriedas. General atrevido y generoso. Falleció en Enero 10 de 1753 [Q.E.P.D.]).”

“En línea recta, al oriente y a una distancia de unas 250 varas de esta cruz, y a media ladera, buscarás asiduamente y encontrarás un punto donde colorea el cerro y donde hay unas piedras puestas en montón, que parece que la naturaleza las hubiese puesto allí, pero fuimos nosotros, y una piedra grande tapa el cerro de la boca de un pozo no muy grande, que tiene cerca de 30 varas de profundidad. El pozo es redondo y labrado a mano y sus lados son muy lisos. Ya estando en el fondo de este pozo, que algunas veces, en tiempos abundantes de aguas, está cubierto de agua, mirarás un aposento abierto en la roca. Para subir a él, tendrás que ir a gatas. Al estar parado en el centro de este aposento, y antes de ir más adelante, descúbrete, y admira las bellas cúpulas sacadas a cincel de la peña viva por Chato, uno de nuestros escultores, y dedicadas a Ntra. Sra. Santísima Madre la Virgen María de Charcas, la cual, con mucha merced, ha protegido a nosotros pobres pecadores en nuestra profana y nefasta profesión.”

“Después de persignarte, fijarás la vista en el lado izquierdo del aposento, era nuestro oratorio, donde verás una abertura al parecer insignificante en el piso, la cual ha sido bien rellena de piedras y tierra. Este es el pasadizo del segundo piso de nuestra casa. Después de limpiar bien este pasadizo, tendrás una entrada muy estrecha al segundo piso, por la cual apenas puedes pasar. Después de pasado, sin miedo tus pies tocarán agua corriente, de cerca de pie y medio de fondo. Tan pronto como entres al agua puedes pararte, te encontrarás en un corredor de cerca de 5 varas castellanas de largo (el corredor tiene justamente la anchura para que pase un hombre). Por necesidad tendrás que caminar por

agua por este corredor, pues el agua se ha metido por él a propósito.”

“Al haber caminado por él y exactamente donde alcanza su terminación y pegado de espalda estarás parado en piso seco. Será forzoso para tí llevar buenas mechas para alumbrar el camino, también algunos buenos cepillos y escobetas para poder hacer este rincón especial. Después de mucho cepillar y fregar, descubrirás las líneas donde se cimentó en el piso una lápida con cal y arena y sangre humana de algunos soldados que hicieron prisioneros en Monte Alto; antes de sacar la lápida, buscarás en la pared un nicho, en el que está colocada una Imágen de la Sma. Madre María, la cual verás y rezarás, suplicándole que te proteja en tu empresa, que tenga piedad de nuestras pobres almas y que interceda por nosotros pobres pecadores, para sacar nuestras pobres almas del Purgatorio.”

“Al cabo de hacer esto, sacarás la piedra, la cual es la entrada a la puerta del tercer piso de donde están situadas nuestras bodegas de tesoros. De la puerta baja una escalera al primer cuarto del tercer piso, que no tiene arriba de nueve pies de largo. Al bajar por la escalera, entrarás a la primera cámara, donde encontrarás una variedad sinfín de objetos, de vestidos de lana y lino, mantas, capas, casacas, trajes de seda, una regular cantidad de armas, todas como Belduguillos, Puñales, Espadas, Mosquetes, Fusiles de chispa y otros.”

“En este cuarto hay una puerta que va a las cámaras interiores. A cada lado de esta puerta está parado un Coronel del Ejército del General Mayas, con las armas en las manos, levantadas para matarte. Si no pierdes el ánimo, las pasarás sin temor y entrarás en las otras cámaras y salones donde encontrarás muchos montones, no recuerdo su número, de monedas de oro y plata en barras, anillos, pulseras con montaduras de piedras preciosas, pendientes, cadenas, cálices, copas y platillos y otros objetos de oro y plata. Todo, según mi cálculo, es cerca de trece millones de pesos en valor; todo lo cual me ha reconocido como dueño y lo cual con esto, te lo traspaso, con la condición de que mandes decir doce Misas a la Iglesia de Charcas y doce Misas a la Iglesia del Carmen, a la

Virgen María, de San Luis Potosí, por la salvación del alma de su pobre criado.”

“Lope Solapa Conde de la Mancha, por apodo “Botín Rojo”, Jefe de las Botas Largas.”

“Escrito y firmado en la Penitencia de Barcelona en Mayo 11 del año de 1796.”

EL TESORO DE JUAN NUÑEZ

En lo mejor de la época porfirista, cuando San Luis navegaba a velas hinchadas sobre la apacible mar de la bonanza, llegó a San Luis un norteamericano estrafalario. Tan estrafalario como tantos otros que por entonces venían con ánimos de invertir sus gruesos caudales en nuestra tierra. Según la noticia que publicó el diario estadounidense *Two Republics*, traía de compañero a Mr. Robert S. Towne, el poderoso magnate que en aquellos meses había inaugurado aquí la Compañía Metalúrgica Mexicana en el antiguo rancho de Los Morales.

Mr. Towne llevaba más de dos años en San Luis, esculcando detenidamente, primero, todos los alrededores en busca del lugar más estratégico para instalar una planta fundidora; en seguida, gestionando la adquisición de los solares indispensables para la misma; y, por último, levantando la enorme fábrica de la fundición de Morales. Conocía al dedillo los contornos y todo el teje maneje de la actividad comercial del Viejo San Luis. En una de sus muchas idas y venidas al país del Norte, conoció a Mr. F. P. Holden, contumaz buscador de tesoros ocultos, a quien le urgía conchavarse con alguien que le pasara un poco de luz para resolver el negocio que traía entre manos. Su encuentro con Mr. Towne fue como una bendición de Dios.

Mr. Holden, al decir del periódico, era "representante de una compañía americana recientemente organizada en los Estados Unidos, con el objeto de buscar el famoso tesoro enterrado en Arroyos. Su presencia y el objeto de su visita han revivido los incidentes románticos relativos a cierto famoso tesoro escondido. El largo tiempo que ha transcurrido desde la ocurrencia, origen de

esa tradición, y los muchos vanos esfuerzos que se han hecho para descubrir estas riquezas, no han menoscabado la fe de los que creen en el tesoro escondido en Arroyos". La tal sociedad, según el *reporter*, se intitulaba *Occults Treasures Trust*. Y añadía: "La exploración que el sindicato americano propone, va a ser bajo principios científicos, por un método de círculos concéntricos trazados desde el campamento de Arroyos, que se ensancharán hasta un extremo limitado. Las pruebas son conocidas de la ciencia moderna y se sabe que se aplican en todos los puntos, hasta que la presencia del metal sea detectada por una aguja imantada. El tiempo ha extinguido todo título de derecho a este tesoro, y será para el descubridor, con sólo la obligación de pagar un tanto por ciento al Gobierno. En vista de las dificultades en la búsqueda, el Gobierno ha dado una concesión especial a la Compañía americana emprendedora, que se ha encargado de descifrar el secreto de Juan Núñez." concluía el *reporter*. Gracias a éste, que reprodujo muy sintetizadamente la información que publicó *Two Republics*, y con lo que hemos pescado al tirar los anzuelos por aquí y por allá, podemos reconstruir la verídica historia del tesoro de los Arroyos o de Juan Núñez.

Era este mentado Juan Núñez arriero de ejercicio y Asentista Conductor de platas. Los muchos años rigiendo con destreza las fornidas recuas en las que transportaba los valores, los diuturnos asoleos y lluvias y los topes con salteadores de la peor calaña, lo tenían bien curtido. De modo que no sólo poseía el "privilegio" —como se decía entonces— o monopolio de las más preciadas conductas de San Luis, sino también del Nuevo Reino de León, de las Provincias Internas y de otras partes de la Intendencia. Juan Núñez era el dueño del mejor hatajo de la comarca, formado por cincuenta robustas mulas prietas, dividido en grupos de diez, al mando cada grupo, de un arriero muy trotado. A la cabeza de todas, siempre ponía la yegua caponera, hermosa hembra retinta golondrina tresalva, que era la primera en echarse al camino y a la que seguían las demás bestias en formación muy concertada y con paso ligero. Ninguna era rezagosa, ni zorrera, ni echona. Además de las cincuenta mulas arrierras, tenía Juan las de silla para él y sus ayudantes: el mayordomo, el hatajador y los sabaneros. Total,

diez hombres más que le servían de escolta, muy diestros en blandir lo mismo los machetes, que los cuchillos jiferos, que los mosquetes y arcabuces de rueda y los pistoletos de arzón. Por eso lo procuraban para la conducción de las cargas de valor.

Sucedió que al señor Intendente Corregidor de la Provincia de San Luis don Manuel Jacinto de Acevedo, le arreciaron sus enfermedades habituales, y durante largas semanas no pudo asistir a su despacho ni certificar con el señor Tesorero Oficial Real de las Reales Cajas el envío de las barras quintadas de oro y plata a la ciudad y Corte de México. Uno y otro yacían apabullados por unas recias cuartanas. De nada les aprovechaban las pócimas resolutivas, los elixires y analépticos y demás brebajes tónicos y refrescantes para que trasbocaran los malos humores. A los dos caballeros les había caído encima una destemplanza del cuerpo que no los soltaba. Y sobre de esto, unas cámaras y flujos de vientre que les desecaban las carnes y les dejaban desamparado el vigor de todo el cuerpo y con las potencias muy gastadas. Se encontraban casi al filo de la muerte, uncidos a la agonía.

En el inter, la bonanza de los Reales de Minas, como Catorce, Santa María de las Charcas, San Pedro de Guadalcázar, Ramos, Cerro de Señor San Pedro, San Matías de Sierra de Pinos, las Reales Salinas del Peñol Blanco y otras catas ratoneras, como las del Bernalejo y la Sierra de Coronado, seguían dando más y más metal de muy alta ley. De modo que en ese tiempo se apiló buena cantidad de barras que urgía mandar para la amonedación a la Ceca de la capital y a ultramar. Consultado el caso de la retención de las conductas que no se podían enviar, por causa del gravísimo malestar de los dos señores dichos, el señor Alcalde Mayor y el señor Asesor Letrado, ambos a una, dada la premura del asunto, ordenaron y confiaron la remesa a Juan Núñez, el Asentista Conductor más fiable y seguro.

Mientras tanto, por fuerza se derramó en las plazas y calles del Viejo San Luis, así como en las iglesias y conventos, la triste situación del par de enfermos. A las plegarias usuales, se ensartaron las rogativas y trisagios por la salud de los pacientes. Al Santo Cristo de la Parroquia, tan taumaturgo y milagrero, lo llevaron en procesión, amparado por las Religiones y Cofradías, hasta la alcoba

de los enfermos. Así, entre tantas pláticas de azoro, se supo el por qué se habían demorado las conductas de plata y que los mineros y comerciantes presionaban al señor Asesor Letrado y al Alcalde Mayor para que ellos, en sustitución del señor Intendente y del señor Tesorero Oficial Real de las Reales Cajas, formaran el inventario de los lingotes y firmaran las guías.

Por entonces, aniquilada la cuadrilla del feroz Pedro de Astorga, que tuvo su recóndita e inencontrada guarida en el legendario Juego de Barras, en lo más alto de la Sierra de Villa de Reyes, había sentado sus reales la malfamada gavilla del temido Alejo Díaz. Si, en veces, por obra de la Acordada o de los Dragones que escoltaban las conductas, los bandoleros erraban el golpe y aun quedaba uno o unos de ellos pendientes de algún árbol, con la soga bien anudada al cuello, en veces también, conseguían sus intentos. Para eso contaban con sus espías y receptores, que al rondar por los mesones y las casas de pro, atisbaban muy bien quiénes estaban por salir al camino, qué bagaje llevaban, qué tan alhajadas iba las damas, qué atuendos portaban los caballeros, qué arcas repletaban las bacas o cargaequipajes, qué armas manejaban los cocheros y sotas; o, si era conducta, cómo formaban los hatajos, cuántos los arrieros y mozos, de qué calidad la mercancía, de dónde y para dónde las remesas. En suma, los soplones memorizaban el inventario y evaluaban el contenido. De acuerdo con esto: precios, riesgos, hombres, ganancias posibles, cotizaban el salteamiento y si la rapiña valía la pena o no.

En el parloteo de los corrillos banqueteros y de los atrios, los espías de Alejo arponearon la nueva de que había desazón entre los diputados de la minería y entre los republicanos del comercio, porque ya se habían acumulado muchas barras y tejuelos en las Reales Cajas y no se podían remitir a la Corte de México. Los dichos soplones traspasaron la noticia al capitán, y éste empezó sus aprestos para hacerse de la conducta. Gracias al paciente merodeo de los espías, la gavilla de Díaz pudo saber que ascendía a mucho el valor de la remesa que le confiarían a Juan Núñez, que en la recua irían, además de los lingotes, algunas mercaderías de la China que habían entrado por Nueva Orleáns y que saldría, para finar el mes.

Por fin se llegó el día tan ansiado con impacientes ansias. Estaba para empezar la temporada de aguas. Adelantándose a la clareada, luego de encomendarse a todos los Santos de la Corte Celestial, a San Crisóforo o Cristóbal, Patrono de los caminantes, a los Santos Angeles de la Guarda, al Arcángel San Miguel, debelador de las potencias infernales, a la protectora Sombra del Señor San Pedro, a quien cantaban, conforme la yegua caponera ocupaba su lugar en la punta del hatajo:

*Líbrame, Pedro Divino,
por tu caridad y amor;
hoy salgo al camino,
gran Apóstol del Señor,
Cuando ya al camino salga
y me asalte un malhechor,
allí tu nombre me valga
en el nombre del Señor.*

En seguida entonaron el Alabado y cogieron el camino que los llevaría a la capital del Virreinato.

Si Alejo tenía sus espías, también Núñez contaba con los suyos. Apenas, a poco de andar, trasponía las cercas del rancho de Cuencabélica y se metía en el llano, un indio del Aguaje lo puso al tanto de los aprestos que desde días antes paraba una gavilla de sospechosos en los mezquiales que se tendían más allá, canales afuera de la Villa de San Sebastián. El conductor, que no se paraba a medir dificultades, ni se inmutó. Sopesó los riesgos, calculó dónde lo podría sorprender Alejo y ajustó sus providencias. Le valdría la vida, pensó, pero su tesoro no lo cogerían los follones.

Juan conocía los andurriales. En la temporada de aguas, por fuerza, aun los arrieros, con mayor razón los carros y carretas, debían hacer rodeos y meterse entre las huideras o abrir nuevas. A nadie dijo nada de sus cavilosos pensamientos, y antes de trasponer los linderos de La Pila, torció la ruta por la trocha más desusada. Apartándose del camino real, metió su recua entre los matorrales, donde bien sabía que no era fácil que lo sorprendiera Alejo. Escogido el lugar, ordenó a sus arrieros que detuvieran el hatajo, desmontaran y pialaran las mulas. Puso la recua al cuidado del mayordomo o arriero mayor. Por sí o por no, plantó de centinela

al hatajador, con los sentidos muy abiertos para que oteara el horizonte y vigilara.

Juan Núñez, entonces, escogió a cuatro de sus arrieros, les entregó palas y picos y les ordenó que treparan en sus mulas. Se fue con ellos. Los hizo caminar como si emprendieran el camino para San José de la Carrera, hoy Villa de Zaragoza. A poco andar, los hizo que se apearan; y a uno por uno, con los burdos paliacates que traían, les vendó los ojos. En seguida les mandó que volvieran a montar. Ya en sus mulas, les amarró los brazos por la espalda para impedir que desajustaran la venda y los echó a caminar, él por delante, y los demás por detrás. Así, llevándolos por allá y por acá; a veces en amplios rodeos, a veces derecho, los trajo vagando largo rato, hasta que los metió en un tupido mezquital donde no veían los cerros ni era posible identificar un solo punto de referencia.

Allí los desvendó y los puso a escarbar. Cavarón un extenso hoyo como de una vara de profundidad, por menos de una de ancho y como tres o cuatro de largo. Abierto el foso, los tornó a vendar, los hizo montar y los amarró como antes. Regresó con sus hombres por otro camino y con todos los rodeos precautorios. Ya en el punto de partida, él y el hatajador cortaron una parte de las mulas con su respectiva carga del tesoro. Con mucha presura en un principio; luego, cuando ya no pudiera oírse el ruido de los cascos, despacio, muy despaciosamente, se dirigió Núñez al lugar del entierro y allí vació y tapó la carga.

Tres veces efectuó el viaje, con sendos grupos de mulas, excepto las aparejadas con el bastimento y el matalotaje. El solo y el hatajador. De modo que nadie más que ellos dos supieron dónde quedó el tesoro. Acomodadas las cajas que contenían las barras y las mercaderías, las cubrieron con tierra y piedras, bien apisonada la cubierta, y aun plantaron uno que otro chaparro y nopal. Antes de que acabara la faena, cayó la lluvia. Una lluvia tupida, como las que eran de ley entonces, y que al descender de la Sierra de San Miguelito, se convertían en aguas broncas, arrastraban piedras y yerbas y formaban charcas. Era lo que deseaba Núñez, que las aguas borrarán las huellas. Y entre el aguacero regresó con el hata-

jador al improvisado campamento, a esperar el golpe que pretendía asestarle Alejo Díaz.

Al fin arriero muy trotado, también tomó otras providencias. Cuando hizo posta en el lugar, antes de escoger a los primeros cuatro arrieros, los que habrían de cavar el foso, mandó otro a San Luis, a dar aviso de las acechanzas del salteador y a pedir refuerzo. El brigadier don Félix María Calleja del Rey, jefe de las armas en San Luis Potosí, mandó un escuadrón de Dragones a proteger a Núñez y, al mismo tiempo, para prender a Alejo Díaz.

Pero el refuerzo tardó. Los arrieros cambiaron de lugar, y fue cuando la gavilla topó con ellos. Los salteadores, como eran más, los rodearon y atacaron sorpresivamente y a mansalva. Juan Núñez y el hatajador, como más esforzados, con briosa determinación contraatacaron, y fueron los primeros en caer muertos. Los otros malheridos o agonizantes quedaron en manos de los bandidos.

Cuando Alejo y su hueste vieron la recua bien aparejada y vacía, sin nada de carga encima, estallaron gritando estruendosos malahayas y dicterios con el peor entono; corrían desaforados por allá y por acá, tildando de bellacos y follones a los arrieros; pateando y sacudiendo a los heridos; esculcando los matorrales con ardoroso frenesí y barbotando horrorosos insultos a los caídos. Todo en vano, porque el aguacero y el lodo escondieron las señas.

Mal sosegadas las fogosas iras, convencido Alejo de que el tesoro lo había puesto Núñez a muy bien recaudo, les echó el lazo a los sobrevivientes para forzarlos a declarar donde estaba el entierro. Como los infelices no vieron nada ni sabían nada, como a algunos apenas les quedaba aliento para exhalar doloridos válesmes y ayes y como se pusieron tercios en repetir que no sabían nada, los bandidos empezaron a estrechar más y más el nudo corrido que les pusieron en el cogote.

En ese empeño estaban los bandoleros, foscos y ceñudos, con las crestas muy alzadas, corriendo más y más el nudo y clavándoles las espuelas en las costillas, exigiendo con impacientes ansias dijese lo que no sabían, cuando le llegó el ruido del tropel de Dragones que se acercaba a mata caballo. Los forajidos, mohínos y encorajinados, sin soltar las reatas, montaron en sus corceles y partieron a galope tendido, arrastrando detrás de ellos a los pobres

arrieros. Con esto acabaron por apretarles el gañote y vaciarles la vida.

Si los ladrones eran más que los arrieros, los Dragones, a su vez, también eran más que los salteadores. Aunque éstos se desvalagaron, por fuerza les dieron alcance. Ni uno solo escapó. Dos o tres tropezaron con sus caballos y se rompieron la mollera; otros más acabaron hechos cribas por los fusilazos que les atinaron desde la nuca a la rabadilla; los que aun gozaban de vida, fueron arrastrados al campamento de Núñez, sometidos a tormento, para con tan buen estímulo confesaran lo que sabían. Mancornados y a vivo pie, los pasearon todo aquello, a ver si reconocían algo. Todo eran charcas. No había huella que sirviera para descubrir el entierro. Como la noche se venía encima, allí donde Alejo mató a Juan y al hatajador, colgaron a los ladrones vivos, safaron los piales de las mulas y, sobre el aparejo que traían éstas, echaron a todos los arrieros muertos para llevarlos a San Luis.

Aunque la larga caravana de Dragones y difuntos llegó en las haldas de la noche, una noche asaz negra, como alma de pecador, y más ennegrecida todavía por los nubarrones, los serenos y trasnochadores los vieron desfilar. No era Dios amanecido, a la pálida claror del grisáceo día, y ya la noticia corría entre el azoro de mujeres y la furente indignación de los comerciantes y mineros, y más cuando se aclaró que entre los muertos se contaba el arriero y Conductor Asentista Juan Núñez. Todos a una, sin que nadie lo descubriera, cayeron en cuenta de que era obra de Alejo Díaz. El Asesor Letrado y el Tesorero Oficial Real de las Reales Cajas se daban a los mil demonios por haber autorizado la conducta sin la escolta debida. El fosfórico jefe de las armas don Félix María Calleja del Rey encerrado en el despacho de Dragones, barbotaba robustos pesiatales y gruesas y rotundas palabrotas que no son para repetir. Antes de que se le echaran encima los agraviados, mineros y comerciantes, tanto para evadir las fuertes reclamaciones como para darse prisa en rescatar lo robado, ordenó la salida de dos escuadrones de soldados, de los más robustos y fieros, para rebuscar en el lugar de los hechos.

Noramala, cuando perdían de vista las torres del Santuario, se soltó otro aguacero, peor que el del día anterior. De modo que los

Dragones no caminaban, nadaban entre las charcas. Y ni a quien preguntar, ya que nadie sabía nada de nada. Las corrientes y la tormenta borraban las señales. Ni una huella de fiar. A unos cuantos pasos nada era visible. Así toda la mañana. Descubrieron a los ahorcados, de cuyos pies escurrían gruesos chorros de agua, y a los muertos, semienterrados en el lodo y ya picoteados por los buitres y mordisqueados por los coyotes. Rastrearón todo aquello, esculcaron entre los matorrales, removieron piedras, arrastraron ramas, y no descubrieron nada que moviera a maliciar que allí estaba el entierro. Nada, ni un mecate, ni un bulto, ni una caja.

Al demediar el día, como no se descubría nada, el brigadier se apersonó con el mayordomo de la hacienda de Arroyos y mandó llamar el de la hacienda de La Pila, para que lo acompañaran con los mejores guías a rebuscar el tesoro. Lo más que consiguió fue dar con un pastorcillo que, según dijo, cuando perseguía a una cabra desviada y se había sentado a satisfacer una necesidad, vio a cuatro hombres a caballo, con unos paliacates en los ojos vendados y las manos atrás, sueltas las riendas. Como tierno e inabecedario, el chiquillo no atinaba a explicar más. Constreñido y arrinconado por el corajinoso brigadier, que le apucharraba la memoria para que echara más, añadió que después, cuando volvía con la cabra extraviada, divisó de lejos, muy de lejos a dos arrieros que conducían unas mulas con carga encima; pero no sabía qué. Los vio, mas no los conoció.

Don Félix María Calleja del Rey, con sus Dragones calados hasta los tuétanos por el aguacero, desesperó de buscar, y ordenó la contramarcha. Cerraba el día. El también se encerró en sí mismo, trepado en su cabalgadura, y se puso a cavilar. No lo distraían ni el cansino andar de las bestias ni el acompasado chapoteo. Reconstruía los hechos. A juzgar por ellos, Alejo le madrugó a Juan Núñez; hubo refriega; el primero mató a unos y arrastró a otros; pero antes Núñez se dio maña para enterrar el tesoro, por eso ni los bandoleros ni el refuerzo que los sorprendió, encontraron nada. Juan Núñez enterró el tesoro, de seguro.

El temporal siguió por muchos días. Era en vano buscar. Explorando entre el lodazal, no harían más que empalmar huellas engañosas a las ya engañosas que había. Decidió esperar a que se

fueran las aguas, se limpiara el cielo y el sol desecara el monte. Mientras, el yerbajal aprovechó los días para reverdecer y esponjarse a sus anchas. Donde no había nada, creció el zacate, y más en la tierra floja con la que Núñez tapó el fosó donde sepultó el tesoro.

Tiempo después, no mucho, de que mejoró el clima, el brigadier, ya solo, ya con la tropa, volvió a los terrenos de la hacienda de Arroyos, a buscar lo que no había perdido. No logró nada. Los soldados, como ignorantes y boquiflojos, regaron la noticia de los sangrientos hechos, del mal acabar de todos los que tomaron parte, asaltados y asaltantes, y de la magnitud del entierro. Cientos de ambiciosos de San Luis, de los contornos y aun de muy lejos, se dieron a pesquisar esta fortuna. Como no hallaron nada jamás, al correr del tiempo, se contentaron con hacer rebotar de boca en boca la conseja. Así llegó a oídos de Mr. Holden, el estrafalario norteamericano que hace un siglo desde lejos, como agente de "Occults Treasures Trust", a renovar la estéril búsqueda del tesoro de Juan Núñez o de Arroyos, que todavía está por allí, en espera de un terco afortunado que lo descubra.

EL TESORO DE DON TORIBIO CORTINA

En Pardueles, modestísimo lugarejo de la Consejería de Llanas, Principado de Asturias y Obispado de Oviedo, entró a la vida don Toribio de la Cortina Díaz. Pollo aún, dejó atrás su natal caseío y se vino a San Luis, al arrimo de su tío, don Manuel Díaz Fernández, opulento e influyente Republicano Antiguo del Muy Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, quien lo trató como a hijo y lo constituyó su heredero único y universal. Don Manuel rindió la vida en 1808, agobiado por los muchos años, cuando estaba por concluir la nueva enfermería de los Hospitalarios de San Juan de Dios, y le dieron tierra, envuelto en las ropas franciscanas, en el convento de San Francisco de Asís.

Agarrado a tan buena aldaba, rauda y fácilmente se le abrieron todas las puertas de San Luis a don Toribio. Las traspasó, y para 1790 ya era, además de próspero comerciante y dueño de algunas barras de minas, Asentista Conductor de las Cargas Reales de estas Caxas, Arrendatario de los Diezmos de San Luis y de Valle de San Francisco, Regidor Capitular, Arrendatario de los Ejidos de la Ciudad, Capitán y amo y señor de un cuantioso caudal. En 1810 había sumado más blasones a su persona, como que había ascendido a Republicano Antiguo del Muy Ilustre Ayuntamiento de la ciudad y, para su desgracia, a Comandante de la Plaza, empingorotado cargo que le dio el brigadier Calleja. Este, al recibir la noticia de la insurgencia, se dio a integrar un formidable ejército. De donde pudo, desde el Real de Catorce hasta la Villa de Reyes, sacó la mejor gente, y en la hacienda de La Pila se dedicó a adiestrarla.

En esta espléndida tropa iban porción de hombres que pronto alcanzaron muy consistente fama por su arrojo y hazañosos hechos y aun llegaron a lo más alto, como el médico don Anastasio Bustamante, el general Miguel Barragán, don Manuel Gómez Pedraza, don Matías Martín y Aguirre, don Juan Nepomuceno Oviedo —el Amo Oviedo, que cayó en el Sitio de Cuautla—, don Esteban Moctezuma, don Pedro Meneso y los imponderables “Tamarindos”, apelados así por su vestimenta de gamuza, y “Los Fieles del Potosí”, todos cuantos a las primeras de cambio derrotaron estrepitosamente a las alharaquientas y desgovernadas huestes de Hidalgo; y a la larga, fueron la espina dorsal del victorioso ejército realista.

Mientras el brigadier don Felix María Calleja del Rey se iba, muy trigarante y corajoso, a instruir a su gente, dejó guarnecida la ciudad con las dos compañías de Urbanos al mando de don Toribio de la Cortina Díaz, ascendido ya a Comandante.

Esto fue en el propio mes de septiembre. El 24 de octubre, una vez que les quitó lo tierno y los consideró a punto de mandarlos a la guerra, salió de La Pila con su casi cuatro mil hombres perfectamente bien adiestrados. Entre tanto, San Luis se quedó —en frase del Alférez don Nicolás Zapata— “como los muladares: ardiendo por debajo y por arriba fríos”. Empezaron a rodar pasquines léperos e incendiarios, como el que decía:

*Aunque anden las tropas listas,
he de encender candilejas,
con las tripas de realistas
y las mechas de Callejas.*

Por sospechoso, colgaron en la horca a fray Antonio de Otahegui, a un lado del camino al Saucito, pasando el río de Santiago. Otro de los cabecillas, al decir de Calleja, se suicidó, o lo suicidaron, que no se supo.

Aunque no era de ánimo fofo, con estos sucesos, don Toribio empezó a calibrar el peligro. A fines de septiembre le llegaron las infaustas nuevas de la matanza en la Alhóndiga de Granaditas consumada por las enardecidas chusmas de Hidalgo y los correspondientes saqueos. Entre los asesinados, se contó a don Ignacio Cortina, vecino de San Luis y sobrino de don Toribio. Entonces quedó claro que el blanco del odio y la zaña de los insurgentes eran

los españoles y los ricos. El comandante Cortina, para su perdición, era las dos cosas.

Don Toribio vivía en una de las más céntricas y alhajadas mansiones, frente a la cárcel, en la 1a. de Maltos, hoy de Carranza, precisamente donde se yergue el horroroso Cine Othón, que la destruyó y ocupa dos terceras partes del área original. De la fachada, sólo queda una mísera muestra; y aún esa, alterada. En este añoso y noble caserón dieron en reunirse los iberos de más caudal y pro, como don José Benito de la Serna, administrador jubilado de la Real Renta de Correos, don Pedro Antonio de Ymaz, yerno del comandante, el señor intendente don Manuel Jacinto de Acevedo, buboso crónico y sempiterno huésped del Hospital de San Juan de Dios, don Dionisio Castillo, don Juan Mariano de Vildósola y otros más del comercio y minería de la ciudad, todos angustiados por el pavor de lo que podría suceder a sus personas, a sus familias y a sus bienes. Después de varias entrevistas y conversaciones a puerta cerrada y de sopesar la estrategia a seguir, acordaron juntar sus caudales, ya en barras y tejuelos, ya en efectivo y en joyas, previo inventario y recibo de cada uno, y ocultarlos en un pozo escogido de antemano.

Desde el 3 de noviembre, a media noche, don Fernando Noriega y Cortina, dependiente del comercio de su tío don Toribio, con la ayuda de dos peninsulares de toda la confianza de los interesados, empezaron muy discretamente a ocultar el tesoro colectivo en el mentado pozo, entonces rebosante de agua y todo bien liado en robustas arpilleras de ixtle.

La noche del día 10, cuando se aprestaban don Fernando y sus socios a colocar en las arpilleras lo último que quedaba por sumergir en la susodicha oquedad, advirtieron movimientos sospechosos en las porterías de los conventos de los Hospitalarios y de los Carmelos y en la propia Plaza de Armas. Ya no salieron a ejecutar el postrer depósito, se mantuvieron quedos, a la expectativa.

En esa infausta noche fue cuando explotó la insurgencia en San Luis. Los legos Villerías y Herrera y Francisco Lanzagorta irrumpieron en la Plaza, echaron fuera de la cárcel a los presos y con este refuerzo se dirigieron al cuartel de artillería, frontero a la

casa del Comandante Cortina. A la algarabía de los insurrectos, la guardia hizo fuego y mató a cuatro e hirió a otros. La turba se echó sobre el cuartel, sacó diez cañones y los plantó en las entradas de la Plaza, apuntando uno directamente a la casa del comandante. Además, ocuparon las Casas Reales, hoy Palacio de Gobierno, y desde allí enderezaron todos sus tiros a la residencia de don Toribio. Este y sus soldados presentaron dura resistencia durante una inacabable hora. "Se vieron tan apurados —declaró uno de los insurrectos, luego que volvió Calleja y empezaron las represalias— con el fuego la noche de la insurrección, hasta que su cuñado Martín García, subido en una ventana, le dio un balazo en la cara, con cuyo motivo bajó el dicho Cortina y se entregó. . . ." Casa, tienda y bodegas, con todas sus existencias, se entregaron al saqueo. Sólo se salvó lo que el comandante y socios habían escondido ya en el pozo.

Tres días después llegó el temible Cabo Leyton, y luego de una artera comilona, encerró a los cabecillas y lanzó a toda su mesnada al saqueo, el peor que vio la ciudad en su larga vida. Consumada la tropelía, se fue el día 17, llevándose consigo a casi un centenar de europeos, entre ellos don Toribio de la Cortina. Fue un doloroso y largo peregrinar el de estos infelices: vejaciones, amenazas, torturas, cárcel en Aguascalientes, y en las barrancas de Guadalajara los pasaron a todos a degüello, sin que valieran súplicas.

Con la matanza de estos inocentes, se perdió la memoria del cuantioso tesoro que alcanzaron a esconder en el pozo varios de los españoles asesinados. De los hombres, no se salvó ninguno; de las mujeres, la única que sabía del secreto ocultamiento, era doña María Francisca Xaviera Martínez de la Cortina, ya viuda. Pero el asalto a su mansión, la balacera, los cañonazos, el secuestro de su marido y el posterior asesinato del mismo, la traumó. Una amnesia parcial le borró de la memoria todo, absolutamente todo, lo que vio y sufrió en esos trágicos días. Sobrevivió muchos años a su difunto esposo, sin poder secar la laguna mental que padecía: ya agónica, entre las incoherencias que soltaba de vez en cuando, mencionaba el tesoro que su esposo y otros españoles habían enterrado en un pozo; aludía a su sobrino Fernando, degollado tam-

bién en las barrancas de Guadalajara; a don Dionisio Castillo, en cuyo pozo se ocultó el tesoro; a Villerías y Herrera, que dirigieron el asalto a su casa; al secuestro de don Toribio, arrancado de sus brazos, malherido ya. Aunque entonces para nada le servían, afloraban de entre la charca mental que padecía; rotos y enmohecidos, hechos pedazos, los recuerdos de aquellos trágicos días, y otros desatinos más, salpicados con el recuerdo vago y confuso del ocultamiento de las barras, tejuelos, monedas y joyas.

Como tenía que suceder, doña Mariana Francisca Xaviera, al cabo de esa larga agonía, devolvió la vida a quien se la dio. Muy después, los herederos de ella y de don Toribio empezaron a padecer estrecheces. En 1836 doña Matiana Cortina, constreñida por los filosos garfios de la necesidad, tuvo que vender su casa. Ya antes, en diciembre de 1820, el heredero menor, agobiado por deudas, sufrió el remate de su finca, sita en la calle de Maltos, no lejos de la casona de su difunto padre. Fue cuando la hija mayor de don Toribio, doña Manuela Cortina de Ymaz, en nostálgicos recuerdos con su vástago José y con su hermana Matiana Cortina de Sierra, puesto que la necesidad es madre de la ciencia, empezó a darse cuenta de ciertos cabos sueltos, descubiertos durante los desvaríos de la semidifunta doña María Francisca Xaviera. El Ymaz, como más despierto, fue anudando pacientemente esos cabos, y así, después de mucho liarlos y destorcerlos, concluyó que don Toribio no sufrió la pérdida de todo en el malhadado saqueo de noviembre de 1810; que algo quedó a salvo; que buena parte se ocultó en un pozo; y precisamente en el pozo del difunto don Dionisio Castillo, cuya casa estaba a un tiro de piedra de la Plaza de la Compañía.

Don José Ymaz afinó el negocio con su madre y su tía y lo consultó con el acreditado don Vicente de Busto. Así, los cuatro dichos, dirigieron un oficio a quien competía, al Sr. Lic. Joaquín de los Reyes, treinta largos años después de los rememorados cruentos sucesos. Es el que a continuación transcribo fielmente de su original, que se encuentra muy bien conservado y guardado en el Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí. El curso en cuestión dice:

En la cabeza: "Sello tercero. Dos Reales. Para los años de mil ochocientos cuarenta y mil ochocientos cuarenta y uno".

En el cuerpo: "Sor. Juez de 1a. Instancia de lo Civil."

"Da. Matiana Cortina y José Ma. Ymaz representando los derechos de la Sra. mi madre Da. Manuela Cortina, ante V. como mejor procedamos de derecho y salvo el que más pueda competirnos, comparecemos y decimos que:"

"Amenazada esta Ciudad en el año de 1810 por las tropas que proclamaron la independencia a consecuencia del Grito de Dolores, muchos españoles residentes en ella trataron de poner sus fortunas a cubierto de las resultas que pudieran traer aquellos movimientos, enterrando varias cantidades de dinero o arrojándolas a los pozos o en otras partes. Entre ellos hizo lo mismo nuestro Señor Padre y Abuelo, respectivamente, D. Toribio Cortina, sujeto bien conocido que quedó encargado del mando de esta plaza cuando salió con el Ejército Real el General D. Félix Calleja, y que herido gravemente en su defensa, hecho prisionero con otros muchos españoles, fue conducido con ellos a las barrancas de Guadalajara, en donde perecieron. Días antes de que se verificase el levantamiento que capitaneó un Religioso de la Orden de Hospitalarios de San Juan de Dios, mandó llevar a la casa de otro europeo, llamado D. Dionisio Castillo, que corrió la misma suerte trágica, varias barras de plata con ley de oro, arpilladas unas y otras no, algunos tejos del mismo metal agujereados en el centro, y tal vez algunas cantidades de dinero acuñado y joyas, todo lo cual arrojó al pozo que es profundo y no fácil de agotarse, por la abundancia de sus veneros."

"Muchas circunstancias han concurrido para que no se haya hecho diligencia alguna a fin de extraer esos tesoros, ignorados de todos los interesados hijos del difunto D. Toribio, a excepción de la Sra. nuestra Madre difunta y abuela respectivamente, porque era la única que se hallaba en casa en aquellos momentos, hoy que lo hemos descubierto, nos parece conveniente registrar la casa en que se encuentran, que es la marcada con la letra B, en la calle de La Estacada, Manzana 5a. del Cuartel 8o., propia en el año de 1810 del expresado D. Dionisio Castillo, y hoy de su hijo del mismo nombre y apellido. Y el que hizo la ocultación, que fue D. Fer-

nando Noriega Cortina, dependiente y sobrino de nuestro padre y abuelo respectivo; pereció también como los demás; por eso no se pueden dar más señas ni otras pruebas ni otras señas.”

“Y deseando que vuelvan a nuestro poder esas riquezas que tan de derecho nos pertenecen, en caso de que se encuentren, por ser herederos de su primer dueño.”

“A V. suplicamos se sirva mandar al referido D. Dionisio Castillo, dueño hoy de la casa, que nos permita registrar y limpiar el pozo en que según nuestras noticias se arrojó la sobredicha plata y demás, dando fianza a su satisfacción de que bien de que se halle algo, bien que sean infructuosas nuestras diligencias, se le responderán cuantos daños y perjuicios de las obras que se hagan se le siguieren y disponer que en el ínterin no sea por otro registrado, tomando al efecto aquellas providencias que parecieren oportunas. Es todo de rigurosa justicia que pedimos, jurando no proceder de malicia.”

“San Luis Potosí, 17 de Mayo de 1841.—Lic. Vicente de Busto, rúb.—Mateana Cortina, rúb.—J. María Ymaz, rúb.”

Después se supo que por más que rastrearon con garabatos y ganzúas, ni siquiera algunos pedazos de arpilla aparecieron. En treinta largos años los veneros subterráneos, y más en esa parte cercana a la Plaza de la Compañía, donde aun perdura un inagotable pozo abierto, acabaron de cubrir los tesoros con la tierra que arrastraban; y por más cántaros y botijas de agua que sacaban y sacaban, no pudieron abatir el espejo, mucho menos vaciar el pozo. Parece que cuanto más líquido extraían, más fluían los veneros.

Parte de esta verídica historia me la contó el historiador don Nereo Rodríguez Barragán. La confirmé, aclaré y amplié después, cuando descubrí el documento que transcribí líneas atrás. En una sola cosa se equivocó don Nereo: las hijas del Comandante Cortina no se fueron a España; mucho menos se casaron allá, sino acá. A don Nereo le contó el sucedido su abuelo, el farmacéutico don Indalecio Rodríguez Cos, mismo que, como contemporáneo del general Mariano Arista y del Lic. D. Joaquín de los Reyes, que fue a quien se dirigió el susodicho curso, identificó la casa donde nació aquél, según consta en los autos levantados en esa ocasión. La

citada casa del patriota potosino estaba cerca de la de don Dionisio Castillo en la calle de La Estacada, hoy de Damián Carmona.

EL TESORO DE ELGUEZABAL

Don Aniceto Elguezabal atravesó la mar como tantos otros vizcaínos urgidos de repletar la faltriquera, sin más cosa que valiera, que sus dieciseis años encima. Traía envueltas sus esperanzas e ilusiones en ciertas cartas comendaticias dirigidas por su padre a algunos paisanos que habían alcanzado la prosperidad en el afamado Real de Catorce. Gracias a una de ellas, encontró alojamiento en Veracruz y el modo de seguir de frente; y gracias a las otras, no le faltó ni un jergón donde pasar la noche ni quehaceres que le fueron empujando a su destino.

Después de meses, ganando así el boleto, llegó al Real y a la casa del capitán don Antonio Vicente Larrea, bilbaíno de origen y protector que fue de muchos inmigrantes. Aniceto, a estas alturas, ya era un mozo talludo y medianamente práctico en el trajín de comprar y vender, lo mismo churlos de canela que barricas de vino, que paños, que cambayas, que cordobanes, que ultramarinos en general.

Como era el uso, dormía sobre el mostrador, y a la clareada ya estaba en pie atendiendo a la clientela. La noche encima, tomaba un jergón, como los demás dependientes, porque los que laboraban en las cuentas, se quedaban sobre el escritorio. La abundante comida y los chupitos de vino castellano, corrían por cuenta del patrón. Esto y la austeridad de sus procedimientos, le permitían, como lo esperaba, sumar buenos reales. Además, hacía su agostillo prestando dinero a los mineros manirroto, o en la compra de tejuelillos de plata.

Cuando se consideró lo suficientemente robustecido para volar con sus propias alas, dio las gracias a su patrón, el capitán Larrea, y cambió de oficio. Compró una mina vieja, abandonada por infructífera, pero que tenía muy bien pulsada. Metió en ella cuanto tenía y la trabajó con ahínco. Tacaña en un principio, que no daba para los gastos, a varios meses de terquedad apareció una caverna, repleta de un polvo azul que era plata pura y que no pedía más trabajo que sacar el polvo en bateas. De repente se emborrascó la mina y se entercó en no dar más, a pesar de las puyas que le asestaba por aquí y por allá.

Como vivía con humilde pasar, pues no se dio como don George Parrodi o don Alejandro Zerratón, a malrotar su hacienda con ostentosas amonedaciones de medallas conmemorativas, con motivo del buen parto de la reina o de la proclamación del rey; ni a buenas comidas servidas a grandes manteles; ni a asociarse con capigorriones fachendosos; ni, mucho menos, a estar en deleites y gozos en ilícitos enredos, pudo amontonar doblón sobre doblón. Aunque se juntaba con los catorceños de fuste y calidad, llevaba muy bien las riendas de su fortuna y cuidando que su gasto diario no alcanzara mucho costo.

El quebranto de su mina lo puso a cavilar. Ya tenía muchas barras de plata. Muchas, y hacían mucho bulto. Decidió cambiarlas, sin apresuramiento, buscando los mejores provechos, por tejos de oro y monedas de oro castizo. También empezó a dar dineros a logro en los establecimientos de españoles en El Cedral, en Matelhuala, en Tampico y en San Luis y a negociar con libranzas bien aseguradas y a refaccionar a los importadores de las mercancías que llegaban a México por la vía de Nueva Orleans —puente del contrabando—, ya que directamente con España no se podía negociar.

Decidió cambiar su oficina a la ciudad de San Luis Potosí. Adquirió por una nonadilla un caserón a una cuadra al sur de la Corriente de Tlaxcala, por el rumbo del Rebote, en un callejón, el de La Cruz Verde. Como este caserón se encontraba en las goteras de la ciudad, le pareció seguro y discreto. Allí los aristócratas en apuros, sin temor al desmedro de su buen nombre y fama, podían acudir a negociar préstamos. La proximidad de los mesones ponía

al alcance de su mano a mercaderes y tratantes urgidos de avío. Lo marginado del rumbo, lo ponía a salvo de exigencias sociales, visitas y gastos más allá de su voluntad. El propio desmedro del case-rón lo ayudaba a pasar como uno de tantos.

En San Luis se engolosinó con el agio. Redituaban a placer los préstamos, pagados en buenos doblones, así como las libranzas y compraventas de mercaderías. En garantía no aceptaba más que alhajas. Riguroso en los abonos y en las pagas, no aceptaba demora y le echaba más precio al rédito. No perdonaba. Ya se sabe que la usura es una peste que a las mismas pestes apesta. Ni los lloros y sollozos de las viudas y huérfanos; ni las súplicas de los empobrecidos; ni las imprecaciones y deprecaciones de los apersogados por la miseria. Nada lo doblegaba.

Consideró que así como crecía su fortuna, crecía su edad. Los achaques y alifafes lo empezaban a rondar. Y solo. Empezó a requebrar a una señora. En eso estaba, cuando aquel truhán que respondía al nefando nombre de Vicente Romero, el primero de esa larguísima taifa de políticos sacadólares que sufre México, intrigante y abusador, llegado aquí como servil tinterillo que había ascendido a vicegovernador gracias a la zancadilla que le metió a don Ildefonso Díaz de León; títere de las logias y ferviente impulsor de la Leyenda Negra antiespañola; el 7 de diciembre de 1827 propuso una ley para expulsar a todos los españoles. Manejó a sus paniaguados y, adelantándose al Congreso General, la mentada ley se publicó en San Luis.

El exacto historiador don Primo Feliciano Velázquez escribió a propósito de esta sinrazón: "Si en la capital del país se ejecutó la oprobiosa ley con lujo de crueldad, el gobernador Romero cuidó aquí de cumplir lo que anteriormente como diputado había resuelto. Sin dolerse de las numerosas familias a quienes tal iniquidad afligía en una población colonial como ésta, ordenó buscar cuantos españoles se ocultaban en la ciudad, en las villas, en las haciendas y ranchos, y meterlos en prisión, eran conducidos a la costa bajo segura vigilancia. Ninguno se libró."

Cientos de peninsulares hubieron de dejar la tierra. Y no sólo la tierra, sus bienes y, lo que es peor, como don Manuel José Othón —abuelo del poeta homónimo—, aun sus esposas e hijos.

Entre los expulsados iban don Aniceto Elguezabal y don Francisco González Yáñez, padre éste de don Francisco González Bocanegra, el autor de nuestro Himno Nacional, con su esposa e hijos y otros beneméritos ciudadanos arraigados en México.

El poeta González Bocanegra era ahijado de Da. Mariana Sagredo, casada con el teniente coronel don Valentín Soberón, venido de Santander, España, al mando de don Pedro García de Arista —padre del general Mariano Arista y futuro presidente de México—. A don Valentín Soberón lo destacó el gobierno virreinal en Matehuala para sofrenar las incursiones de los indios bárbaros del norte. Hombre benéfico, dictó muy atinadas medidas de higiene y ayudó al sostenimiento de la escuela y de la parroquia de esta población. Mientras hacía la campaña, su esposa Da. María Sagredo, a caballo, pues era mujer de temple, cuidaba los negocios que poseía en la propia Matehuala y en la vecina congregación del Cedral. Madre amorosa, con el corazón destrozado cayó muerta en el atrio de la hacienda de Vanegas al ver cómo se perdía en el horizonte el último coche en el que salían del país los esposos españoles expulsados.

Con semejante desgracia, que tan inopinadamente le cortó la fructífera racha usurera, don Aniceto Elguezabal, además de la perentoria amenaza de parar en la cárcel si no emigraba, topó con un grave dilema: o se daba prisa a tomar estado o se daba prisa en recoger los centavos que estaban regados entre sus muchos deudores.

La señora a quien hacía requiebros, era una criolla solterona, muy venida a menos, casi a nada. Con su buen corazón, el señor Elguezabal nunca le negó un empeño. Así la otrora opulenta dama veía cómo el contenido de su alhajero, poco a poco, iba a parar al de don Aniceto. Correteado por las dos urgencias, de la una se libró pronto en el altar. De la otra, quedaban muchos pesos fuertes desbalagados y, lo peor, no podía sacar ni sus tejos de oro ni sus barras de plata, ni todas las joyas.

Agobiado por este embrollo, antes del matrimonio, solo, a hurto de todos, con sus propias manos, cavó en el patio, en el corral, en las piezas menos sospechables, y aquí unos lingotes y allá, otros; y acá unos tejos y acullá otros; en una pieza un patojo

con joyas y en la que sigue otro más con alhajas, enterró, sin decir nada a nadie, ni a la futura cónyuge, qué, cuánto, dónde y cómo había consumado los entierros.

Ya con el pie en el estribo, por fuerza hubo de aclarar las cosas, algunas, no todas, a la que iba a abandonar. Le entregó el modesto menaje de casa y las cuentas. Muy claras, eso sí, de lo que le quedaban a deber, con la lista exacta de los deudores y de las cantidades a censo. Pero de los entierros, nada.

Don Aniceto, para estar más cerca de su tesoro, se quedó en Cuba, entonces posesión española, con la esperanza de regresar pronto y desenterrar sus riquezas. Acá se quedó la recién desposada, sin más que un fajo de cuentas por cobrar y la vieja casona.

Pasaron los años, y el ansiado regreso no se daba. Peor aún, en 1833 recreció la grito contra España y los españoles, en la que anduvo muy diligente el diputado José Antonio Barragán. El 19 de abril de 1833 apareció otra ley, tan inicua como las anteriores. Para empezar, decía: "Todo español por nacimiento será expulsado del estado en el perentorio término de veinte días". Así los odios, menos podía volver don Aniceto. Del cual ya no se supo más. Quizá murió de nostalgia suspirando por el tesoro que dejó en San Luis. La señora, sin más compañía que los años y la pobreza, tampoco supo más de su marido.

El arrasamiento del célebre Mesón de la Mulita, allá por 1890, para construir en su lugar el actual Mercado de Hidalgo, despertó la dormida especulación con la plusvalía de los terrenos circundantes. El ansia del lucro llegó hasta donde se amustaba el abandonado caserón de Aniceto Elguezabal, para entonces bien mostrenco. Tan reducido a lo postrero estaba, que no servía para habitación; pero un tal Pedro López, de oficio carpintero, se apoderó de él y allí puso su taller. Fue cuando se supo que, en la última nomenclatura y numeración de las casas de San Luis, le habían asignado el número 7 "de la única calle — callejón — de La Cruz Verde", y gracias a las tablas del carpintero López, de un día para otro, los bonos del preterido caserón de don Aniceto Elguezabal se cotizaron muy alto en la bolsa de la fama.

El vulgo parlero y decidor, que jamás miró al desolado callejón para hincar su lengua en él, fue el primero en fijarse en la per-

sona del carpintero. Mal abrió su changarro y colocó el consabido anuncio sobre la puerta del obrador —una minúscula silla—, cuando se le fue el sosiego. El primer día, en la sonochada, luego de la faena, antes de cerrar el negocio, tuvo que ir a hacer algo allá adentro, y cuando volvió, las tablas no estaban en su lugar ni la herramienta en su sitio. Lanzó un robusto pesiatal al juerguista que le trastocó sus cosas y, encolerizado, se fue a su casa.

Al día siguiente, de nuevo, y entonces empezaron los sustos. A prima noche, una vez que hubo cerrado su carpintería y cuando afianzaba el candado, oyó la estruendosa remoción de las tablas. Como que las arrastraban, las golpeaban y las dejaban caer desde muy alto. Y la herramienta, chocando una contra otra, cual bolas de billar. Juzgó que una cuadrilla de ganzueros se habían metido sigilosamente en su negocio, brincando tapias, y obrando aquel desconcierto. Apresuradamente destrancó el candado, abrió la destartalada puerta y encontró, como ayer, cambiadas de lugar las maderas, y las garlopas, serruchos, escoplos, gramiles y prensas, fuera de su sitio. Con pávido azoro, a la muriente luz, observó el trueque de todas las cosas. Como si padeciera frío de cuartana, comenzó a dar diente contra diente. Se le atoró la voz. Se quedó como estaba, clavado ante la puerta. Y allá en el fondo, una visión que, lenta, muy lentamente, pasaba del patio al traspatio, barbulando suspiros muy lastimeros.

De rato, mucho rato, cuando le retornó el pulso y la sangre recobró el flujo normal, corrió a donde el sereno, y con esta compañía regresó a su taller. Todo estaba cabal: las tablas, donde debían estar, y los instrumentos, sin faltar uno, donde los ordenó al terminar la jornada.

Tamaño susto, bien merecía un medio real de vino. Lo tomaron entre los dos en las almuerceñas de El Rebote, y a la par que lo compartían con los azorados parroquianos, echaron a rodar el espeluznante suceso. Estos, como gente de poca sal en la mollera y con los bríos que les infundía el verse unidos, dieron en barbotar sus sentires: que una ánima en pena que pedía oraciones; que un crimen atroz del que nadie supo; que algún amor pecaminoso; que un juramento no cumplido; que un nefando sucedido; que una riqueza mal habida; que un tesoro escondido. Y cuanto más lu-

cubran, más se robustecía la decisión de ir a ver con sus propios ojos, todos a una. Otro medio real de vino, y se encaminaron todos, con las crestas muy alzadas, a esclarecer el misterio.

Fueron. Unos, con resoluta determinación; otros, con cierta destemplanza en las ijadas. A la legañososa luz del farolillo que enarbolaba el sereno, llegaron al número 7 del callejón de La Cruz Verde. El maderero safó el candado y abrió la puerta. El guardián nocturno adelantó la opaca lámpara, y todos alcanzaron a ver, entre las semitinieblas, mas no como las vio el sereno, las tablas fuera de su lugar y la herramienta desparramada sobre el banco y en el suelo; y allá, en el fondo, una aparición enlutada, que con andar gravadoso, sin prisas, pasaba del patio al traspatio y se desvanecía, goteando los dolientes suspiros.

Los *reporters* —como se decían entonces— pescaron la noticia y la divulgaron. “La Casa de los Espantos”, apodaron al viejo caserón que fue de don Aniceto Elguezabal. A la novedad, sin que nadie los invitara, aparecieron brujos, cartomancianos, adivinos, que prometían elucidar el origen y causa de la visión y del trabucamiento de tablas y cosas. Aparecieron, también, un fulano Godínez que presumía estar en posesión de un “plano y otros documentos que contienen la relación del fabuloso tesoro enterrado en el solariego caserón de referencia, el número 7 de la Calle de La Cruz Verde”; y un zutano Flores, que alegaba lo mismo y que ponía la modesta condición de que, a cambio de la mitad, entregaría los papeles al señor carpintero.

Mientras tanto, a las escondidas y con tanta mala fe como ambición, muchos se introdujeron en el susodicho caserón saltando bardas. Unos vieron tremolantes llamas entre los escombros del bracero de la cocina; otros, escucharon contenidos sollozos en una de las piezas; otros más, el relincho de caballos en el corral; todavía algunos más, un tintineo de mil monedas a la vez. Y la visión de la enlutada que con andar gravadoso, toda recogida en su interior, sin prisa, atravesaba el patio y se desvanecía espolvoreando aquellos suspiros de despachurrar el alma. Y las tablas y herramientas que, según dijeron todos, cambiaban de lugar varias veces en la noche y hacían ruido como de matracas.

Un *reporter* curioso, más curioso y terco que los otros, se dio

a interrogar a la gente vieja del Viejo San Luis. Luego de mucho inquirir y ya pegados los retazos de su investigación, alcanzó a saber de la existencia y de las andanzas usureras de don Aniceto El-guezabal, de su expulsión, de la esposa que dejó en San Luis y de cómo murió ésta en el Asilo de Pobres, luego de venderlo todo, menos el caserón, porque no estaba a su nombre.

EL TESORO DEL LEGO HERRERA

De San Luis se derramó, cual agua cuesta abajo, por todo el norte y el oriente, la feroz y sangrienta revolución de la independencia. De nada sirvieron las providencias defensivas que en Las Charcas, el Real de Catorce, Matehuala, El Cedral, El Saltillo y demás pueblos, urdieron los españoles. Era como aventar ocote entre la hoguera. Los pobres europeos no encontraban un abrigo donde refugiarse. Por el Bajío todo era guerras. Igual por Aguascalientes, Zacatecas y Jalisco. Para encargarse del mando en estos rumbos del norte, Allende envió al potosino Mariano Jiménez, si no el único, el más limpio de todos los caudillos insurgentes. En los primeros de diciembre de aquel 1810, a su paso por Charcas, ya llevaba dos mil hombres, que aumentaron cuando se le unió Lanzagorta en Matehuala, y todos los que, atraídos por el río revuelto, defecionaban de los ejércitos realistas.

Empujados por la ola de insurrectos, los europeos de estas partes iban retrocediendo —y aumentando— más y más. Todos ellos llevaban lo más escondido y discretamente que podían, joyas, doblones, pesos fuertes y monedas de oro. Uno de ellos fue don Juan Villarguide, recién avecindado en el Real de Catorce, actor de un pavoroso calvario, que dando bandazos por aquí y por allá, habiendo salido en noviembre de aquel lugar, unas veces preso por los insurgentes y otras protegido por los realistas, fue a parar al Valle del Maíz en marzo siguiente. Por tantito así no murió víctima de las tremendas cuchilladas que le asestaron los insurgentes dentro de la cárcel de Ciudad del Maíz.

De Charcas, de Salinas, del Venado, de La Hedionda —hoy Moctezuma—, de Matehuala, del Cedral, de Catorce, de todas esas poblaciones, a veces desperdigados, a veces en grupos, huían desesperados buscando un refugio en otro lugar. Cuando ya estaban para alcanzarlo, recibían la mala nueva de que también allí había explotado la insurrección y la carnicería. Y así proseguían los europeos su penoso caminar.

En San Luis, sin el estorbo ya del felón Iriarte, que había concluido el saqueo, el lego Luis Herrera se dio gusto cometiendo las peores tropelías. En Santa María del Río, y en febrero de 1811, fusiló a varios y a otros muchos los trajo a esta capital para asesinarlos aquí. Pero antes robó cuanto pudo y cargó con ello. Sólo que el brigadier Calleja, persiguiendo a Hidalgo, se desvió para San Luis, en solicitud de su esposa, cautiva de los insurgentes, por lo que Herrera tuvo que abandonar la plaza y se encaminó a Río Verde. Su presencia por la zona media era lo único que faltaba para que, el Valle del Maíz, que —según frase del insurgente Nicolás Zapata— estaba “como los muladares: ardiendo por abajo y por arriba, fríos”, se incendiara todo entero.

En su escapada a Río Verde, Herrera acaudillaba una turba indisciplinada de dos mil quinientos hombres de a caballo y quinientos de a pie. Arrastraba, además, a muchos presos. Con él iba el brigadier Ildelfonso Blancas. Era éste un hombre feroz, por su cara de mico —de las especies grandes, según don Lucas Alamán— y sus hechos atroces. Los dos comandaban aquella chusma. Buscaban engrosar sus filas en los pueblos de oriente del Estado, hacerse de dineros y armas y esperar a que Calleja saliera de San Luis para volver a la carga sobre la ciudad.

En pos de Herrera partió don Diego García Conde. Los insurgentes —escribió el cautivo español Villarguide— tuvieron que salir precipitadamente de Río Verde, sin concluir el saqueo, pues sólo alcanzaron a cargar unas cuantas mulas con los dineros y alhajas robadas. “Caminamos sin parar dos días con sus noches, y en la mañana del 20 de marzo entramos al Valle del Maíz. Nos destinaron a la cárcel que está en la entrada del pueblo, dejándonos la misma custodia que nos había conducido de San Luis.” Para entonces la mesnada insurgente alcanzaba ya los seis mil hombres.

Para infundir confianza y reparar cansancios, luego de despedir a los principales vecinos, con lo que cargó otras mulas más, dispuso un baile para la noche del día 21. Ignoraba el cabecilla que el coronel García Conde, informado de las andanzas de Herrera, se había propuesto sorprenderlo. De la hacienda de Angostura atravesó hacia el Valle del Maíz, a costa de una violenta y penosísima caminata.

Cuando los músicos templaban las arpas y vihuelas y las mujeres aderezaban las fritangas para el baile, llegó un correo a todo galope, avisando que estaban encima las tropas del rey.

“Amaneció por fin el día 22 — escribió Villarguide— Serían las nueve de la mañana cuando oímos el primer cañonazo, y contamos hasta catorce. A ese tiempo se abrió la puerta de la cárcel y entraron de golpe sobre nosotros los treinta lanceros de nuestra guardia, nos amarraron fuertemente los brazos atrás y nos despojaron de la mayor parte de la ropa que teníamos puesta. Presentóse en seguida el malvado capitán y nos intimó que acababa de recibir orden de sus generales para pasarnos a cuchillo en aquel mismo instante.” No valieron ni súplicas ni ruegos. A lanzazos, machetazos y cuchilladas los asesinaron y mutilaron. “Yo estaba bañado en mi sangre — continúa Villarguide— y me sentía mortalmente herido. Más de un cuarto de hora estuve tendido desangrándome y encomendando mi alma a su Creador. Abro mis ojos, y veo que todos los asesinos habían huído así que consumaron el sacrificio. Procuré incorporarme con muchísimo trabajo. Di dos o tres pasos, pero se puso una espesa nube delante de mis ojos, me abandonaron las fuerzas y caí sobre los cadáveres de mis compañeros”. Le contaron veintidós heridas. Una le atravesaba el cuello.

Ya no hubo baile. Sólo saqueo, y muy precipitado. Herrera se afortunó a una legua del pueblo, con sus seis mil hombres. Mucha gente, pero muy inútil. Y muy bronca. García Conde, en cambio, instaló estratégicamente a su tropa, muy inferior en número. A las primeras de cambio, huyeron los insurrectos, abandonaron la artillería, los pertrechos y bagajes. Bastó media hora para que la chusma de Herrera sufriera la más estruendosa derrota. Los principales cabecillas, muy apuradamente lograron salvarse a uña de caballo. Días después, el 8 de abril, el coronel Arredondo cazó a los

prófugos. Fusiló a Herrera, Blancas y otros cabecillas que estrenaron, ya muertos, las horcas levantadas para tal fin.

Cuando Herrera sopesó los aprestos del coronel García Conde, la indisciplina e ineptitud de su mesnada, y aun su propia incapacidad y lo imposible de manejar a los seis mil insurrectos, cuya inmensa mayoría no traía más que hondas, arcos, lanzas y machetes, comprendió que tenía perdida la batalla. Mal situó los quince cañones que arrastraba, cuando ordenó a Blancas y a Villaseñor que distribuyeran como pudieran a sus huestes, y él se dirigió a la hacienda del Llano del Perro, donde, según el historiador Nereo Rodríguez Barragán, originario de Ciudad del Maíz, el lego Herrera enterró parte del enorme tesoro que se había carranceado en los saqueos que cometió en San Luis, Santa María del Río, Río Verde, El Dulce Nombre de Jesús —hoy Ciudad Fernández— y otros puntos. Lo ayudó la escolta que traía. En una cueva escondió una porción y en otras, otras porciones más.

Mientras Herrera escondía sus hurtos, un mozo de los Ortiz de Zárate, por su cuenta, convertido ya en insurgente, carranceó lo que pudo, llenó un cazo de cobre y lo enterró en el corral, con el favor de dos indios pames, a los que había nombrado sus asistentes. Este mozo, como toda la escolta de Herrera, o quedaron muertos en el combate o fueron desterrados por el coronel Arredondo el día 8 de abril. Así se perdieron para siempre las señas que dejaron los enterradores para rescatar después esos tesoros.

Cuenta el susodicho historiador, que en el fragor de la batalla, el 22 de marzo, se cortaron de la recua algunas de las mulas que cargaban el tesoro de Herrera. Una de ellas, asustada por los cañonazos, se desbocó y regresó al pueblo, hasta que, cansada por la carrera y la carga, empezó a vagar por las calles desiertas. Un señor Perea la vio, abrió la puerta de su casa, y la mula se metió tranquilamente en ella. La descargó, la echó fuera y se hizo rico. Después compró una de las prósperas haciendas de la región, concluye don Nereo Rodríguez Barragán, quien conoció y trató a una de las nietas de este señor Perea.

En el mismo Llano del Perro, muchos años después, cuando el agua de las lluvias corría con ganas, arrastraba cantidad de monedas que iba sembrando por aquí y por allá. Se rugía que pro-

venían del tesoro que Herrera enterró en uno de los cerros de esa hacienda. Después de cada aguacero, puños de buscones se entregaban a rastrear todo aquello, con la esperanza de encontrar buenas monedas castellanas.

Esta hacienda de El Llano del Perro, en aquellos tiempos perteneció a don Vicente Ruiz de Bustamante. De mano en mano, a fines del siglo pasado vino a parar en las de don Enrique Grande Ampudia. Este, sabedor del tesoro de Herrera, encomendó a sus mejores sabuesos la comisión de buscarlo; pero nunca dio con él. De modo que todavía está por ahí, en alguno de los recovecos de El Llano del Perro.

Vecinos también del Valle del Maíz, y de la gente conspicua, fueron don Zeferino Martínez y don Genaro de la Torre, “hermanos uterinos, de la misma madre y de padres distintos” —según don Nereo—. O sea, que eran medios hermanos. “El primero era más pobre que una rata; el otro, no tanto, como que estaba casado con doña Trinidad Rodríguez Ortiz de Zárate y le tocó una tercera parte del latifundio de la hacienda Del Carrizal”.

Don Zeferino vivía modestamente, al arrimo del medio hermano. Cierta día, uno de sus marranos, fustigado por el intenso calor, escarbó en el suelo para refocilarse en el lodo. Pateando y trompeando en el corral, dejó al descubierto el asa de un cazo, metió la trompa en ella, y se quedó enganchado. Al fin marrano, armó un escándalo de puerca atorada. A la algarabía, acudió don Zeferino, removió el lodo para liberar al cerdo, y lo que juzgó era un simple gancho de metal, resultó ser un cazo de cobre, repleto de monedas castellanas, tapadas con un pedazo de zalea podrida.

Fraternalmente compartió el hallazgo con su medio hermano don Genaro. Como entonces había Casa de Moneda en San Luis, mediante ésta convirtieron los duros españoles en pesos mexicanos. El Gobierno hacía tales negocios — advierte don Nereo—, y la ley de ambas monedas era la misma: diez dineros, veinte gramos. Hechas las cuentas y el escrupuloso reparto, aquél compró La Hedionda y éste la hacienda de Tanlacut. Más tarde, por 1910, don Zeferino adquirió la hacienda de Montebello. Fue cuando empezó a afrontar graves problemas con los Cedillo.

EL TESORO CARMELITA DEL TANQUITO

Los Carmelos Descalzos de San Luis jamás supieron de estrecheces, necesidades y menguas. En los ciento veinte años (1738-1859) que moraron en esta Muy Noble, Leal y Católica Ciudad, siempre se vieron prosperados y abastados de riquezas, gracias a la munificencia de don Nicolás Fernando de Torres, un sevillano señorón que les heredó un grueso caudal en metálico, en fincas y en haciendas.

El susodicho don Nicolás Fernando de Torres, luego que llegó de Sevilla, se avecindó en San Luis y al poco tiempo casó con la opulenta dama Doña Gertrudis Maldonado Zapata. En breve, con el apoyo de la dote, se convirtió en "uno de los más poderosos y ricos que ha reconocido este hemisferio". En esta ciudad poseía una tienda de mercaderías, minas en Guadalcázar, de donde fue alcalde mayor, y estancias de campo y de ganado en varias partes. Entrado el siglo XVIII acrecentó su riqueza con la adquisición de las muy afamadas haciendas Del Pozo y Peotillos. En lo mejor de su vida, labró una rica mansión en Querétaro y dejando todo lo de acá en manos de su cuñado, se fue a vivir allá. No para darse a deleites y gozos, sino para obrar las más anchas caridades. Fundó el Colegio de Niñas Educandas de San Nicolás Obispo o Beaterio, en San Luis, al que dedicó, además de los fondos suficientes, toda la manzana que iba de la de Obregón a la de De los Reyes y de la de Hidalgo a la de Allende.

En esa y en otras caridades estaba, cuando ciertas inopinadas dolencias le avisaron que la muerte apresuraba los pasos para darle

alcance. Testó en noviembre de 1732. Dejó muchos miles de pesos en diversos legados y, para la fundación del convento del Carmen potosino, las dichas haciendas ricas Del Pozo y de Peotillos. Gracias a ellas, bien pronto los Carmelos fabricaron su templo y convento, con la anexa huerta, hoy Alameda. Al finar el siglo, ya estaba concluída toda la obra.

Las guerras de independencia estragaron muy mucho la prosperidad de ambas fincas; más aun el regreso de varios religiosos a la Madre Patria; peor todavía, la expulsión de españoles en 1827 y 1833. Con tamaños descalabros el gobierno de las haciendas, por falta de personal, vino a parar en manos de administradores.

De estos apoderados hubo uno, que escapó a la primera expulsión, mas no a la segunda. Rigió las haciendas con singular eficacia y buen esquilmo. Previsor y escarmentado con el primer extrañamiento y con los saqueos, préstamos forzosos y robos que se sucedieron con la proclamación de la independencia, no quiso acopiar ni para él ni para sus apoderados, dinero contante y sonante. Prefirió cambiar ganado mayor y menor, de lana y de pelo, por lingotes de oro y plata, que fácilmente conseguía entre los mineros de Guadalcázar o por monedas de más valor, no cuartillas ni tlacos, ni siquiera reales.

Desde las guerras de independencia, y sobre todo, porque la mitad de los Carmelos eran peninsulares, las cuotas que les imponían los que andaban en pendencias políticas, eran altas y frecuentes. Unas, en especie: caballos, reses, granos, pastura, arneses y monturas; otras, en efectivo. El administrador optó por sacar lo indispensable para mantener las fincas, sustentar a los numerosos peones y sirvientes y atesorar lo restante. Así, en esos años, acumuló un buen montón de lingotes de oro y plata. No los enterró en el Pozo de los Carmelos ni en Peotillos, fincas muy frecuentadas por bandoleros, políticos en guerra e insurrectos. Prefirió el menos sospechoso de los ranchos anexos, el de El Tanquito o Tanquecito, que de los dos modos lo nombran.

En éste puso la caja de caudales. Uno o tres o cinco lingotes, ni pesaban ni hacían bulto, ni su traslado llamaba la atención. Bien cabían en las cantinas de la silla de montar. Tampoco necesitaba peones para escarbar y tapar. Con el pretexto de que era para con-

servar granizo y barricas de vino castellano, hizo construir una cava. Con mucho aparato, a la vista de todos, la estrenó, para despistar, con lo recolectado en la primer granizada y con uno o dos tonelillos. A su tiempo la vació, y nadie jamás se acordó de ella. Además de que la disfrazó muy bien, al grado de que con el tiempo se perdió su recoleta entrada.

En mala hora se le ocurrió al señor administrador asomarse en San Luis más de lo debido. Con motivo de un trato no cumplido, le apretó muy recio las clavijas a un deudor, éste puso el grito en el cielo, le formó sonoro eco el pasquinsillo *El Yunke de la Libertad*, y precisamente cuando los rabiosos hispanófobos, como el diputado José Antonio Barragán, sacaban una nueva ley de expulsión de españoles. Entre tanta alharaca lo arraigaron en esta ciudad, mientras lo echaban a ultramar, y ni entonces ni después pudo regresar ni al Pozo del Carmen ni al Tanquito.

Al dar cuenta de su mayordomía, ya con el pie en el estribo, confió a Fray José de Jesús María lo que más le preocupaba: los lingotes y el monetario que guardó en la cava. Abrigaba la esperanza de volver; pero, por sí o por no, le recomendaba el cuidado de la cava y de lo que en ella había. El buen fraile, ni conocía El Tanquito ni tenía interés en el tesoro; máxime que estaba cierto que el español volvería.

Cambiaron de residencia a Fray José. Los nuevos administradores no cumplieron. Los Carmelos prefirieron rentar las haciendas en 1837 a los Goribar y en 1852 las vendieron. Don Sebastián Manrique de Lara se quedó con Pozo del Carmen y ranchos anejos: San Elías, Jagüey de los Castillo, Mireles y Tanquesito, donde estaba el tesoro. Pueda ser que todavía esté.

Fray José de Jesús María, ya muy alcanzado de años y pensando más en la muerte que en la vida, volvió a San Luis. Mal acababa de llegar, vino la reforma juarista con su zapapico demoledor en mano, y con ella, la destrucción total del convento del Carmen. En 1858, sus moradores se fueron todos de San Luis. O porque él algo dijo o porque lo dijeron otros, en 1890 los señores don José Salgado, don Inés Valero, don Amador Alemán, vecinos de Pozos, y don Luis Senisson, vecino de Ahualulco, se organizaron para buscar esta relación. Como en otros casos, llegó el momento en

que inexorablemente necesitaron refuerzos y, por consiguiente, se vieron forzados a compartir el secreto y el tesoro. Acudieron, nada menos, al Gobernador y a otros posibles inversionistas muy dados a estas aventuras. Aceptaron, y en mayo de 1892, ante el Notario Público licenciado don Adalberto M. Vázquez, firmaron la siguiente escritura de contrato:

“... Comparecieron los señores general Carlos Díez Gutiérrez, general Antonio Jáuregui, Clemente Hermosillo, Cruz Villagrán, Fermín Sánchez, Jesús Lara, Erasmo Aspeitia, Agustín Ortiz, José A. Salgado, Inés Valero, Adolfo B. González, Basilio Bocado, Anastasio Reina, Albino Sánchez, Isidoro Ruíz y Luis Senisson... y expusieron: que han convenido asociarse para continuar los trabajos emprendidos por los señores José A. Salgado, Inés Valero, Amador Alemán y Luis Senisson en la busca de un tesoro que existe en el Rancho de El Tanquito, perteneciente a la Hacienda de Pozo del Carmen, y a ese fin vienen a consignar por este instrumento las cláusulas acordadas, que son las siguientes:”

“1a. Se establece una Compañía que tiene por único objeto la busca del tesoro oculto que existe en un punto del Rancho del Tanquito, perteneciente a la Hacienda de Pozo del Carmen, Municipalidad de Iturbide del Partido de Guadalcázar.”

“2a. Esta Compañía, cuya radicación es en ésta Ciudad, continuará los trabajos de investigación en los términos más apropiados y que indicarán los socios don José A. Salgado y don Inés Valero, a quienes mientras que la mayoría de los accionistas no disponga otra cosa, se nombran directores.”

“3a. La misma Compañía se considera dividida en cien acciones que pueden ser transmisibles por sus dueños a favor de las personas que designen libremente, con obligación a los cedentes, de dar aviso a la Junta de Administración del nombre del cesionario y de las acciones o representaciones cedidas, para que la hagan constar en el registro correspondiente.”

“4a. La Compañía será administrada por un Presidente y un Tesorero, que unidos a los directores nombrados en la cláusula 2a. formarán la Junta a que se refiere la precedente. Se nombran desde ahora presidente al señor general Carlos Díez Gutiérrez y tesorero al señor Clemente Hermosillo.”

5a. Para cubrir los gastos necesarios de investigación del tesoro, se establece como suscripción ordinaria la suma de cincuenta centavos por acción, que ha de enterarse en esta ciudad el sábado de cada semana. En caso de imposición de exhibiciones extraordinarias, se estipula que no se decretaran sino en vista del informe de los Directores y por acuerdo de la mayoría de los accionistas existentes en la fecha en que se propongan, bajo el concepto de que el valor de tales exhibiciones no pasará de quince pesos por acción y de que no podrán decretarse más de dos en cada año."

"6a. La falta de pago de dos exhibiciones ordinarias consecutivas o de una extraordinaria, motivará por sí sola la declaración de deserción del socio que en ella incurra, y por consiguiente, en la pérdida de los derechos a percibir la parte correspondiente del tesoro."

7a. A reserva de que se suscriban las demás acciones que faltan, los comparecientes comenzarán desde luego a pagar sus exhibiciones ordinarias sobre las representaciones que en seguida se expresan: general Carlos Díez Gutiérrez: cuatro acciones, general Antonio Jáuregui: cuatro acciones, Clemente Hermosillo: dos acciones, Erasmo Azpeitia: una acción, Jesús Lara: una acción, Fermín Sánchez: una acción, Cruz Villagrán: dos acciones, Agustín Ortíz: dos acciones, Basilio Bocado: una acción, Albino Sánchez: una acción, Anastasio Reina: una acción, Isidro Ruíz: dos acciones, Inés Valero: veintidos acciones, José A. Salgado: dos acciones."

"8a. Es condición esencial de este contrato la de que al encontrarse el tesoro se distribuirá entre todos los accionistas en la proporción que importe su respectiva representación comprobada con las constancias del registro que debe llevar la Tesorería, deducida previamente la parte que corresponde al Estado y después de haber indemnizado a los primeros exploradores la suma de dos mil quinientos pesos que han gastado hasta hoy en los trabajos."

"9a. Se reservará en la caja la suma de cinco pesos semanarios, mientras subsista la Compañía, con destino a los gastos que importe la reposición del terreno al estado en que se encontraba al dar principio a los trabajos de exploración. . ."

EL TESORO DE LA REAL CAJA

La mansión virreinal más bella e importante de San Luis Potosí, es la Real Caja. Recios muros, ciegos en la planta baja; elegantes proporciones en su conjunto; esbelta arquería. Es, al mismo tiempo,preciado estuche de dos grandes tesoros: el de su singular arte barroco y el de lo que robó el liberal Juan Zuazua.

Safando el gran despojo de cerca de la mitad de nuestro territorio cuando la invasión norteamericana de 1847, el Viejo San Luis sufrió varios tremebundos saqueos: el de los memorables Tumultos, en 1767; el del feroz Iriarte y compañía, en 1810; el del forajido Zuazua, en 1858, y el del saguinario Urbina, en 1915. Los demás, ya violentos, ya taimados, no pasan de ser golosos mordiscones en comparación con aquéllos.

En ese remoto año de 1858, año de triste memoria, la plaza, recién conquistada por los conservadores a mediados de abril, no duraría mucho en sus manos. Juan Zuazua merodeaba por las proximidades de San Luis. Y mientras aquí se reforzaban las trincheras, se llenaban de agua los muchos fosos abiertos cuando la invasión norteamericana y se almacenaban víveres, aquél, que había plantado su cuartel en Bocas, consumía ávidamente los recursos de esta Hacienda. En un solo mes dio cabal cuenta de más de medio millar de reses, de diez mil fanegas de maíz y de una rastrojera enormísima. Así fortalecido, atacó el 29 la ciudad, y la tomó a sangre y fuego al día siguiente. Los fronterizos, como buitres hambrientos de muchos días, se dieron el gran festín. Zuazua dio el ejemplo: destruyó, plagió, saqueó y mató.

Como ese día 30 de junio de 1858 San Luis Potosí no había visto otro. “Día de lágrimas para las familias de los plagiados y de indignación para todos”, escribió un testigo, el doctor don Francisco J. Estrada. “Desde el saqueo que sufrió la ciudad —recuerda el historiador Manuel Muro, testigo también y liberal ya entonces—, en noviembre de 1810, por las hordas que trajo el insurgente Iriarte, no había habido otro de iguales proporciones”. Dice Soberón en su *Diario* que “fueron cerca de cuatrocientas las casas saqueadas”. Y el coronel Valdés, que llegó a la zaga de Zuazua, apuntó en sus *Memorias*: “Llegamos a la ciudad —el 5 de julio— y la ciudad presenta un cuadro lastimoso”. Una de las casas saqueadas, fue la de don Guadalupe Othón, padre de Manuel José Othón, el gran poeta potosino, nacido apenas el día 14 del mismo mes de junio. Multitud de familias se refugiaron en el Palacio Episcopal —Real Caja— y en tanto número, que llenaron las escaleras, pasando una noche angustiosa sobrecogidos de pavor.

Los saqueos, cateos, aprehensiones, préstamos forzosos y destierros, duraron muchos días. Día a día añadía más noticias funestas a su *Diario* Juan Vildósola. Cerraron todos los comercios, tanto porque no tenían qué vender como por medror. Fueron reabiertos hasta un mes después. Lo mismo todas las iglesias, y apenas el domingo 4 “hubo misas; aunque no en todas”. Nadie transitaba ya por la calle, por temor a un atraco por parte de los liberales o a la leva. La fuga de familias era constante, por semanas. La calma vino a restablecerse apenas un mes después, a principios de agosto.

El mismo día 30 de junio, mientras los soldados de Zuazua con algunos de la plebe, recorrían las calles allanando y robando casas, una parte de esta gente invadió el Obispado o Real Caja, con un militar a la cabeza, barbotando los peores improperios y amenazas. Se le enfrentó al Ilmo. Sr. Obispo D. Pedro Barajas, quien había sido oficial realista en sus mocedades. Al desenfreno del milite, las familias allí refugiadas, empezaron a llorar. El prelado sosegó los ánimos y logró que la turba invasora abandonara el Obispado.

El 7 de julio, un emisario de Zuazua, abotagado de prepotencia, el abogado Manuel Gómez, acompañado de una escolta, se

presentó ante el Sr. Barajas exigiéndole cincuenta mil pesos. A lo que replicó éste, según cuenta el Sr. canónigo D. Francisco Peña, allí presente, “parece que sueño cuando se me piden cincuenta mil pesos. . . Tres mil me señaló de préstamo el Sr. Miramón, y no pude darlos. Lo poco que se recaudó de diezmos el año pasado, lo tomó el Sr. Vidaurri; lo de éste, el Sr. Zuazua. . .” Siguió una larga discusión, “la que duró casi dos horas”. No llegaron a nada.

Mientras tanto, para hacerse de dinero, continuaban secuestrando y torturando a cuantos inocentes se pudo haber. Al Sr. Barajas, sin darle tiempo para nada, lo desterró Zuazua el día 14 de julio, a las cuatro de la madrugada. Se echó después sobre el Obispado, y lo confiscó.

Pero el facineroso fronterizo no perdió el tiempo. Comisionó a un par de sus asistentes y a uno de sus secretarios para que seleccionaran y recogieran entre todo lo que los saqueadores habían robado, lo mejor en dinero y joyas. Echó por delante la persuasiva y efectiva amenaza del paredón al que negara haber hurtado o se resistiera. Los secuaces, conociendo el genio fosfórico del cabecilla, actuaron con toda diligencia.

Zuazua iba y venía del norte a San Luis y de San Luis al norte. Sus agentes, en cambio, se quedaron aquí consumando la recolección. Los latrocinios estos duraron meses. Tuvieron, por consiguiente, tiempo de apañar cosas buenas, como lingotes de la Casa de Moneda, pesos fuertes de algunos establecimientos y domicilios y joyas y otras cosillas así de lo saqueado, sea por la plebe sea por los mismos soldados.

Ya vaciado el Obispado o Real Caja, sin decirlo a nadie, Zuazua lo escogió para ocultar su tesoro. Le pareció ser el lugar más seguro y fiable. El Palacio de Gobierno, como edificio público, era muy concurrido. El ahora Palacio Municipal, estaba en construcción. Los cuarteles, de La Artillería, de La Estacada y similares, por lo mismo, eran inadecuados. Las pocas oficinas oficiales que entonces había, no servían. Las mansiones, mucho menos. La Real Caja, en cambio, vacía, sin dueño ya, centenaria, robusta, con su ferrado portón y sin ventanas abajo, siempre a su disposición, le pareció el lugar indicado.

Pulsó bien todo el edificio. No le llenaron para su propósito

ninguno de los pisos, ni de los patios ni de las piezas. Había unos nichos tapiados. Tampoco le gustaron. Se decidió por taladrar, a vivo cincel y a cierta altura, uno de los gruesos muros, el que le pareció más seguro, discreto e insospechable.

En una de esas bajadas a San Luis, se hospedó en la Real Caja. No quiso más gente allí en esos días. A la guardia misma y a sus asistentes, los apostó afuera, y remudó aquélla a sus horas. Ordenó a un albañil que, en el lugar escogido, excavara lo indispensable para depositar su tesoro, y allí lo tuvo preso, sin permitirle comunicarse con nadie mientras ejecutaba la faena. Concluída la oquedad, él personalmente, recogió en cautelosos viajes, de donde tenía el depósito, el oro, la plata y las joyas, e hizo que el susodicho albañil tapiara todo aquello, bien tapiado, lo enjarrara y pintara y lo dejara como si nada. Luego lo mató.

Zuazua siguió en sus correrías. Meses después, el 31 de julio de 1860, mientras Vidaurri y él y su escolta dormían a pierna suelta, muy quitados de la pena, recobrando energías, en el portal de la casa de Ojo Caliente, entre Saltillo y Monterrey, catorce hombres de Aramberri se acercaron sigilosos hasta donde estaban aquéllos, despertándolos a gritos. "Zuazua —relata Zamacois— se levantó con una pistola en la mano; pero al ponerse en pie, una descarga fue a herirlo de muerte, y después de haber dado dos o tres pasos vacilantes, cayó sin vida, haciendo un ruido espantoso al caer sobre el pavimento. Una bala le había atravesado la cabeza".

Con tan inesperado fenecimiento, las señas del tesoro de Zuazua fueron a parar a la huesa con él. Aunque no del todo. Uno de los centinelas, el más suspicaz, el de la última guardia, se dio cuenta del negocio. Conociendo que su jefe llevaba lo atrabiliario y matón en la masa de la sangre, personalmente no hizo nada y se estuvo quedo, afianzando en la memoria lo poquito que había visto y lo mucho que había maliciado. Cuando supo lo del asesinato de aquél, se le despertó la ambición y buscó un buen árbol al cual arrimarse para saciar su codicia. Este fue un jurisconsulto, Quevedo, de apelativo. La llamada Ley Juárez, que permitía y legitimaba todos los despojos, le sirvió de apoyo. Movié sus hilos, y por una bicoca, se adjudicó la Real Caja, con ánimos de volverla toda al re-

vés, hasta dar con aquel tesoro, mostrenco ya. En octubre de 1861 pasó escriturada a sus manos. Por lo revuelto del río, no pudo tomar inmediatamente posesión del edificio, y se vio obligado a esperar. Una vez dueño de él, cuando se aprestaba a dar el primer barretazo, con la ayuda del soldado soplón, el Señor le cortó los pasos. Murió "de improviso", en julio de 1862, a los dos años del asesinato de Zuazua. El dicho soldado, ante tal defunción, se asustó, porque vio en ella un castigo de Dios. Temeroso de que le sucediera lo mismo que al abogado, se aplacó.

La Real Caja sufrió varios destinos. Por 1869 la recuperó el Sr. Obispo D. Manuel del Conde. Fue confiscada en 1914. Sirvió de escuela, de oficina, de bodega, de taller, de habitación. Muy venida a menos, aguantó una mala mano de gato, y en julio de 1937, volvió a la vida, disfrazada de Oficina Federal de Hacienda.

En esos años de abandono, más por vana y mera curiosidad que por ciencia cierta, muchos escarbaron inútilmente en ella. Andaban muy errados. Pero, exactamente el 21 de mayo de 1947, luego de varias revelaciones espiritistas, que corroboró la ouija, cierta clarividente envió al director general de Bienes Nacionales un oficio, que en el párrafo sustancial dice:

"En virtud de que he podido comprobar que en el edificio con el nombre de "Caja Real", propiedad nacional de esta Ciudad, hay un tesoro oculto dentro de una pieza. Deseo hacer excavaciones con el fin de localizarlo; esperando que en ese lugar no se interrumpan las labores por estar desocupado. Y para hacer la exploración, por medio del presente escrito, vengo a solicitar de Ud., Sr. Director General de Bienes Nacionales, autorización y licencia, mediante las obligaciones que para estos casos dispongan las leyes que correspondan."

EL TESORO DEL CUARTEL DEL COBRE

Hacia 1930, cuando lo conocí, no era más que puras tapias roídas de vetustez. Era lo que restaba de su prístina calidad. Los robustos muros, de grandes y macizos adobes, descascarados, mostraban la oquedad de las ventanas sin maderas y sus marcos incompletos. En medio de ellas, la entrada principal, caído el cornisamento. A la recia puerta original, de mezquite, muy llena de clavos forjados, con los tableros carcomidos por los años, la intemperie y el abandono, mal la sostenían las trancas de morillos apolillados con que la apuntalaban. Las bóvedas, construídas con cantaritos embrocados en hileras, una al canto de la otra, habían dado en el suelo, así como los techos que fueron de terrazo. En el suelo también los gráciles canalones de cantera labrada. Adentro, a partir del destechado zaguán, los escombros, la basura y la maleza escondían el empedrado del patio, del traspatio y de los corrales.

Nada era habitable. Ni siquiera el cuartucho en que se refugió Nico, alias, *El Cácaro*, viejísimo sobreviviente de una epidemia de viruela y de varias guerras. Baldado en la última y trascuerdo, quedó abandonado a su suerte, hasta que encontró este cuchitril. De ordinario un manso bobalías que no platicaba más que desatinos, cuando le volvía la cordura y destapaba el doble fondo de su memoria, contaba, pero muy bien hiladas, terroríficas aventuras de aparecidos, de sangrientas occisiones, de riquezas mal habidas, de plagios y salteamientos, de pendencias y desafueros, de tesoros ocultos y un sin fin de historias y parlerías milagreras y fascinadoras. A veces, con suerte, una bien copeteada cazuela de frijoles o

de cualquier otro alimento, una vez que lo acababa de engullir con despaciosa fruición, era capaz de reintegrarle la memoria y de soltar la tarabilla, muy concertada, con desenvuelta gallardía.

Esta finca destartada se tendía de la calle de El Cobre, misma a la que dio nombre, hoy 8a. de Comonfort, en donde se alzaba su frente, a la de Rayón, entonces paupérrima calleja sin nombre, y donde estaba el acceso a los corrales. Tenía de anchura unas setenta varas mal medidas, y de largo, lo mismo que la manzana. En aquellos remotos ayeres, por el lado oriente y como hacia la mitad, colindaba, pared con pared, con la extinta capilla del Niño Perdido, cuyo imafrente daba a la calle de la Independencia y miraba a donde sale el sol.

Se construyó como apéndice de la Casa de Moneda, abierta por aquel progresista gobernador que fue don Ildefonso Díaz de León, obrador que empezó sus labores el 1o. de octubre de 1827. Don Adolfo B. González, en su *Guía del forastero del Estado de San Luis Potosí*, 1886, cuenta que dicha "Casa del Cobre lleva este nombre por haber sido el lugar en donde se ha fundido el cobre destinado para la acuñación de cuartillas de real y centavos". En los buenos tiempos de esta Casa del Cobre cargó mucho trajín, como que se llegó a acuñar cerca de cien mil pesos al año, en cuartillas y octavos, y más tarde, céntimos también. Su desmedro y menoscabo empezó, según el supracitado González, cuando se destinó para "almacenar la maquinaria de la Casa de Moneda que se quitó por los años de 1862 a 1863, y para guardar leña, carretones y cuidar la mulada de la referida Casa de Moneda"; y a veces, como en 1871, para cuartel. Como en 1893 se clausuró aquélla, la de El Cobre ya no tuvo razón de ser. Vacía y sola, decayó más pronto. Durante la revolución la ocupó la soldadesca. Por 1920, no pudiendo sufrir más los malos tratos y el abandono, ni la hediondez y piojos que había dejado la tropa, sus techos y bóvedas empezaron a desplomarse.

Para entonces nadie se acordaba de cuando fue Casa del Cobre, ni de su historia. La barriada entera la conocía únicamente como Cuartel del Cobre y como escenario de tradiciones y consejas que llenaban de medror, y que, a veces, en sus momentos lúcidos, se complacía en repetir *El Cácaro* y a las que daban sustento

las propias tapias. Cuando la chiquillería ociosa, entre ellos, yo, nos adentrábamos en el derruido Cuartel, dábamos por cierto que la carcoma de los muros del corral se debía a los muchos fusilamientos y crímenes cometidos allí; que los huesos desperdigados entre los escombros, eran de cristianos que murieron emparedados en el traspatio; que los tlacos y cuartillas herrumbrosos que se encontraban en los escarbaderos, eran reliquias de antiguos arcones soterrados en algunas piezas.

También daban vigoroso sustento a las historias que machacaba *El Cácaro*, los plagios acaecidos en años antes en el Viejo San Luis, especialmente el sucedido el día 10 de septiembre de 1869, precisamente enfrente de la abandonada Casa del Cobre. Plagio muy sonado y del que fue víctima el acaudalado casateniente don José María Tenorio, tan puntual como exigente en el cobro de las rentas.

“En esa calle del Cobre —recuerda don Manuel Muro, en el volumen III, páginas 577-585 de su *Historia de San Luis Potosí*—, no había en aquel tiempo en la acera que ve al norte más que la gran casa de ese nombre, con extensos patios y corrales pertenecientes a la Casa de Moneda de esta capital, y en la que ve al sur una sola casa de vecindad, muy antigua y destruída, en la que, por tales defectos, rara vez había algún inquilino.”

Si por su discontinua demencia, los mayores y de seso, no creían en las fantasías de *El Cácaro* y las tenía como engendro legítimo de su adementada razón, la gente menuda las acogía sin discusión. Una, sobre todo, la del tesoro que se encontraba a unas cuartas bajo tierra en el Cuartel del Cobre.

A algunos años de haber iniciado sus operaciones la Casa de Moneda, llegó al viejo San Luis un extranjero, procedente del lejano Potosí de Bolivia, en demanda de ocupación. Conocía bien el oficio de la amonedación, como que había trabajado por años en la afamada Casa de Moneda de aquella celeberrima villa, de la que tomó el apelativo nuestro San Luis. Llegó fatigado y enfermo, inhábil para los duros quehaceres de la acuñación. Todas las plazas de la Casa de San Luis, además, estaban ocupadas. Lo más que logró, fue que le permitieran asilarse como velador en la Casa del Cobre. Allí moró por muchos años más y murió.

Murió muy pobre, mal sobreviviendo con la mísera paga que percibía. Sin embargo, era dueño de una cuantiosa fortuna en monedas de oro labradas en El Potosí y que en México no podía poner en circulación por ser extranjeras e incontables. Cuando llegó a San Luis, llegó con la aviesa intención de conchabarse en esta Casa de Moneda y aquí, con todas las precauciones que exigía tan riesgoso proceso, convertir las monedas que traía en dos arcones, en otras de oro, del cuño común y corriente entre nosotros, sin robar nada.

Como no le dieron cabida en la susodicha Casa y ya estaba muy gastado para seguir trotando e insistiendo por las otras Casas del interior, decepcionado y temeroso, decidió enterrar los arcones en la Casa del Cobre y a vivir sólo de su menguado salario. No le fue difícil, como que tenía muchas horas a su disposición, mayormente los domingos.

Esta conseja la repitió *El Cácaro* muchas veces. Se complacía en repetirla. Pero, cuando con ávidas ansias se le preguntaba en donde estaba el entierro, o desviaba la conversación o caía en su apacible extravío. Con todo, juraba y perjuraba que por eso las llamas que a media noche emergían en el Cuartel del Cobre, sobre todo en los días menguantes y en las cabañuelas; y el aparecido, que con paso gravadoso, sin ninguna prisa, iba del patio al traspatio y de una pieza a la otra y que a veces se detenía a platicar con él; y los tizones de leña a medio consumir que se encontraban entre los escombros; y los ruidos de monedas de oro, que tintineaban como las campanillas que adornaban la testuz de las antiguas conductas reales.

El Cácaro afirmaba que en muchas ocasiones conversó con el difunto, que le contó su vida y el origen de su fortuna y que le dio santo y seña de dónde la enterró, una vez que comprobó que no podía gozar de ella; y que se la heredaba por entero a cambio de ciertos sufragios por su alma en pena y limosnas y otras buenas obras que le pedía.

Viejo vecino del barrio, como que tenía su morada y huerta en la siguiente cuadra de la del Cuartel del Cobre, al otro lado de La Corriente, hoy de Reforma, donde la misma calle trocaba aquel nombre por el de Los Olivos, fue un pío y acomodado terciario

franciscano. Hombre caritativo, a él acudía de continuo *El Cácaro*, y siempre se retiraba socorrido. El buen hombre, además de tan cristiano proceder, era aficionado a la música de tecla, al arte del pincel, a la historia y a los tesoros ocultos. De él heredé un contrato de su puño y letra con ciertos socios para la búsqueda del inencontrable tesoro del Juego de Barras.

La corriente de las caridades del buen terciario, muchas veces movió al *Cácaro* a envainar su demencia. Entonces le fluían los relatos fascinadores. Con incansable paciencia, el buen hombre escarmentó una y muchas veces las marañas de tales pláticas apartando lo fantasioso de lo cierto, para cotejar esto con lo que pudo saber de fijo y verdadero. Así logró aclarar, y de ello dejó constancia en unos apuntes, que sí existió el tal extranjero y que, efectivamente, en vida respondía al nombre de Francisco Herrera de la Pedraja. Dicho Francisco, nacido en buena cuna, mecida por las ondas de la opulencia del Potosí de Bolivia, se convirtió con los años en un gandul ansioso de aventuras. Las bebía a manbs llenas, como agua y a diario, malrotando en ellas su fortuna. Por sus malos procederes, no pasó de meritorio de Ensayador en la Ceca del susodicho Potosí. En tan desdorosos bureos andaba, cuando tronó la Revolución de Mayo en el Alto Perú. El 10 de noviembre de 1810; el jefe del Primer Ejército Auxiliar Argentino, Juan José Castellí, le echó los grillos encima al gobernador del Potosí, y luego de una sumaria tan rápida como severa, lo ejecutó. Fue cuando Francisco Herrera de la Pedraja abrió los ojos y cayó en la cuenta de que en ese río tan revuelto se podía pescar una fortuna. Se dio prisa a vender cuanto poseía, para quedar libre, y convertirlo en oro. De modo que, poco después, en marzo de 1811, al caer sobre Potosí el coronel Martín Miguel Pueyrredón, también de las filas rioplatenses y recogió de la Casa de Moneda todos sus tesoros, Francisco ya tenía urdido su plan. Conocía como el mejor el teje maneje de esa Ceca. Al sacar el coronel Pueyrredón, en una lóbrega y fría noche de marzo, todo lo acumulado en ella, en 400 robustas mulas, aquél cortó un par de ellas. En otra más, que ya tenía bien aparejada, cargó su propio caudal y pertenencias indispensables y enrumbó sus pasos al Bajo Perú.

Mal se había puesto a seguro, cuando comprendió el alcance

de su desatino. Al día siguiente, ya corrían detrás de él. Pudo burlar a los perseguidores internándose en pasos excusados y llegar a Lima, con ansias de abordar una de las naos de la China que se encaminara a Acapulco. Sin manifestarse mucho, averiguó entre la gente de mar el modo más conducente para su fin, y se embarcó. Acapulco era una aduana fácil. Por allí entraban sin dificultad, mediante las galas —mordidas, dicen hoy— que todo ablanda, los contrabandos de la China.

Sobre seguro, de Acapulco pasó a la Ciudad de los Palacios, también de cabeza por la revolución de independencía. Trató de acomodarse en la Casa de Moneda de esa capital, la única en activo entonces; mas no le fue posible. Ni le era tampoco vaciar de junto en el mercado todo su caudal. Despertaría sospechas y se le echarían encima. Sólo sacó a circular unas cuantas monedas, por lo que vivía del juego, del préstamo a censo irregular y de andar en rondallas.

Alcanzada la independencía nacional, supo que, en 1823, en Guadalajara, se abría una nueva Casa de Moneda; mas cuando llegó, los principales empleos ya estaban asignados a los que hicieron méritos durante las guerras de independencía. En el siguiente año, las de Zacatecas, Guanajuato y Durango, y allá se encaminó con el mismo propósito y de allá salió con el mismo infausto suceso. Luego corrió el rumor de que se fundaría otra nueva Casa de Moneda en San Luis, y se vino, nada más a sufrir la última decepción. Optó, muy contra su voluntad, por quedarse aquí, con su tesoro inútil y los males que le habían dado alcance.

Por 1930 los cedillistas clavaron su codicia sobre el derruido Cuartel del Cobre, caserón mostrenco, cuyo dueño se desconocía. Unos suponían que era del Estado y otros, que de la Federación. Fue cuando demolieron lo poco que aún se mantenía en pie. El buen terciario aprovechó la ocasión para poner en orden y aclarar lo que tiempo atrás, en sus momentos lúcidos, a retazos, le había confiado *El Cácaro*, único interlocutor del alma en pena que rondaba en la vieja Casa del Cobre y donde se le había safado el cuerpo. Así reconstruyó la historia del potosino —del Potosí de Bolivia— Francisco Herrera de la Pedraja.

Pero quedaban muchos puntos oscuros que no se podían di-

lucidar: ¿A cuánto ascendía el tesoro?... ¿En dónde lo enterró?... ¿En un sólo lugar o en varios?... Después de cavilosas y largas lucubraciones que llenaron muchas cuartillas, sacó en claro que el monto de lo enterrado andaba por las cinco mil monedas de oro, labradas, al decir del Cácaro, durante los reinados de unos tales Carlos y Fernando, que no podían ser otros que el cuarto, el primero, y séptimo, el segundo. Carlos IV de España reinó de 1788 a 1808 y Fernando VII, de 1808 a 1833.

Cuando, con extremado tacto y con el señuelo de algo que comer se presionaba al Cácaro para que indicara el sitio exacto del entierro, se salía por peteneras. Repetía hasta fastidiar, que eran quinientos montones de a diez monedas; que él las vio en ringla, acomodadas en el piso; que caminó junto a ellas y que la ringla medía sesenta pasos mal medidos. O caía en su mansa y extrañada placidez.

Pocas, muy pocas, contadas veces se atrevió *El Cácaro*, a fuerza de la susodicha afable presión, a confesar que el ánima de Herrera de la Pedraja lo llevó al punto de los entierros; que de allí salían altas llamas que alumbraban todo aquello; que el ánima lo agarró de la mano y lo arrastró de las llamas; que tuvo miedo de quemarse y que se tiró al suelo, boca abajo, para no ver; que la lumbre le tostó las plantas de los pies. A la pregunta sobre dónde así, exactamente, brotaban las llamas, si en el patio, en el traspatio, en el corral o en alguna de las piezas; sólo atinaba a responder que cabalmente allí, donde veía salir las llamas, pero sin indicar el sitio. Y mostraba las plantas descalzas, marcadas de cicatrices imposibles de identificar.

El señor terciario, como gente cristiana de maciza fe, no recurrió ni a adivinos ni a cartomancianos. Echó las varas, lo mismo las varas cuatas que las varas solas, y con ellas, en compañía de dos socios interesados en el negocio, recorrió todo. Lo mismo hizo con la horqueta de San Hermión; de tepozán, cortada en plenilunio, y con un péndulo y todas las argucias de la radiestesia. En vano. La abundancia de rebabas y pedazos de cobre y de metal regadas por todas partes: herraduras, clavos, casquillos, pedazos de alambre, tubos, tornillos y similares, interferían las ondas y emisiones inductivas.

Trajo de Guadalcázar a un viejo minero en retiro, convertido en un puro hueso por la sílicosis. Este tal era "temblorino". Tenía la virtud de detectar, lo mismo veneros subterráneos que vetas de oro y plata que tesoros ocultos. Su arte consistía en arrimarse al lugar sospechoso, caminar despacio, y conforme se acercaba al grueso del venero o veta o tesoro, lo cogía un temblor trepidatorio que aumentaba incontenible conforme se acercaba a lo buscado. Pero tampoco éste logró nada, por las razones dichas. Desde que pisó las ruinas, se le fue en puro temblar sin orden ni concierto.

Un buen día llegaron la pala y el pico, desaparecieron los escombros y, con ellos, el Cuartel del Cobre. En su lugar se levantaron como veinte casas y se formó el hoy callejón de Fuente. El tesoro del Cuartel del Cobre se quedó allí, no se sabe dónde. Un modesto tendajo, en la esquina suroeste de las calles de la Independencia y de Comonfort, intitulado "El Cobre", era lo único que recordaba, sin comprenderlo nadie, la Casa y Cuartel. Se fatigó de estar recordando inútilmente la existencia del tesoro, y no ha mucho desapareció.

EL TESORO DE LA CALLE DE AQUILES SERDAN

A don Casimiro Eguillor, cuanto más avanzaba en años, más le recrecía su codicia. En vez de sentarse a cavilar piadosamente en las postrimerías, que no andaban muy lejos, aguzaba sus ingenios para ver el modo de agrandar sus dineros y ganancias. Como las reumas le acortaban día a día el campo de sus correrías, ya no podía deambular con soltura por el mercado y los mesones, tendajos y negocios adyacentes que frecuentaba su clientela. Por lo que se vio precisado a trepar en un jamelgo viejo y a hacer efectiva una hipoteca a su favor, signada por un labriego insolvente. Así se convirtió en dueño de una amplia huerta, con establo, alfarería anexa y una vieja casona con patio, traspatio y corral. El corral, sobre todo, fue lo que más le cautivó para recoger lo hipotecado.

Don Casimiro le hacía al agio. Administrando con mucha malicia sus dineros, aborrecía los empeños grandes. Prefería los préstamos cortos y a corto plazo, en los que los réditos no parecían dar mucho; pero la sangría era mayor. Por una cuartilla o una peseta o un peso o una onza de oro, prestados por ocho días, recaudaba una décima parte de ganancia más. El puntual cobro constituía su mayor complacencia. Gozaba lo indecible al ver cómo crecía su caudal y al oír cómo caían en la faltriquera las monedas de oro y plata. Lo embelesaba esta resonancia: sorda y opaca al golpear las primeras el fondo de la saca vacía; vibrante y sonora conforme chocaban con las anteriores. Por ser de cobre, desdeñaba la morralla: céntimos, tlacos, cuartillas y cincos, cuyo ruido, al caer en la escarcela, lo sentía desafinado. Por eso, en la una de las cantinas

que colgaban a los lados del jamelgo, echaba la plata y en la otra, el cobre.

Al llegar la tarde, a la hora de las cuentas, cambiaba el cobre por la plata o por el oro, y así volvía a su casona a solazarse con el tintineo de las monedas al pasarlas y volverlas a pasar en montón, chorreando, de una mano a la otra, en un atareo sin fin. Para lo cual se encerraba en la pieza donde la acústica era mejor y la resonancia mayor.

Y no sólo eso. En lo último de la casa, en el corral, limpió y enlosó un buen pedazo. Allí, de vez en vez, un día un costal de onzas, otro día uno de pesos de oro y otro, de pesos, tostones y pesetas de plata, vaciaba su contenido y lo ponía a asolear. Con extremo tiento, una vez escogido el talego en turno, lo sopesaba golosamente, lo llevaba al corral y acomodaba el contenido. No de golpe y porrazo, sino con todo comedimiento y delicadeza, en filas exactas, una moneda al canto de la otra. Desplegadas todas, regresaba al principio, a voltearlas de nuevo, una por una. Empeño que repetía hasta hartar la tacaña codicia.

Cuando se entregaba todo él a tan ruín avidez, no estaba para nadie. Tapaba, bien tapados, los orificios de las puertas corraleras; las retrancaba a piedra y lodo; y los pretilos de los predios vecinos, los coronaba con punzantes espinas y tupidas zarzas, cardos y ortigas. Así, a salvo de cualquier indiscreto fisgón, ensimismados todos sus sentidos, empleaba horas y horas en tan avariciosa pasión.

Cuando acababa la mezquina diversión, vueltos los dineros a su respectivo zurrón, lo conducía a la cava donde guardaba su tesoro. Una cava tan bien urdida, en el traspatio, que era imposible descubrir. Ni la señora ni la sirvienta conocían la entrada. Porque cuando se daba a esta ocupación, retrancaba todas las puertas y divisaderos. Ocupó a un albañil experto en estas construcciones, tan en boga entonces. Sin ningún recato, para no despertar curiosidades, le encargó la obra, semejante a las que había realizado en otras casas. Pero don Casimiro en persona destruyó la entrada original y formó otra. De manera que las losas del traspatio ocultaban, hasta al más sagaz, el pequeño sótano. Para evitar resonancias al caminar por encima, quiso una bóveda recia y gorda, muy gorda, so pretexto de que así se conservaba mejor lo frío.

Pero como el amor y el dinero no pueden ser disimulados, por fuerza debía desbalagarse la fama de la riqueza de don Casimiro. Porque el establo y la huerta eran más una diversión que un negocio; la roñosa alfareña, lo mismo. Los jornaleros que trabajaban estos predios, le servían más para cuidar los alrededores de la casa y para seguridad, que para otra cosa.

Don Casimiro perdió los hijos cuando éstos se encontraban en edad pupilar. Vivía solo con su mujer, muy secada por los años y la mezquina vida que llevaba el matrimonio. Una anciana sirviente le daba ayuda y compañía. Fiel a sus amos, simple y laboriosa, ni cata se daba de las ocupaciones y aficiones de su patrón. Ni le importaba. De modo es que no sabía nada de nada.

Afuera fue donde, discreto, sin alharaca, empezó a derramarse el mal crédito de su avaricia y de su riqueza. Las lenguas parlaras, los agraviados por el agio, los envidiosos, lo cuchicheaban sin recato. Le dio apoyo a la murmuración un casual descubrimiento de un aprendiz de alfareña. Como muchachillo retozón y travieso, dado más a ociosos devaneos que a cumplir con su trabajo, le clavó el agujón de la curiosidad aquella apretada ristra de zarzas, cardos y ortigas que coronaban los pretilos de las bardas colindantes. Mientras más las veía, más se le hundía el susodicho agujón; con los días, de la simple curiosidad brincó al interés; y del interés, al decidido propósito de averiguar la razón de semejante valla espinosa.

Tanteada la ruta, clavando los veinte dedos de los pies y de las manos en las juntas de los adobes, bloque a bloque, escaló la alta barda, hasta la ringla de espinos. Como éstos se desbordaban por los pretilos, apenas logró, padeciendo rasguños y piquetes, atisbar una mínima porción del patio del corral. Lo suficiente para descubrir a don Casimiro, de rodillas, todo él abismado en su avaricioso atareo de asolear sus dineros.

Más no pudo ver, los cardos, lo inseguro de su posición, el azoro, el temor de ser descubierto, lo obligaron a apearse de su furtivo mirador y corrió a contarle a su patrón, el maestro alfarero, lo que acababa de descubrir. Cuando volvió a su casa, todavía con el pasmo encima, sin que le mermara un punto, traspasó lo visto a su padre, rebocero de oficio. La inocente criatura no se daba cuenta

de que en los que había confiado su descubrimiento, había despertado pecaminosas ambiciones.

Los dos hombres, el maestro rebocero y el maestro alfarero, contagiaron a sus respectivas mujeres la codicia, de manera que cuando éste propuso a aquél una incursión en la casa de don Casimiro, únicamente expresaron lo que ya habían empezado a fragar solos. Juntos, de acuerdo, afinaron el plan. En ausencia de don Casimiro, revisaron las azoteas, el posible acceso, la seguridad de las puertas, lo aislado de la casona, la posibilidad de una fuga rápida, la necesidad de compañeros, la mejor hora para la incursión, lo que harían después del golpe para no despertar sospechas.

Cuando, después de una vista de ojos, consideraban bien madurado el plan, escogieron los socios. Luego de pulsar los ánimos de los oficiales de la alfarería, invitaron a los más fiables, que fueron tres, vecinos todos del barrio de Tlaxcala. Dos de ellos, así como el maestro rebocero, ya habían purgado en las obras públicas una o dos condenas por pèndencias de borrachos. El día escogido, en la sonochada —dice el acta de las diligencias por este delito— “entre ocho y nueve de la noche del 23 de diciembre del año próximo pasado —1876— un grupo de hombres armados se introdujo furtivamente en la casa habitación de don Casimiro Eguillor, sita en el Barrio de Tlaxcala de esta ciudad, entrando por la puerta de la cochera que se halla en el lado poniente de la dicha casa. Una vez en el patio, sorprendieron a la sirvienta e intentaron amarrarla imponiéndole silencio; mas no pudiendo hacerlo con prontitud y como se encontrara cerca de la cocina, la encerraron con violencia, asegurando la puerta con una tranca que colocaron en la parte de afuera. Pasaron en seguida a las habitaciones, y en una recámara encontraron a la señora María López de Eguillor, sobre quien se precipitaron para cubrirla con unos zarapes, golpeándola e injuriándola con palabras soeces, al realizar este atentado.”

“Penetraron al mismo tiempo —continúan las actas de las diligencias— dos de los criminales a la pieza donde se hallaba haciendo cuentas el Sr. Eguillor, se arrojaron sobre él para derribarlo y sujetarlo con cordeles, lo que lograron. Ya atado con los mencionados cordeles; perpetraron el robo del dinero y objetos que encontraron dentro y fuera de los muebles de la casa, sin violar las

cerraduras sino abriéndolas con las propias llaves. Mas pareciéndoles poco el dinero, regresaron a exigirle que dijera donde ocultaba su caudal; y como se negara a decirlo, le infirieron varias heridas con un machete que uno de ellos llevaba; y ya impotente y herido Eguillor, entró otro malhechor, y como siguiera sin decir dónde escondía su dinero, injuriándolo con palabras soeces, con una barra aguzada le infirió una herida penetrante en la cabeza de la cual falleció.”

“Perpetrados estos crímenes, recogieron cuanto pudieron llevar consigo, y realizado este último delito, huyeron los asaltantes para ir a repartirse el fruto de su sangrienta depredación”.

“En la misma noche, en el acto en que la Jefatura Política y la Autoridad Judicial tuvieron conocimiento del asalto, por obra de los gritos desesperados de la sirvienta y de la señora malherida, procedieron con toda actividad a su comprobación y al descubrimiento de los autores y a la recuperación de los objetos robados, dando por resultado la acción combinada de ambas autoridades, el conocimiento circunstanciado del crimen, la recuperación de los objetos robados y la aprehensión de: Tiburcio Gaitán, de 50 años, casado, maestro alfarero; de Sixto Leija, de 41 años, casado, rebocero; de Tomás Alfaro, casado, de 30 años, alfarero; de Felipe Ramírez, casado, de 24 años, alfarero; y de Máximo Ortíz, soltero, de 22 años, alfarero, vecinos todos del Barrio de Tlaxcala.”

“Celebrado el juicio el 5 de marzo próximo pasado, después de un amplio debate, declaró el Tribunal culpables a los reos Tiburcio Gaitán, Sixto Leija, Tomás Alfaro, Felipe Ramírez y Máximo Ortíz, de los siguientes hechos: de asalto y robo, perpetrado en la noche y a mano armada, en la casa del Sr. Casimiro Eguillor; de las seis heridas inferidas a este último con ventaja, entre las que se enumeran la que le causó la muerte; y de las inferidas a la Sra. María López de Eguillor”.

“En vista del veredicto del jurado, el Juez de 1a. Instancia declaró a los acusados, reos del delito de homicidio intencional, ejecutado con ventaja tal, que no corrieron riesgo alguno de ser muertos ni heridos; no obrando además en legítima defensa, y en consecuencia, los condeno a sufrir la pena capital. . .”, concluye el acta.

Los empeños de los defensores licenciados Fortunato Nava, Apolonio Niño y Anselmo J. Alvarez, fueron vanos. En segunda Instancia se confirmó el veredicto y los reos fueron ejecutados.

El crimen, por la fama de la víctima y las circunstancias en que fue cometido, causó sensación, y más cuando, con las declaraciones de todos los innodados, salió a relucir el motivo del crimen: el descubrimiento del chiquillo aprendiz de alfarero, quien afirmó una y más veces haber visto a don Casimiro con un costal al lado, de rodillas, asoleando su dinero. Que fue lo que despertó la codicia de los actores del crimen y la fantasía del vulgo parlero.

Sobre todo, porque en los careos, si se logró recobrar casi todos los objetos robados, no apareció mayor cosa del dinero. Ni siquiera el costal que dijo el muchacho que había visto junto al oro que asoleaba don Casimiro.

El acoso a la viuda no arrojó ninguna luz; menos el que sufrió la sirvienta. Nadie sabía nada del caudal del señor Eguillor. Y que existía, no cabía duda. No sólo porque era público y notorio que el difunto se dedicaba al agio, como porque en su casa sólo guardaba, como se comprobó en las diligencias, lo necesario para el gasto mensual.

Tanto para sobrevivir como para huir de la casa del crimen, la viuda malbarató la huerta y la alfarería, mas no la casa, porque nadie la quiso comprar. Mientras se sustanciaba la causa y vendía los inmuebles, muchos a hurto, brincando bardas, invadían el corral y el traspatio y aun el patio, echando las varitas detectoras, el péndulo y otros artificios; con la complicidad de clarividentes, cartomancianos, adivinos y brujos, pesquisaron de cerca y de lejos en busca de la riqueza de don Casimiro. Melosos y suplicantes ofrecían a la viuda hacerla rica, aunque, a cambio, les retribuyera poco, lo que fuese su voluntad. Por muchos meses la acosaron, ora de un modo ora de otro, sin obtener respuesta.

El albañil que construyó la cava, para entonces ya era muerto; mas de esto jamás hizo alusión la señora. Se había encerrado en un hermético mutismo. A la pobre, en las más hondas entretelas de su alma, le bullía un doloroso y apacible rencor por la tacañería de su marido, que la dejó viuda y sin dinero a la mano.

El mismo día, o más bien, en la misma noche del día en que

los delincuentes pagaron con su vida el delito cometido, retornó la zozobra al barrio. Mientras velaban a los cinco ajusticiados y endulzaban el amargor de los lutos con jarros de café con piquete, el vetusto portón de la cochera por donde entraron los criminales a quitar su caudal y a darle la muerte a don Casimiro, empezó a abrirse solo. Los goznes, al girar muy despaciosamente los tableros, emitían un chirrido tan sonoro como espeluznante, que se oía desde muy lejos, y la resonancia, como un eco inacabable, se quedaba colgando en los aires, mecida por la soledad de la noche, encima de donde estaban los velorios. Luego, sin saberse de dónde provenía, una espantosa sombra, con una barra clavada en la cabeza y un costal a cuestras, lenta y parsimoniosamente, se adentraba en la cochera. En seguida, detrás de ella, cinco sombras en cuerda, con la cabeza gacha, cubierta con zarapes y con las manos amarradas por la espalda, traspasaba el portón. Al rato, del corral o del traspatio, pues nunca se supo, emergían las más retumbantes insolencias, y una llamarada que se suspendía de la altura. Unos quejidos lastimeros, de dar grima, apagaban la llama. Por fin, de la misma forma como entraron, salían las sombras, lentas y cansinas, para desaparecer en la fosca negrura. Nunca tantas ánimas en pena desfilaron juntas ni con ese aparato.

Incitados por las apariciones, que se daban unos días sí y otros no, los de ánimo fieros trasnochaban, aguardando la aparición y con la esperanza de ver si la flama nacía en el lugar exacto donde estaba el tesoro y así descubrían el entierro de los costales que ocultó don Casimiro. Pero entonces sólo aparecían bolas de fuego que bailoteaban sobre los pretilos, entre las zarzas y ortigas secas. Con todo esto, aun los más templados, caían en desmayo o se iban de aguas; se les tullían los pies y no alcanzaban a huir. Uno, el más picudo, rechazando toda compañía, al cabo de varias noches de desvelo, enclaustrado en el corral y acuclillado sobre las losas donde don Casimiro asoleaba en otros tiempos su plata, acertó a verlo todo. Mas no pudo explicar nada. Aunque salió por el mismo portón, detrás de las apariciones, ya iba con la razón extraviada para siempre.

Don Casimiro, ya a punto de dar el alma, alcanzó confesión. Oyólo el buen franciscano fray Pedro Espinosa, párroco sempiter-

no del Barrio de Tlaxcala, y sólo él supo donde enterró aquél los costales de oro y plata y cuántos eran y cómo se abría la cava. También a fray Pedro lo acosaron los codiciosos. De tantas y tantas pesquisas lo único que consta es que don Casimiro fue un avaro, que periódicamente asoleaba su oro y plata, que enterró su caudal en donde sólo él supo, que murió de mala muerte y que su casa y cava estuvieron en la segunda calle de San Diego, hoy de Aquiles Serdán, lado sur, entre las calles de Nezahualcóyotl y 20 de Noviembre, en los arrabales del Viejo San Luis.

EL TESORO DE DONATO CAMPOS

Desde que entró a la vida y a los padecimientos de este mundo, si los demás no, la comadrona sospechó que la criatura no nació cabal. Para entonces la señora su madre, a los cuarenta y tantos años de su edad, ya estaba muy gastada. Al matrimonio de don Juan Campos y su esposa doña Guadalupe siempre les corrió buena dicha material y se encontraban bien abastados de riquezas; pero, por el otro lado, cuando los hijos apenas empezaban a gatear o a hacer sentir su presencia con sus balbuceos, se apartaban de este mundo. De nuevo la cuna volvía a quedarse vacía y los ropones orlados de finos encajes, los tisúes, las ropillas tejidas con tanto amor y esperanza, regresaban a añejarse en los bargueños olorosos a almizcle.

Cuando, al cabo de muchas rogativas y novenarios doña Guadalupe, terca y esperanzada, entró nuevamente en estado de buena esperanza, don Juan la entregó a los mejores facultativos. En seguida los dos, con devoción ardorosa, se encaminaron a la Parroquia de San Luis, y ante Nuestra Señora de la Expectación o la Expectación de Nuestra Señora, tanto monta, derramaron sentidas oraciones preñadas de dulzura y agrados. Prometieron, ambos a una, que cuando cristianaran a lo que iba a venir, lo sacarían de la pila con el nombre de Donato, como que recibirían al hijo cual donado por el Señor.

Por prescripción de los mentados facultativos, en esos largos meses de espera, doña Guadalupe tuvo que aguantar una rigurosa dieta con el fin de que criara substancias, a base de platillos recons-

tituyentes, julepes cordiales y vinos generosos; todo acompañado de enérgicas friegas con ungüentos preventivos y corroborantes. Los rezos diarios y las fervorosas encomiendas, sumadas a generosas limosnas, se prodigaron en esos meses. Y así, sobre esta alfombra de plegarias, buenas obras y remedios, entró Donato al mundo.

Señalaba por tamañas ansias y por los años que ya cargaba la señora o por la muerte de los hijos anteriores que, uno por uno, la arropaban con lutos, el caso es que a don Juan y a doña Guadalupe se les anubló el gozo, porque no pudo dar el pecho a la criatura. Fue menester recurrir a una robusta nodriza. Sustentaron a ésta con abundantes bebedizos fortificantes, previa purga para desembarazarle el vientre y exonerarlo de todas las demasías, previniendo así las flatulencias y dolores cólicos. Ya en el desmamamiento, cuando el niño empezó a endentecer, lo saciaban con caldos y sopas substanciales, jarabes esenciales y elixires vigorizantes. Luego, cuando al pequeño le dio por conocer el mundo y caminar por su pie, lo embijaban con emplastos para robustecer las potencias, como tuétanos de liebre, batidos con clara de huevo, en la parte alta de la pantorrilla, donde empieza la corva; caldo de riñón de golondrina, para que se le soltara la lengua; pócimas defensivas para que no le pegara el matlazahuatl o el sarampión o la viruela o los demás achaques mortíferos.

Razón les sobraba a los señores Campos al aplicar tantos y tales miramientos al hijo. Los ocho anteriores se les fueron pronto o porque llegaron maltrechos de su naturaleza y no admitían curación o por las enfermedades, que en aquellos lejanos ayeres convertían a los niños en inocentes angelitos. Y ni don Juan ni doña Guadalupe estaban ya para reponerlos. Sólo que cuando le llegó a Donato la hora de alternar en sociedad y de compartir la vida con los niños del vecindario, a pesar de los caldos de golondrina parlera, se manifestó remiso en el hablar. Trabucaba las sílabas, y lo poco que se le entendía, no eran más que desatinos. Fue cuando los facultativos se dieron cuenta de que era cierto lo que advirtió la comadrona cuando lo recibió, que le había faltado sal en la mollera y que los sesos no le quedaron bien acomodados. No que hubiera nacido loco y con la razón totalmente descuadrada.

Simplemente se había atorado tantito más abajo de donde andamos el común de los mortales. La razón no le quedó a nivel.

A su tiempo don Juan lo echó a la escuela y le puso preceptores. Con tal esfuerzo, el muchacho podía vivir una vida llevadera. Cuando llegó a la muchachez, puesto que no daba para más, lo encaminó al comercio, como empleado de mostrador en su propia tienda. Se desenvolvía bien. Laborioso, apacible y obediente. Pero terco, y más cuando lo presionaban o le gritaban fuerte. Se tornaba áspero y huraño. Cuanto más le porfiaban, más se le alzaban las crestas y se remachaba más en sí mismo. Únicamente atinaba a ver a los demás con garbo desdeñoso.

En eso, una pertinaz dolencia le abrió las puertas de la muerte a doña Guadalupe. Don Juan quedó viudo y Donato, huérfano. Como quien dice, solos. Solos en medio de muchas riquezas, que el viejo no podía disfrutar y el mozo no sabía gozar. Aunque éste se aficionó al comercio, no le entraban las cuentas grandes ni comprendía el valor de las cosas. El negocio lo entretenía, pero no le interesaba. Le daba lo mismo que se ganara o que se perdiera.

Ante tamaño descalabro como era la ineptitud de Donato para regir con buena mano lo que iba a heredar, don Juan determinó concentrar sus propiedades, para asegurar el futuro del hijo, y poner luego todo, para cuando él faltara, al cuidado de un administrador, fiable y eficiente. Cambió las minas, fincas y solares por oro y plata y sólo conservó la bien abastecida tienda. En seguida, se dio por entero a indocinar a Donato sobre lo que tendría que hacer con los dineros. Para que se le grabara muy bien en su menaguada retentiva todo el proceso, escogió el fondo sobreviviente de un horno de fundición, destruido tiempo atrás, que estaba en el traspatio y todo mundó conocía. Tan a la vista, que por lo mismo no despertaba una mínima sospecha ni aun en el más malicioso. Como si fuera juego, se encerraba con Donato y lo enseñó a remover las escorias. A mano y sin aspavientos. Al muchacho le cautivó la diversión, y más porque el padre le repetía, con suave y persistente malicia, que eso iba a ser su secreto, que no hiciera bulla, que en jamás de los jamases lo dijera a nadie, excepto a su padrino, y que lo que iban a estar escondiendo allí, era de él y únicamente de él.

Para completar el alejamiento de toda alevosa suspicacia, cuando empezó a enseñar a Donato a jugar con las escorias, de adrede, como al descuido, del modo más natural, recibía a las visitas en el corral para que los vieran y vieran las escorias y comprobaran lo nada profundo del resto del horno, cosa de una cuarta.

Desde entonces, una o dos veces por semana, sin cuidarse para nada de las ancianas sirvientas, ancianas, analfabetas y simples, conforme don Juan trocaba por oro y plata, ya en monedas ya en pasta, sus pertenencias, entregaba un puño a Donato para que así como jugando, lo llevara al horno, lo depositara en el fondo y lo cubriera bien con las escorias, junto a los otros entierros. Todo bajo su vigilancia. Para desviar cualquier taimada sospecha, don Juan sacaba a Donato a pasear y a revisar unos corrales vacíos, que a veces le servían para encerrar las recuas que transportaban su mercancía. Siempre con un costalito muy visible en la mano. Corrales que estaban al otro lado de la Zanja o Corriente de Tequisquiapan.

Sintiendo que se le acortaban sus días, se apresuró a testar. Dictó su postrera voluntad ante notario: constituía heredero universal a su hijo Donato; la casa, más los corrales, lo dejaba al Colegio de Niñas Educandas de San Nicolás Obispo o Beaterio; pero el usufructo, para su hijo, mientras Dios le conservare la vida; el menaje de casa, todo para los pobres; la tienda, también para su hijo, en las mismas condiciones, pero bajo la administración de albacea, a quien le dejaba sus instrucciones escritas en una memoria secreta, cerrada y lacrada.

Previsor, después de pulsar bien y por mucho tiempo, la fiabilidad de su compadre y padrino de Donato, don Nuño de la Puebla Rubín de Celis, lo nombró albacea, dispensándolo de la fianza de rigor. En la memoria que dejaba a éste, le rogaba muy encarecidamente que tomara a Donato como su hijo y que como a tal lo mirara por siempre jamás; visto que Donato era indiferente a las riquezas, todo el oro y la plata que había ahorrado, se lo dejaba para la completa manutención del muchacho, así como las ganancias de la tienda; tanto las joyas de la difunta doña Guadalupe como el oro y la plata, lo guardaba enterrado, muy en seguro, donde sólo Donato sabía; éste le explicaría todo según lo había ins-

truido. Y añadía en la última cláusula de la memoria, que lo que heredaba su hijo, era más que suficiente para que lo mantuviera con holgura, por lo que podía tomar lo proporcionado para sí y su familia; y, en caso de que falleciera su heredero, sin más trámite todo pasaría a ser suyo. Para ganarse mejor la voluntad de don Nuño, lo empezó a halagar con algunas dádivas que le entregaba por medio de Donato. Lo hizo socio del comercio y no le negaba ningún favor.

Tiempo después, a don Juan Campos le llegó la hora de irse de este mundo. Se fue en paz, con todos los ritos del caso, religiosos y legales, y fue cuando empezó la guerra. Se alzaron todos los parientes, que eran muchos, por un lado y por otro, alegando con furia y ardimiento derechos reales y ficticios. Como se había derramado la noticia de que el difunto acopió mucho oro, tanto por el buen negocio de la tienda como por la venta de las minas y fincas, acudieron empujados por las ambición. A diario andaban en bregas y enojos. La lectura del testamento, con la misteriosa memoria cerrada, fue como tocar a generala. El señor Campos, tan previsor, sufrió un lamentable olvido, por lo que empeoró la guerra.

Con interminables porfías, nomás por armar batalla, todos objetaron el albaceazgo y aún el testamento. Encrudecidos los ánimos, en las briosas altercaciones, Donato fue declarado legalmente inhábil para manejar su herencia, por lo mermado de su razón y lo manco de su entendimiento. Lo que no previó el señor Campos. El juez, luego de un sesudo considerando tupido de maciza erudición, dictaminó que había que designar un tutor para el joven. La grito se convirtió en caos. Estaba claro que el que quedara como tutor, sería el que quedara como administrador, como quien dice, dueño real de la fortuna. Una fortuna que nadie conocía, y eso aumentaba la desbocada codicia; menos, en donde se encontraba. A no ser el tontolín heredero, al que no le importaba nada del pleito a su alrededor. De modo que la pendencia se centró, no en la posesión directa de la incógnita fortuna, sino en la inmediata posesión de Donato. Por la custodia de éste se encausó toda la alegación.

A estas alturas la memoria ya había dejado de ser secreta, y

era público y notorio que Campos, el mozo, era el que poseía la llave del misterio. Mientras unos, los que se decían con derecho a ser los tutores, ponían sobre los tribunales gruesas exposiciones henchidas de ciencia, en las que desplegaban las más cornutas razones a su favor; otros, que nada tenían que argüir, muy ladinos y sospechando que la clave eran los abandonados corrales al otro lado de la zanja, que a menudo visitaban durante largo rato, solos, padre e hijo, siempre con un morralillo en mano, que al regreso venía vacío, se encaminaron para allá. Arropados en las sombras de la noche, y los más descarados, aún de día, se metían en los susodichos corrales. Escarbaron todo aquello, hasta dar con el duro tepetate. Llegaron a juntarse hasta tres cuadrillas de buscones al mismo tiempo. Nadie conseguía nadie.

Don Nuño de la Puebla Rubín de Celis, el más interesado, día tras día, por las buenas, las malas y las medianas, atosigaba a Donato con mil halagos, razones y amenazas para que desbaratara el misterio del entierro y hablara. Otros, cuando les era dable, ya melosos, con muy sutil labia, ya intimidantes, acorralaban igualmente al muchacho, con la misma aviesa intención. Tanto aquéllos como éstos, paraban en el mismo final, el arrinconamiento de Donato en su imparable y muda terquedad.

El continuo atosigamiento, ora por unos, ora por otros, en una forma o en otra; la completa orfandad, que lo dejó sin una brizna de afecto en su ánimo; la soledad. Todo se le echó encima. Un día, cuando estaba en lo más recio el inacabable litigio por la tutoría, se le fue lo poco que le quedaba de seso y resbaló en desatinos y grandes desvaríos. Donato ya no volvió a saber de sí. El De la Puebla Rubín de Celis aprovechó para ganar la custodia legal del muchacho y encerrarlo en su casa. Como cataplasma, le pegó de día y de noche un par de mozos muy despiertos para que lo cuidaran y divirtieran; pero, sobre todo, para que le picaran con inteligencia y discreción, a ver si revelaba algo del tesoro enterrado. Mas por ese flanco, no podían ni acercársele, porque inmediatamente se empacaba en su muda terquedad.

Con el andar de los meses, también se le fue a Donato la salud. Cayó en un desmedro tal, que no tenía alientos ni para comer. Se agostó por completo. Los mozos, con mayor diligencia, per-

manecían atentos en la cabecera del enfermo, muy despiertos, con la esperanza de que confesara algo, aunque fuera una mínima palabra que los condujera al lugar donde estaba el entierro. Nunca llegó ese día, y también a Donato se le fue lo último que le quedaba, el alma enajenada.

Con su acabamiento, se acabaron los pleitos. El albacea ejecutó al dedillo la postrera voluntad de don Juan. Pero antes tanteó muy acuciosamente en las piezas y en el traspatio de la casa de los Campos. Como él también conocía la reliquia de horno, cuyo fondo estaba muy encima, no se le ocurrió remover las escorias. La mansión vino a parar a otras manos. El nuevo dueño enlosó todo el corral, sin reflexionar en que a menos de una cuarta de hondo se había quedado el tesoro de Donato, bien tapiado ya.

Según don Julio Betancourt, quien investigó mucho sobre las casas y calles de San Luis, a principios del siglo pasado este caserón, además de la tienda, contaba con un amplio zaguán, tres salas, seis recámaras, más cuartos, patio y traspatio o corral, que era donde estuvo el horno. Se encuentra en la segunda calle de Los Burros, después Del Francés; en seguida Calle Nueva, y hoy, de Allende. Atrás de ella se tendían las carnicerías del Colegio de los Jesuitas, convertidas luego del extrañamiento de estos beneméritos educadores, en el afamado Cuartel de La Estacada y, por última, al empezar los veintes, en Biblioteca de la Universidad y en calle, al prolongar hacia el oriente la de Mariano Arista.

EL TESORO DE PIOQUINTO Y POLONIO

Por allí, en aquellos tiempos, corría un arroyo que fue delineando la configuración de la calle actual. Tortuoso en buena parte, y en la otra con altos bordes, que aún subsisten convertidos en banquetas y que recuerdan los ojos de agua que la formaron. Hoy se llama de Mier y Terán; pero tuvo varios nombres; como Del Arco Azul, y más antes, Del Bragado. De donde se colige la calidad de su vecindario, gente fogosa, contradicente y revolvedora, amiga de pendencias y desasosiegos.

Cuando se secaron los ojos de agua que le dieron el ser a esta calle; y por consiguiente, desaparecieron las haciendas de beneficiar metales, ocuparon el lugar de éstas, anchurosos mesones, como el de Santa Clara; vecindades cochambrosas, viviendas de más o menos, pulquerías de rompe y rasga, como la Del Arco Azul que dio nombre a la calle, billares frecuentados por gente baldía y soez, y otros negocios por el estilo. Uno de éstos, La Alhóndiga, fornida construcción de bóvedas, fabricada en 1772, a espaldas de la susodicha calle. En los alrededores se tendían los mesones de La Mulita, de La Sirena, de El Platanito, de Platas, de El Refugio y de San Ignacio.

En estos mesones se aposentaban los arrieros y comerciantes cuando venían a abastecer La Alhóndiga; como también los viajeros de medio pelo para abajo; y en los más ruines, peones y labriegos que se descolgaban en la ciudad en busca de mejores aires. Fue así como llegaron, cada quien por su lado y en diferentes fechas, unos tales Pioquinto Salazar y Polonio Ortiz. Como

gente ruda, indocta y campesina, se emplearon en muy humildes quehaceres. Con el tiempo y las luces que les encendió la necesidad, llegaron a ser muy diestros artífices de fragua. Sus habilidosas manos sacaban lo mismo temibles cuchillos cachicuernos, que puñales de misericordia, que sables, que navajas grandes de esas que llaman de golpe, que terciados, y aun trabucos, pistoletes de los de arzón, fusiles y arcabuces.

El par de herreros solían menguar los calores y trajines de la fragua con frescas jícaras de pulque del que expendían en El Arco Azul. Fue donde los cogió la leva. Para hacer frente a un nuevo pronunciamiento, se precisaban reemplazos. Estos abundaban en las almuercerías, billares, cantinas y pulquerías. En esta forma, Pioquinto y Polonio fueron a parar en el Cuartel de la Artillería. Por la embriaguez, no calaron las consecuencias del plagio; pero, al otro día, en la alborada, cuando los clarines tocaron a lista, con la conciencia espabilada ya, se pusieron rijosos y gritones, profiriendo insultos y palabrotas que no son para repetir, negados a morir por la patria. Unas manos de cintarazos les ablandaron la terquedad y así, con tan persuasivos argumentos, quedaron enrolados en un batallón de artillería.

Aunque riesgosa la profesión, los peligros eran menos que en las trincheras de vanguardia. Lo comprobaron en los constantes alzamientos que se daban por todas partes. Se aficionaron a ella, y más cuando se dieron cuenta de que era muy lucrativa y que rendía, sabiéndolo hacer, ganancias insospechadas. Codiciosos y audaces, se bañan con más cautela que furia. Conquistaron, además de uno que otro galón, la estima de los jefes que les profesaban cierta consideración por su destreza en reparar carros y cañones, y por eso los tales jefes ponían ojo ciego ante las rapiñas de Pioquinto y Polonio.

Los muy mañosos cuidaban como la niña de sus ojos el equipo a su servicio: mulas, cañón y, especialmente, el carro de las municiones. Con sus habilidades herreriles, arreglaron una caja, una de tantas, exactamente igual a las otras, sin diferencia alguna, en la que no cargaban ni pólvora ni balas ni brea, sino el fruto de sus saqueos: oro, plata y joyas. Un herraje común y corriente, pero muy bien urdido, impedía que cualquiera la abriera. Sólo ellos,

que conocían la trampa del cerrojo. En las fugas, so pretexto de salvar su armamento, sabían ponerse, muy lindamente, a buen recaudo, ellos y su caja del tesoro, sin que nadie los acusara de gallinas ni de follones. Y nadie sospechó nada jamás.

Pioquinto y Polonio trotaron con sus mulas, cañón y carro por todos los caminos del centro de México y también por las costas. Unas veces persiguiendo; otras, perseguidos. Pero no descuidaban en ningún momento su carga. Era siempre lo primero que ponían a salvo. Con tantos años de traqueteo, ya habían encontrado una fórmula precisa y segura. Pero, en eso vino la invasión norteamericana y la guerra de Tejas. Previeron que no iba a ser una guerra como las anteriores, de hermanos contra hermanos y con las mismas avejentadas armas, sino peor. Para entonces ya tenían repleta una caja y a medio llenar otra. No podían cargar tanto. Era llegado el tiempo de enterrar sus alcancías.

El 28 de septiembre de 1846 llegó a San Luis el general Santa Ana, muy engréido y fachendoso, con sus 3,000 hombres. Un mes después, el 26 de octubre, con igual talante, el general Pedro Ampudia, con 4,000. Entre los primeros, con la artillería, venían Pioquinto y Polonio, muy garbosos, con sus mulas, su cañón, su carro y sus gastadas alcancías. A la euforia de la llegada, siguió el calvario de los preparativos. Se logró reunir un ejército de 20,000 hombres. Al pueblo potosino le cupo la gloria —y por eso y por otras penosas razones, lo apellidaron “San Luis de la Patria”— de cooperar con 7,500 cabezas de carne de cañón; después, con préstamos forzosos y aportaciones voluntarias en metálico y en especie.

Nuestro par de artilleros, a la nueva de que regresarían a su tierra, después de muchos años de ausencia, afinaron su plan. Definitivamente, guardarían sus alcancías en San Luis, tanto por si no volvían como porque ya les era muy onerosa la vigilancia de las dos cajas. Como había que reparar equipo y construir más, en eso se apoyaron para conseguir un pedazo exclusivo en el trascorral de la abandonada Hacienda de Beneficio de La Malinche. Allí se instalaron a sus anchas, pararon su taller y formaron su aposentamiento. Y allí, con paciencia y sin temores ni prisas, entre los viejos

jales, escondieron su tesoro, confiados en que cuando regresaran, si Dios fuese servido, lo rescatarían fácilmente.

El 14 de enero empezó a encaminarse al matadero el abigarrado ejército formado en San Luis. El 28 emprendió la marcha toda la artillería con sus trenes y material de guerra, el batallón de zapadores y la compañía de San Patricio. Allí iban Pioquinto y Polonio con sus bártulos remozados y una nueva alcancía, por lo que pudieran recoger. Después del 2 de febrero, cuenta Muro, quien lo vio, habían salido de la ciudad, convertida en lúgubre cementerio, 18,000 hombres, 10,000 mujeres y más de 200 familias de jefes y oficiales. Con las mujeres, pegado a las naguas de su madre, iba Juan, un chiquillo sin hermanos, cuyo padre se fue de recluta. Como tantas otras féminas, soldaderas por necesidad, marchó ésta. Además de su esposo e hijo, asistía a Pioquinto y Polonio, preparándoles la comida. A ellos y a otros más.

Lo de Angostura fue un desastre. La retirada, una formidable derrota. 800 heridos graves, quedaron abandonados, en medio del desierto, sin medicinas ni alimentos. Los que no murieron por falta de curación, murieron de hambre o de frío. Venían en la delantera los mutilados. Los más graves, en camillas formadas con horcones de palo o fusiles; otros, en carretas de bueyes. Arrastrándose, más que caminando, en jornadas hasta de dieciseis leguas, sin alimentos ni agua y con un frío asesino, entre el 9 y el 10 de marzo llegaron los sobrevivientes a San Luis. Eran 10,500 hombres menos. Entre los desaparecidos, Juan, el grande, y su mujer, que no se supo ni dónde ni cómo murieron. Juan, el chico, huérfano ya, se salvó gracias a que lo valieron Pioquinto y Polonio. Un certero cañonazo en Angostura desbarató la máquina de éstos; el carro lo ocuparon para acarrear heridos, y la alcancía, aún sin estrenar, se perdió en la trifulca. Los mismos dos artilleros, sin nada qué cuidar mas que sus heridas, regresaron baldados.

No pudieron seguir de frente. Santa Ana, sí. Se encontraba entre dos fuegos: el de los invasores, en el norte, y el de los insurrectos, en el sur. Les valió volver exhaustos y malheridos, y se dieron de baja. Se refugiaron en la vieja abandonada hacienda de La Malinche, donde les prestaron un rincón y habían enterrado sus alcancías. Gracias a las limosnas de paisanos y amigos misericor-

diosos, pudieron sobrevivir. Ampararon al chiquillo sin hogar, como ellos. Les servía de compañero y de mozo, les restañaba las llagas, les llevaba la comida y les daba de beber.

Ya repuestos, al cabo de más de medio año del entierro de su tesoro, decidieron romper las alcancías. Lo mucho guardado les aseguraba la existencia a ellos y al niño, a quien veían como hijo. En una ausencia de éste, destaparon la cubierta de jales. Y cuando ya iban a sacar la caja de arriba, la medio llena, unas emanaciones sulfhídricas, punzantes, corrosivas y abrasadoras, surgieron del hoyo y los cubrieron del todo, metiéndoseles por todos los poros del cuerpo hasta los tuétanos, hasta las profundas telillas del alma y de los sesos. En seguida, los asió un mareo que les enterró la conciencia entre nieblas. Las potencias se les reblandecieron y se les huyeron las fuerzas. Más por instinto defensivo, con el fin de tapar las fuentes de esos gases venenosos, semiinconscientes, devolvieron al hoyo los jales extraídos. Apoyándose trabajosamente en el pico y en la pala, se alejaron, para caer yertos en la puerta de su aposento. Al volver el chiquillo, los encontró rígidos, fríos, abotagados y ennegrecidos.

El niño, empavorecido al ver aquello, rompió en grandes plañidos. Por fuerza hubieron de darse cuenta los inquilinos del Mesón de San Antonio, que estaba enfrente. Acudieron al llamado de semejantes lloros, y no atinaban más que ha hacerse cruces y a musitar santiguos. El párvulo, a sus siete años, como nada comprendía, nada podía explicar. Ríos de lágrimas no paraban de salir de sus ojos cuajados.

Fue la autoridad, llevaron a un facultativo. Este, revolviendo lo conjeturable con lo cierto, muy sagaz, analizando la cosa con detenida minuciosidad, dictaminó que los estragos de la guerra, las fatigas; fríos y hambres de la retirada, los largos días de caminar de la Angostura a San Luis, los escasos tratamientos medicamentosos en la inacabable convalecencia, les habían desamparado el vigor de todo el cuerpo. Con esto, las mefíticas emanaciones de los trasañejos graseros y jales de La Malinche, donde pasaron sus últimos meses, les habían envenenado los humores grasos y todo el cuerpo. Con semejante carga, imposible que siguieran adelante con vida. Tal vez cayeron, concluyó gravemente el facultativo, cuando

querían salir de su cuarto a coger aire, mal apuntalados con el pico y la pala.

En aquellos siglos la hacienda de La Malinche iba de la actual calle de la Independencia a la de Bolívar y de la de Madero a la de Ocampo. Era una sola manzana. Hasta donde yo sé, perteneció al Alférez Real don Manuel de la Gándara y a don José María Espinosa, Conde del Peñasco; en seguida, al Conde del Jaral, de quien la adquirió, por 1830, don Rafael Villalobos. Este caballero, con mucho dinero y sin ningún hijo, quiso fincar en la esquina de las calles del Mesón de San Antonio y del de San Francisco, o sea, de las de Madero e Independencia, respectivamente, una Casa de Ejercicios. Para entonces ya estaba sentado a las orillas de la muerte y no la pudo ni empezar. Don Antonio Arias, su albacea y heredero, en 1832 trajo de San Miguel el Grande o Allende, al maestro de obras don Ramón Pastor, y para 1838, que se paró la obra, estaba terminada la capilla, que hoy conocemos con el nombre de Guadalupe, la sacristía y algo más. Como cincuenta años después, muy poco a poco, se fabricó allí el edificio del Seminario. Inconcluso en su tercer patio, fue confiscado en 1914 por los señores revolucionarios. Paró en Escuela Normal, y el primer patio, en palenque de esa pedagógica y formativa diversión que es el box. Todavía en esa noble mansión y en las casas contiguas al poniente, abundan a ras del suelo gruesos mantos de graseros y jales, como los que sirvieron para ocultar de nuevo y definitivamente las alcancías de Pioquinto Salazar y Polonio Ortiz.

Juan creció, y ya muy viejo y cecuciente, ayudado por su nudoso bordón, se arrimó a la Escuela Normal para ver cómo los codiciosos cedillistas vendían los jales de los patios de la susodicha Escuela. A pesar de tantos años corridos, no olvidaba a sus protectores ni la forma en que la muerte les metió zancadilla. Fue cuando entretejió ciertos cabos sueltos y dispersos que le habían quedado arrinconados en la memoria y a los que jamás dio importancia. Pero no lo dejaron escarbar donde él quería y decía.

EL TESORO DE MIRAMON

De los más cuantiosos que pueda haber en territorio pótosino, es el tesoro del General Miramón. De los más buscados, así mismo. En pos de él, y desde hace más de un siglo, han perquirido por todo el Plan de Arriaga cientos de codiciosos, desde simples vagos sin oficio hasta gobernadores. Buscan y rebuscan armados con rudimentarias horquillas de mezquite o con varas imantadas; con trompos o anillos pendientes de un cáñamo; por medio de la hermética radiestesia; con cartomancianos, adivinos, arúspices, rbdománticos, astrólogos, augures, brujas, ocultistas, zahoríes, clarividentes, espiritistas como intermediarios; con sofisticados aparatos ya de cuerda ya electrónicos; con deprecaciones e invocaciones satánicas; con rezos y triduos al Brazo Poderoso, a la milagrosa Sombra de Señor San Pedro, al Anima Sola, a Juan del Jarro, a las Tres Potencias, a Gedeón Sentado, y no ha podido ser habido.

Desde San Antonio hasta La Providencia y de lomerío a lomerío, los buscadores de tesoros han hurgado, con frenéticas e insosegables ansias, en El Maguey, en El Tepetate, en Santiago, en Melchor, en San Francisco, en el Cerrito de Dolores, donde hay unas pinturas cabalísticas, en los entresijos del Cerro de Silva, en los Aguilarillos, en todas partes.

Según don Luis F. Bustamante, "Luis del Oro", en cuyas manos acabó el viejo y acreditado diario *El Estandarte*, el general Miguel Miramón, logró apoderarse de la ciudad de Zacatecas; pero luego la evacuó "llevándose dos millones de pesos que en barras

de oro y plata y monedas de ambos metales encontró en la capital zacatecana. Perseguido de cerca, el general Miramón hubo de presentar combate a Treviño y Escobedo, en San Jacinto, donde fue derrotado, tomando preso a su hermano Joaquín y días después pasado por las armas en la Hacienda del Tepetate”.

“A Miramón le quitaron todo —añade Bustamante—; pero ni un solo peso de los dos millones. Más tarde se supo que Miramón, antes de presentar batalla, había enterrado el tesoro en el Cerro del Tepozán, cercano al rancho del Maguey, S. L. P., o en el Cerro del Gallo, cercano a la Villa de Arriaga, o en la iglesia de la mencionada hacienda”. Y fue cuando se metió la codicia.

Un señor Carlos Ortega, a fines de 1919, propuso al general Juan Barragán la idea de buscar el fabuloso tesoro —recuerda Bustamante—. A ciegas, por cierto, ya que se desconocía el sitio o el rumbo siquiera donde se efectuó el enterramiento. Como al retintín del oro se espabila el más dormido, el general aceptó el negocio e inmediatamente movió sus hilos y giró órdenes a su sucesor en la gubernatura, el ingeniero Severiano Martínez, para organizar una expedición batidora.

En eso estaban, cuando apareció en San Luis, precedido de apabulladora publicidad y fama, como adivino e hipnotizador, un mentado Jesús José Mañá Juan Pedro de Valdéz Fernández Rocha de la Palma, que asombró a los potosinos con sus artes adivinatorias, hipnóticas, astrológicas y magnéticas.

Con la eficaz ayuda de paleros y de bobos, su fama y crédito se hinchó como la espuma. Su hotel se atiborró de clientela. Por unos pesillos, a éste le curaba un mal trasañejo, a aquél le restituía un querer perdido, al de más allá le hacía ver tesoros ocultos y a otro más le trastocaba en buena la mala fortuna. La grita, por fuerza, llegó a la sensible oreja del señor gobernador, “éste citó al zahorí para que diera con el tesoro de Miramón, que tenía orden del general Barragán en buscar”.

Con tal ángel se organizó la expedición. “A las 7 de la mañana del citado mes —enero de 1920—, a bordo de un tremante automóvil y acompañado del gobernador, de los diputados don Flavio Ayala, don Benjamín González y don Pablo Sánchez y doscientos hombres de caballería (entonces los caminos eran muy inseguros,

hasta para los mismos gobernadores), salió el adivino para el rancho del Tepozán”.

La emprendieron por el viejo camino de Escalerillas, de terracería, abandonado por los años de la revolución y muy estragado. Peor la brecha al Tepozán. Anochecía cuando la numerosa comitiva llegó a su destino e hizo alto frente al Cerro del Tepozán. La tropa armó su vivaque y los organizadores, el escenario para el aquelarre, en el que el señor Valdéz Fernández Rocha de la Palma iba a ser el actor principal. Ordenó el acomodo de tres grandes piedras bola; entre ellas, suficiente leña de mezquite bien seco, tres ramas de pirul macho y otras yerbas que no quiso decir; encima un gran perol; a un lado, un chivato negro. Y a esperar la hora crítica.

Mientras las horas rodaban despaciosas y sordas, caía el relente y un frillecillo invernal, y aunque se esforzaban por ocultarlo, un escozor, mitad miedo y mitad codicia, los empezaba a desasosegar. Ya la noche encima, de la charla entusiasta y algarera, fueron bajando a comentarios, a somormujo y al mutismo. Por fin, una negrura caliginosa, asaz negra, como alma de pecador, los envolvió a todos. Ni una mísera estrella.

Al filo de la media noche, la hora de los saturnales, la hora en que se liberan las ánimas en pena y los trasgos o demonios caseros salen a ejecutar sus maldades y truhanerías, don Jesús José María Juan Pedro se irguió muy gravadoso, musitando ininteligibles frases invocatorias, con zalemas, prosternaciones y giros alrededor del perol. Una lasca de pedernal, al golpearlo con el eslabón, vertió sus chispas sobre la yesca, y se alzó la flama, que a poco se convirtió en fogata. Sacrificó al chivato, esparció la sangre en dirección al Cerro del Tepozán, conminando a todos los espíritus, los buenos y los malos, para que lo valieran en esa ceremonia divinatória; en seguida se despojó de cuanta ropa traía encima; se tiznó de pies a cabeza y, por último, invitó al señor gobernador y a los señores diputados a que formaran todos “la cadena”. Erguida la cabeza, fijos los ojos en el Cerro, tornó a las zalemas e invocaciones, entreveró algunas machincuepas —narra Bustamante— y, de repente, al acabar la última depreceación conminatoria a su doble, “a Kety” —tal cual lo cita el susódicho—, apareció éste, todo complacencia y docilidad.

Lo dijo todo: a tantos pasos por aquí y por allá; quebrándose por entre estos y aquellos nopales; por esta piedra o por ese tronco; dio santo y seña del lugar preciso donde Miramón enterró los millones de oro. Entregado el mensaje, Kety desapareció.

El Señor Ejecutivo y los señores legisladores, abiertos tamaños ojos, miraban alhelados. Don Jesús José María Juan Pedro, bañado de sudor, cayó en desmayo. Las mismas llamas se recogieron. El relente apretó y el frillecillo invernal clavándoseles hasta los huesos, los volvió en sí a todos. Arrojaron al astrólatra con un jorongo saltillero, le ofrecieron un vino confortativo y la caravana se retiró a las tiendas de campaña, donde pasó lo que sobraba de la noche.

A la pálida claror del alba, ya sobre seguro, la comitiva levantó el campamento y enfiló al sitio preciso. De hecho, en la cima del Cerro, exactamente allí donde Kety dijo, encontraron las peñas, los nopales, los árboles, los nidos y demás señas descritas. Removidas las piedras que disimulaban la entrada, apareció una hilera de burdos escalones; paraban éstos en unas cuevas abiertas a barrena y pico, y unas tablas apollilladas. Con lo que se probó —concluye Bustamante— “que si no existía allí el tesoro, en un tiempo estuvo enterrado en aquel lugar. . .”

“Todo lo anterior —enfatisa el susodicho— rigurosamente histórico”, fue pronto del dominio público en San Luis. Habiendo llegado la noticia a oídos de don Francisco Monjarás, dueño del vecino Rancho del Maguey, invitó al adivino a que fuera a su propiedad a trasculcar con sus artes parasicológicas en la capilla de este parvifundio, pues tenía noticia cierta de que, si no todo el tesoro de Miramón, una buena parte se encontraba allí.

El sibilino fue. Pero esta vez seleccionó procederes más sencillos. No acudió a su socio Kety, sino que llevó como medium al ya célebre violinista Saloma, entonces en San Luis, para que hiciera las veces de antena y recogiera las ondas que emitía desde su sepultura el tesoro de Miramón.

Llegados que fueron a la capilla, don Jesús José María Juan Pedro, sin ninguna estimulación previa, sentó al maestro violinista en un sillón frailerero, y con dos o tres pases cabalísticos, lo puso en trance. Tan bien lo puso, que el señor Saloma cayó de la simple

hipnosis a un estado de profundísima catalepsia: yerto, tieso, sin la color propia de los vivos e impotente para recoger una mínima vibración magnética. Se le ocluyeron todos los sentidos. Por más pases y repases que le dio; por más y más furiosas sacudidas, sobamientos, gritos, Saloma no volvió al uso normal de sus potencias. En tal condición lo regresaron a la ciudad, y todavía por dos largas semanas prosiguió tal cual.

El señor Monjarás, por su parte, tronó cartuchos de dinamita por toda la capilla, y no descubrió ni un mísero tlaco. Mientras tanto, don Jesús José María Juan Pedro Valdéz Fernández Rocha de la Palma fue a parar con todos sus huesos a la cárcel.

Bustamante, que asegura ser todo muy cierto, publicó su relato en enero de 1921, a poco más de un año del suceso, cuando aún vivían, aquí o en México, todos los protagonistas y testigos.

Medio siglo después, el reportero Federico Monjarás Romo, hijo de Monjarás viejo, publicó otra versión sobre el mismo tesoro. Según éste, Miramón, perseguido por los juaristas, para poner a salvo lo más valioso de las quince carretas, descargó una de ellas y esparció su contenido para distraer a quienes lo seguían. Considerando que no había tiempo para más, enterró el tesoro y sobre él, las catorce carretas desarmadas, y todo lo cubrió con tierra.

Al trascender la leyenda sobre el tesoro del general Miramón, hicieron su aparición innumerables buscadores de tesoros ocultos que recorrieron la región, provistos de distintos instrumentos especiales para la localización de metales, haciendo pruebas en El Tepozán, el Cerro del Gallo, Franco, Palomas, el Cerro del Xocoxtle, la Majada del Panal y otros lugares, sin obtener resultado alguno.

No pocos de estos interesados llevaron mediums espiritistas, quienes, puestos en trance, oralmente o por escrito, indicaban el sitio donde se hallaba el tesoro. Pero jamás pudieron dar con él.

Cuentan —prosigue Monjarás— que en una ocasión, cuando unos buscadores habían encontrado indicios favorables de la existencia de una “relación”, por medio de unas varillas imantadas, recogieron varias monedas de oro; pero al surgir una discusión entre ellos y continuar cavando, solamente encontraron carbón, afir-

mando la gente amante de las consejas, que por envidia el tesoro se convirtió en polvo.

Varios vecinos de Villa de Arriaga —añade Monjarás—. después de un notorio y repentino cambio en su situación económica, hicieron saber que Dios los socorrió con una “relación”, siendo ellos. . . y da los nombres, pero advierte: “ninguno de los cuales sobrevive”.

Don J. L. extrajo un tesoro del Cerro del Gallo, don Q.R, siendo su padre y él muy pobres, comerciaban en las rancheñas cargando su mercancía en burros. En esto estaban los pollinos en terrenos de San José del Maguey, cuando vieron que un topo arrojaba tierra hacia fuera del hoyo en que se encontraba, advirtiéndolo con sorpresa varias monedas de oro. Esto avivó su atención, y cavaron en ese sitio, encontrando una gran cantidad de semejantes monedas.

Don M.V. era un campesino de condición igualmente humilde. Moraba en el Rancho de la Cruz. Hizo una horadación en un cuarto emparedado y encontró joyas valiosas.

Don D.M. rentaba la hacienda de San José del Maguey y en ella estableció una engorda de cerdos. Uno de ellos se introdujo al patio principal de la casa, tumbó un enorme macetón y al despanzurrarse éste, dejó al descubierto un montón de monedas de oro.

Finalmente, don G.C., al cruzar una nopalera, vio que una extraña sombra atravesaba el camino y se desvanecía al pie de un viejo nopal. Escarbó, y como a metro y medio de profundidad encontró un cántaro repleto de monedas de oro.

Entre tanto cuento, lo único que hay de cierto y comprobado es esto: el 22 de enero de 1867 el Benemérito estaba rebozante de felicidad en Zacatecas, tanto por la recepción que se le tributó como por el obsequio de “un bastón valioso en dos mil pesos”. En eso cayó Miramón, y mediante un audaz golpe, conquistó la plaza. Magnífica fue la cosecha de pertrechos y prisioneros, hasta el famoso bastón de dos mil pesos paró en sus manos. De repente, la suerte le volvió la espalda. Escobedo, desde San Luis, se movió contra Miramón, con tropas frescas, y lo alcanzó en la Hacienda de San Jacinto, y gracias a la superioridad numérica y a la colabora-

ción norteamericana con los rifles de dieciseis tiros, armas nuevas en México, la derrota fue total.

Todavía el general Miramón, con su arrojo proverbial, dirigió personalmente pie a tierra, algunos disparos con su escasa artillería a fin de contener el ataque de Escobedo. Joaquín Miramón, hermano del general, fue herido en un pie y en una pierna, por lo que mientras éste, en medio de sus enemigos se abrió a pistoletazos, pues fue el último en abandonar el campo de la derrota, don Joaquín era conducido en una carretela, por el estado de gravedad en que se hallaba, pero fue alcanzado por las tropas republicanas y hecho prisionero.

A la mañana siguiente, por órdenes expresas de Escobedo, el general Joaquín Miramón, que se encontraba imposibilitado para ponerse en pie, en una silla fue conducido al Tepetate y fusilado, lo mismo que los 139 prisioneros franceses, quienes no esperaban tal fin y se encontraban lavando su ropa a la orilla del río. Más de dos horas duraron los fusilamientos de estos infelices prisioneros de guerra, la más espantosa matanza, si se exceptúa la cometida en Veranos, Dgo., por otros juaristas.

A Escobedo ya se le había olvidado que unos años antes, en Río Verde, Tomás Mejía lo batió y le perdonó la vida. Ahora había desencadenado sus odios. Joaquín Miramón sólo alcanzó a escribir a su esposa: "He caído en poder del enemigo y a consecuencia de este suceso, voy a ser pasado por las armas dentro de una hora".

Hans describe algunos pormenores de esa escena: lo acarrearón al sitio de la ejecución y entonces "pidió que se le apoyase contra la pared, porque tenía mutilado un pie y quería recibir la muerte parado".

LOS TESOROS DEL COMPADRE URBINA

Con el pretexto de “expurgar las pulquerías de los vagos, malentretenidos y borrachos que las frecuentaban y en donde acostumbran holgazanear sin ocupación alguna”, se derramaron los de la montada por los arrabales de la ciudad y arrearon al cuartel de La Estacada a todos los que pudieron haber. Ora de a dos o de a tres, mancornados, ora en racimo; unos, casi a rastras, por lo bebido, otros con la conciencia ya a medio caer entre las nebulosidades de la embriaguez; otros más, tercicos en no dejarse llevar, por lo que los sosegaban a cintarazos, cogieron de leva a docenas de sujetos.

El 5o. Batallón estaba muy mermado. En mayo de 1908, de una sola vez, sacaron de leva de la cárcel a más de sesenta reos y los dieron de alta, muy contra su voluntad, en el susodicho batallón. Fue el primer inútil y alharaquiento alboroto de mujeres y parientes afuera de la penitenciaría y del cuartel. Después, con los mismos alevosos modos, secuestraron a otros más. En seguida, repitieron la leva, y sólo devolvieron a la cárcel a unos pocos, por “vagos perniciosos e inútiles para las armas”. Por último, ya con el pie en el estribo, el jueves 19 de febrero de 1909, fue la última redada, porque al día siguiente salía el 5o. Batallón para Guadalajara.

Por ordenanza, tanto en la noche como en la madrugada, los estridentes clarines y resonantes tambores, con todos sus bríos, anunciaban la hora en que la tropa debía acostarse y levantarse. Era el momento de la persuasión. A los insumisos y que se habían resistido a engrosar las filas o se habían propasado, ya con palabro-

tas, ya con hechos, amarrados al palo, recibían generosas rachas de cintarazos. Sus ayes y dicterios se volvían nada entre los ruidos de cajas y cornetas.

Afuera del cuartel, desde en la tarde, y mayormente en la clareada del día siguiente, se arremolinaban las mujeres y parientes de los forzados reclutas y de los propios soldados. Con la grita, lloros y sollozos, andaba aquello tan revuelto, que a la hora de formarse el 5o. Batallón para enrumbar la marcha a los carros del ferrocarril; ya se contaban, por lo menos, tres docenas de desertores. De manera que, a pesar de las arteras levas, el contingente partió incompleto a su nuevo destino.

Entre los que cayeron de leva en esos días, iba, muy repompeado y gallardo, con su uniforme de recluta del 5o. Batallón, Petronilo Rojas, carbonero de oficio. Lo sacaron de una pulquería del Tecuán, en la que, de ordinario, siempre que volvía de la Sierra de San Miguelito, se detenía a reparar cansancios y a recuperar bríos con buenas jícaras de pulque. Se perdía en la ya muy decalvada sierra cuatro o cinco días, mientras convertía en leña los entecos árboles y la leña, en carbón. Repletos los costales bajaba con su recua, hacía posta en la mentada pulquería y, por fin, llegaba a su casa en El Tecuán.

Tanto ir y venir del Tecuán, La Ladrillera, Tierra Blanca, Quitacalzones, La Pedrera, La Cañada del Lobo, Cuencabélica, El Aguaje, a la Sierra de San Miguelito, desde muy niño; tanto vagar por la sierra y todas sus estribaciones por Arroyos y Jesús María, hasta el mismo Juego de Barras; y tanto recorrer los cerros, cañones, atajos y huideras, como guía de mineros codiciosos, le descubrieron todos los secretos de la región. La conocía como la palma de su mano.

Enrolado irremisiblemente en el 5o. Batallón, Petronilo fue a parar a Guadalajara. Allá lo agarró la bola. Movilizado al norte, anduvo en varias refriegas y combates, cada vez más duros, y por fin, luego de trotar unas veces como galgo, persiguiendo, otras, como liebre, perseguido, llegó a Torreón y en seguida a San Pedro de las Colonias. Para entonces ya traía muchas cicatrices y los galones de sargento. Era uno de los treinta mil Dorados de Villa, en las briga-

das del Compadre Urbina. Para entonces, también, estaba por acabar el idilio entre villistas y carranclanes.

En franca insubordinación, Villa apuntó sus cañones a Zacatecas y mandó a su compadre el general Tomás Urbina por delante. Del 19 al 25 de junio de 1914 corrió desbocada la sangre. Y siguió corriendo, a pesar de la Convención de Aguascalientes. Poco después, con las huestes del Compadre Urbina, el 24 de enero de 1915 llegó Petronilo a San Luis. A la sazón era el hombre de todas las confianzas de su general. No fue a parar, como los demás soldados, ni en el inmundo Cuartel de La Estacada, donde lo encerraron hacía años para convertirlo en recluta del 5o. Batallón, ni en los malolientes patios de los mesones en boga, ni en el infectado Lazareto, sino en una de las piezas de la elegante mansión que ocupaba el feroz Compadre Urbina.

Este, en San Luis Potosí, como mandón de esa Brigada de los Dorados, asumió la Jefatura de Operaciones Militares, y aunque a la semana designó gobernador provisional a Emiliano G. Saravia, quien dictaba las órdenes era él. Empulcado de poder, en ese par de meses ejecutó los peores desmanes. Superó los de Eulalio Gutiérrez, quien asesinó al benemérito profesor don Angel Veral, al inocente abogado Porfirio Dorantes y a otros honestos ciudadanos más. El Compadre Urbina, para hacerse de dinero contante y sonante, no de bilimbiques, como llamaban a los billetes revolucionarios, aprehendió uno a uno a los pocos acaudalados que no alcanzaron a huir; y a los que no pudieron entregar la cantidad exigida, como don Inocencio Narezo, súbdito español, los fusiló en el panteón del Saucito. Recogió millares de pesos a base de préstamos forzosos y de torturas, escribió don Primo Feliciano Velázquez en su *Historia de San Luis Potosí*.

Algo bullía, luego de cinco años de andar entre pólvora y mantanzas, en las tenebrosidades del Compadre Urbina. A la sed de sangre se juntó la codicia de tesoros. Para eso también era la revolución. En San Luis, además del oro que acopió, se dio a apañar joyas: anillos, toda clase de aretes, pinjantes con piedras preciosas, cadenas y medallas, leontinas, collares de perlas, pinos de oro para el cabello, rosarios de amatistas, gargantillas de diamantes, rubíes cabujones de la China, plata cincelada, tabaqueras con aplica-

ciones de oro y cosillas así. No de volumen, pero sí de extremado valor. Ya en persona ya a través de sus ordenanzas, repletó varios morrales. Todo lo confió, so pena de la vida, a su leal Petronilo Rojas.

En Ebano, mientras tanto, donde los encontronazos entre villistas y carranclanes arreciaban conforme pasaban los días, el general Chao no podía con los carrancistas, a pesar de las toneladas de carne de cañón que, por ambos bandos, vaciaban en aquella hornaza. Llegaron muy fieros y decididos los batallones rojos de la Casa del Obrero Mundial, y sólo quedó, muy maltrecha, una sexta parte para contarlos. Urbina, por fuerza, tuvo que partir para Ebano a darle una mano a Chao.

Pero antes aleccionó a Petronilo. Para afianzar su voluntad, de la docena de morrales, uno se lo dio a él. Los demás los vació en cajas de madera, de las que servían para cargar las municiones, bien clavadas y remachadas, con la consigna de que las enterrara en un lugar seguro, mientras pasaba la bola. Otra parte, lo pesado, los lingotes y lo que había robado antes, bien embalado y seguro, lo traía en un tren militar.

Lo de Ebano, a pesar de tantos meses de encuentros y reencontros, de tantos y tantos muertos y heridos, acabó mal. Peor las batallas de Celaya —donde Obregón quedó manco— y de León, en la primer quincena de junio. A Los Dorados no les quedó más que recular hacia Durango, en una desastrosa retirada. Entre el botín abandonado, hecha trizas por los cascos de los caballos y la metralla, quedó la aureola del terrible Centauro del Norte. Meses después, el aterrador galgo perseguidor, convertido en liebre correlona y evanescente, andaría a salto de mata, huyendo del acoso de la formidable expedición punitiva del General Pershing.

Villa, enfurecido por estas derrotas, empezó a ver con ojo torvo a su compadre Tomás Urbina. Al amor y camaradería en la brega de los años anteriores, también los derrotaron el rencor y la apetencia vindicativa. Cuenta Alfonso Taracena en *La Verdadera Revolución Mexicana*, que Villa había decidido saldar cuentas con su *alter ego*, su compadre Urbina. Sabía que éste había iniciado tratos con los carranclanes. Lo culpaba de todo el desastre de la División del Norte al fracasar en la campaña que le encomendó, para reti-

rarse luego a la hacienda de Las Nieves, al oeste de Parral. Allí, su fiero lugarteniente armó un campamento inexpugnable, rodeado de la flor y nata de sus matones y dedicado a enterrar los tesoros robados. Más de ocho millones de pesos —según avalúo de Taracena— en barras de oro y plata, piedras preciosas y alhajas. Pero una buena parte, la que apañó en Zacatecas y San Luis, estaba a buen recaudo, sin que nadie lo supiera, en manos de Petronilo Rojas.

El 10. de septiembre, en lo mejor de un opíparo almuerzo, doscientos hombres de los más audaces y sanguinarios, con Rodolfo Fierro y Pancho Villa a la cabeza, cayeron sorpresivamente, a bala limpia, en la plaza fuerte de Las Nieves. Urbina fue de los primeros en caer. El Centauro, al ver a su compadre malherido y desangrándose, como en los buenos tiempos, lo cogió del brazo y lo llevó al despacho de la hacienda. Urbina quiso disculparse; su compadre, con el cariño y los modos de los viejos tiempos, no lo dejó. Lo primero era curarlo. Y para eso lo mandó a Chihuahua. Al Carnicero lo enfureció la decisión. Le recordó que el trato era matarlo. Villa lo dejó en sus manos.

Los que pudieron, treparon en sus caballos y se agregaron a la comitiva, al lado del auto en que iba el herido. En un recodo del camino, Fierro ordenó al chofer que imprimiera toda la velocidad. Atrás quedaron los jinetes. Entonces lo mató. Pocos días después, al cruzar Fierro la Laguna de Guzmán, cerca de Casas Grandes, Chih., sin que nadie lo pudiera salvar, lenta, angustiada, inexorablemente se hundió sobre la yegua que montaba en el cieno movedizo de la charca.

Todo esto ya no lo supo Petronilo Rojas. A un revolucionario seguía otro, con todas las tropelías del caso. Petronilo, fiel a su jefe Urbina, también enterró su tesoro, pero aparte.

Un buen día, en vísperas de que los villistas levantaran el campo y salieran de San Luis, recibió un telegrama de su general, a través del gobernador Saravia: "Cumple órdenes". No decía más. Las órdenes eran, y para eso fue bien aleccionado, so pena de muerte, recoger el morral destinado para él y enterrar las cajas donde únicamente él, sólo él y nadie más que él, sin testigo algu-

no, que se diera cuenta, lo supiera, dejando las marcas precisas, seguras y ocultas, para cuando fuera menester.

Petronilo, como tenía vara alta, telegrama en mano consiguió del gobernador Saravia lo que necesitaba: licencia por una semana, salvoconducto, dinero contante y sonante —no en bilimbiques—, robustos burros sacados del cuartel y todo lo concerniente para llevar a buen fin la misión que le encomendó su General Urbina. Disfrazado de carbonero, su antiguo oficio; disfrazadas también las cajas y terciado el morral de las provisiones, se encaminó a la Sierra de San Miguelito con su recua por delante. Allá anduvo ocho días en solicitud del lugar a propósito. Cumplió con el entierro del tesoro y, para encubrir sus andanzas, sólo recogió una mísera carga de carbón.

Enfrascado en su tarea, muy lejos de cualquier mirón, Petronilo ni cuenta se dio de la precipitada fuga de los villistas y de la presurosa entrada de las carrancistas en San Luis. Lo supo cuando, al trasponer los cerros de la Cañada del Lobo, ya para bajar al valle, el vigía del fortín de La Ladrillera le pidió el santo y seña. No supo darlo, y lo arrestaron. A tiempo destruyó el salvoconducto villista que lo podía delatar. Si logró engañar al capitán, haciéndose pasar por humilde y laborioso carbonero, no logró comprobar la legítima pertenencia de los burros, todos con fierro distinto, ni presentar testigos que lo avalaran. Acusado de cuatrero, lo llevaron preso a la Penitenciaría.

Allí estuvo unos días, sin que se le sometiera a juicio ni nada. Compartió la celda con un reporter de *Patria*, llamado Jesús Silva Herzog, a quien el atrabiliario Gavira pretendió llevar al paredón, según él mismo cuenta. Asegurada la plaza, urgía más carne de cañón para concluir de apabullar a los villistas en fuga. Otra leva, y el exsargento Petronilo Rojas pasó a engrosar las filas de la brigada de ese general. Lo acuartelaron en el de La Estacada; pero ahora como vil soldado raso de infantería y en el bando contrario. Poco duró con este uniforme. No faltó quien lo reconociera como uno de los secuaces del fiero Urbina y como autor de expolios y secuestros. Y fue condenado al paredón.

Puesto en capilla, se le concedió, como última gracia, despedirse de su anciana madre y recibir la absolución de algún sacerdo-

te. Lo que no se pudo. Eulalio Gutiérrez los expulsó casi a todos. Sólo se encontró a un lego, que por enfermo y viejo dejaron en San Luis. Con él platicó largo y tendido sobre su vida y fechorías y sobre el tesoro que su General Urbina le confió, con todas las señas del caso. El buen fraile, como pudo, escribió la relación. La copio tal como la escribió el anciano lego pocos días después.

“Esta es la relación que yo, fray Bernardino Pérez, de la Orden de Ntro. Seráfico Pe. Sn. Francisco escribí a pedimento de Petronilo Rojas, Sargento de la Brigada del Gral. Tomás Urbina, que fue fusilado en la penitenciaría de San Luis en la mañana del lunes 1o. de Septiembre de 1915 y tal como él me la dijo.”

“Mi General Urbina por el afecto que me agarró y porque me vió muy leal y muy valiente, me dió un morral de joyas para mí, que no sé cuanto valga, pero que son anillos, perlas, piedras de esas que llaman preciosas, de oro y plata y más cosas que no sé como les dicen. Este morral me lo dió mi General para mí y lo alcé en una olla vieja que tiene mocha una oreja, que enterré en el corral de mi madre, y también me dió un costalito con 50 centenarios de oro y otras monedas de plata. Los centenarios los alcé también en la olla y la plata la dejé en la casa en el baúl”.

“Como mi General me tenía mucha fe y confianza y me encargó mucho las cajas de municiones con el oro y con eso que digo y que lo enterrara donde nomás yo sé, y que dejara señales para que cuando él me los pidiera lo pudiera encontrar. Digo yo que como me van a fusilar quiero que mi General Urbina sepa que no me los robé porque me los dió a guardar y son de él. Y yo le pido al padrecito que me escriba esta relación y que cuando pueda se la mande a mi General y le diga por qué no se los puedo entregar, para que no vaya a pensar mal de mí y que lo traicione y me robé el encarguito que me hizo.”

“El morral que me dió mi General porque me agarró cariño y porque me vió muy valiente y muy leal, lo vacié en una olla que enterré en el corral, al otro lado de los chiqueros, abajo de la batea de piedra, como a tres cuartas de hondo, y lo tapé con un ladrillo al que le pinté una cruz con carbón. La plata que se me quedó en el baúl y también lo que por su buen corazón y por el afecto que me agarró mi General Urbina me dió, se lo dejo a mi madre para

que ella saque la olla con todo lo que tiene para que se acuerde de mí.”

“Lo de mi General que no sé cuanto es pero sí que en una caja están las monedas de oro y en otra están los anillos y en las otras las otras cosas que no sé que son, porque están como pulseras y relojes que dice mi General que son de oro. Estos llenaron una caja. Y en las otras unas cosas como agujas con unas bolitas y como pulseras y como aretes y otras cosas que no conozco pero que dice mi General que son de mucho valor. Todo está en las cajas envuelto en pedazos de colcha que así venían cuando confiscó muchas cosas de estas después que tomamos Zacatecas.”

“También se me quedó en el baúl una pistola que me dió mi General por lo bueno que es y porque me tiene fe de esas que les dicen col, con cachas de plata con adornos de oro y un sable que no sé con dibujos en las cachas y en la hoja que dice mi General Angeles que es de toledana y dos pares de espuelas de plata con dibujos iguales a los del sable que recogí en Zacatecas.”

“Porque no quiero que mi General piense mal de mí que lo robé cuantimeno por la fe que me tiene y porque él sabe bien que siempre le fui leal le encargo mucho padrecito que cuando vea a mi General le dé este papel en que le dirá donde enterré las cajas para que vea que sí cumplí con su encarguito y para que vea que soy muy hombre y que si no se las entrego es porque me van a fusilar.”

“Saliendo del Tecuán agarra por los Llanos de Paredes a un ladito de los fortines hasta el Santuario y allí camina por la vía que trae la piedra del rancho de Gordo y de allí al Aguaje y de allí a la Cantera y de allí a Arroyos donde había un retén y tuve que seguir por el camino que va a la Pila por un lado de la vía porque en la estación había otro resguardo y corté por la falda de la sierra que está al poniente y allí está el cerro del Calero y allí me anduve y allí me quedé. Como a 800 pasos bien dados al oriente del peñasco que dicen la Caja y en medio de los arroyos del Salto y Los Ahogados descubrí la mina abandonada que nunca dió nada que llaman de San José y que tiene una entrada en bajada y por allí arrastré las cajas y en una grieta que está acostada a ras del suelo y que no se ve porque la tapan los cascajos vacié las cajas y envolví las mone-

das y las demás cosas en los guangoches de colcha como si fueran tacos y los fui acomodando en la grieta y la tapé con el cascajo bien apretado y puse como señas una estaca clavada aquí la otra allá enfrente arriba de la lumbrera de modo que parece que no hay nada y maté un burro y con él tapé la entrada para que no se descubriera afuera quemé las tablas de las cajas y derrumbé piedras hasta donde está el burro muerto de manera que esta es una señal.”

“Después de días me volví por la sierra con los burros que me sobraron y anduve pepenando carbón y llené dos costales y me vine y fue cuando me agarraron los carrancistas porque por andar cumpliendo con el encargo de mi General Urbina no me di cuenta de a que hora se fue mi brigada.”

“Y ahora me van a fusilar por villista y me crimanan que yo anduve de ladrón cogiendo gente pero no cogí gente porque los ricos ya habían huído y mi capitán era el que los agarraba. También me crimanan que fui ordenanza de mi General y no lo confesé pero sí fuí. Yo nomás les dije que no y que no que nomás fuí villista que a fuerza porque me agarraron de leva cuando estuvieron en San Luis que mi oficio es carbonero pero no me quisieron creer.”

“Ora me van a fusilar por eso le ruego padrecito que cuando vuelva mi General le diga lo que me pasó y le dé el papel donde me hará el favor de escribir lo que le digo donde enterré sus monedas y sus cosas no vaya a pensar que lo traicioné y que me quedé con ellas y usté écheme su bendición.”

“Convento de Sn. Francisco de San Luis Potosí, a 8 de septiembre de 1915.— Fr. Bernardino Pérez.”

Por mera coincidencia, casi a la misma hora de esa mañana en que fusilaron a Petronilo, Villa, por las manos de Fierro, mató a su compadre Urbina.

EL TESORO DE MAGDALENO CEDILLO

Saquear, matar, incendiar y asaltar y volar trenes, era su especialidad. Lo hacían tan linda y prestamente, que no dejaban carro sano ni cosa de valor en ellos. Vaciaban lo mismo los vagones del Express que las faltriqueras del más humilde pasajero. Y no valían ruegos.

Bien a bien no se sabía por qué se metieron en la bola. Por odio, desde luego. Pero no se les veía programa. Primero, se levantaron en armas contra Madero; asesinado éste, la emprendieron contra Huerta; destronado el usurpador, se rebelaron contra Carranza y se pusieron del lado de don Victoriano; y, por fin, contra todos, haciendo causa común, de paso, con los villistas.

Con tanto enemigo al frente, les sobraban trenes qué asaltar y robar; y cuando no podían entretenerse con tan ruda diversión, incursionaban por Angostura, finca a la que le tenían especial inquina, por Río Verde, por el Valle del Maíz, por dondequiera que había algo que robar o "carrancear", como se decía muy exactamente entonces y se siguió diciendo después. Así, carranceando aquí y carranceando allá, apandaron un fabuloso tesoro, el famoso e inencontrado tesoro de Magdaleno Cedillo.

El primer robo de consideración fue en enero de 1913, días antes del cuartelazo de Victoriano Huerta, asalto que consagró a los Cedillo y los puso al nivel de la gente grande de la Revolución. Ese fue su "debut" en la deletérea guerra civil. En la Estación Tablas asaltaron y robaron el tren pasajero que venía de Tampico, apoderándose de más de ochocientos mil pesos en oro del gobier-

no federal; al mes siguiente, engrédos con tan buenos comienzos, un nuevo asalto al mismo tren les produjo otros cientos de miles de pesos; siguieron luego los meses, y siguieron los robos. Uno, el mejor, como se verá adelante, les dejó muy tranquilamente en sus manos más de un millón de pesos en reluciente oro, escondidos en unos tubos y que descubrieron por casualidad.

El amo y señor de todos esos hurtos, como también de la región, lo era Magdaleno. Saturnino, desde enero de 1913, estaba preso en San Luis, y era menos que sus terribles hermanos. Para 1915 volvió a la luz, se unieron a Villa y tomaron parte en la sanguinosa batalla de Ebano, que le costó la vida a Cleofas. Derrotados los villistas, la suerte de los Cedillo fue de mal en peor: ya no había qué carrancear, por una parte; por otra, los carranclanes los acosaban de continuo. Dos o tres intentonas de sumisión, quedaron en nada. Finalmente, en octubre de 1917, Rentería Luviano marchó muy decidido al Valle del Maíz, con la aviesa intención de acabar a Magdaleno, lo que logró después de unos días de corretearlo y al cabo de un cruento combate, una bala de cañón desgajó la piedra donde se defendía Magdaleno, lo hirió en la frente y lo tumbó agonizante. Al enfrentarse Rentería Luviano al cabecilla, le preguntó:

—¿Es usted Magdaleno Cedillo?

—Yo soy, respondió con altivez el moribundo.

—Tranquilícese, general; está entre hombres.

—Lástima que eso para nada me sirve.

—Sé —insinuó afectuosamente Rentería Luviano— que usted tiene por ahí un tesoro. . .

—¡Es cierto!

—¿Dónde?

—¡Búsquelo! . . .

No habló más. Murió antes de llegar al pueblo.

Desde entonces, parvadas de buscones andan tras de ese tesoro.

El mismo Saturnino lo buscó desesperadamente. Magdaleno lo enterró cuando vio que su estrella empezaba a perder su luz, sin comunicar nunca a nadie el lugar. Cuantos tomaron parte en el entierro, fueron asesinados luego por orden de Magdaleno. Provi-

dencialmente escapó uno que; años más tarde, escribió la siguiente relación, en la que se da santo y seña del monto del tesoro y del lugar del enterramiento. Ella dice así:

“Copia fiel de la historia que dejó escrita de su puño y letra Angel Benavides Hernández, originario de Jaumave y vecino de San Luis Potosí, desde el año de 1913 hasta el de 1917, en que empieza a vivir el calvario que ocupa este relato”.

“Yo, Angel Benavides, originario de Jaumave, Tamps., y avecinado en la ciudad de San Luis Potosí, desde el día 9 de febrero de 1913. Por haberse agotado el trabajo en aquel pueblo tan chicoteado por la revolución y por el peligro de tantos como entraban y salían, decidí salir a buscar mi vida en dicha ciudad. Corrían los primeros meses del año de 1917, o sea, el 19 de febrero de dicho año, y en la noche de ese día, aproximadamente a las ocho y media de la noche, estando cenando en unión de mi familia, llamaron muy fuerte a la puerta. Se levantó mi esposa y me dijo que preguntaban por el maestro Angel Benavides. Ese era yo. Me paré, mas al ver los dos señores que me buscaban que estábamos cenando, me dijeron que acabara, que el asunto que llevaban era un poco entretenido, que luego volvían. Los invitamos a tomar de nuestra humilde cena; y mientras se comían un taquito y cafesito, me fueron dando pormenores de lo que se trataba”.

“Sin mencionar nombres, me dijeron que el trabajo que querían era fuera de San Luis, que duraría fuera un mes o más. Mi señora nunca opinaba ni en favor ni en contra en mis asuntos, pero con una cruzada de los ojos me dió a entender que no aceptara; y como no se displayaban concretamente cuál era el trabajo que querían, hubo cierta desconfianza de nuestra parte”.

“Terminamos de tomar la humilde cena, y el señor don Santiago, que así lo llamó el otro compañero, me dijo: Mire, señor, comprendemos que usted y su familia desconfíen que nos acompañe así nomás. El patrón no quiere un albañil sino diez; pero andan otros compañeros buscando otros, y usted va a dejarle a su esposa y a sus muchachitos los centavos que traemos orden de darle por adelantado. Mire: el patrón dijo que al venirse con nosotros le diéramos \$150.00, pero eso no es todo. Al terminar el trabajo se traerá otro tanto; y si queda contento el patrón, será más del otro

tanto. Así es que usted diga. Pero si no quiere, no irá; díganos por favor, dónde hallamos otros maestros que quieran ir. Van a ganar todos lo mismo. Ahí diga”.

“Aquel ofrecimiento fue para mí una oportunidad que no quise dejar escapar, mayormente que en esos días conseguir trabajo para ganar siquiera tres pesos como maestro, era sacarse la lotería. Otro cambio de ojos entre mi señora y yo me hicieron comprender que ya ella había comprendido como yo, que ese dinero nos hacía falta, pues \$150.00 por un mes de trabajo era mucho dinero. Y era de oro, pues los billetes no tenían garantía”.

“Sin pensarlo mucho, acepté; y esa misma noche, dos horas después, salíamos rumbo a Tampico, por tren. Pero en la Estación de Tablas nos bajamos yo, don Santiago, otro compadre mío y el señor don Pedro Hernández, que después supe sus nombres y apellidos; los dos eran de San Juan del Llano”.

“Llegamos a la Estación de Tablas, seían las cuatro de la mañana. De ahí caminamos hasta las once de la mañana a la Hacienda de Palomas. Ahí conocimos al patrón de aquellos señores, el cual llamó a don Santiago compadre y al otro nada más ¿cómo te va, Pedro?”

“Hasta ahí las cosas. Después nos pasaron por orden de ese señor, que no fue otro que el general don Magdaleno Cedillo, a que nos dieran de almorzar. Por cierto que aún recuerdo aquel molcajete de salsa, la carne asada, el café con piloncillo y los frijolitos negros. todo mucho muy bueno. Tal vez por las horas que caminamos hasta un lugar llamado El Guajolote. De ahí ya nos dieron caballos. Estábamos terminando nuestro almuercito, cuando se presentó en la cocina el General, y le dijo al señor Santiago Torres Hernández: mire, compadre, acaben de almorzar, y me ven en la otra casa. Voy a ver a los otros señores albañiles, pues les quiero hablar del trabajo tan bueno que van a hacer. Nos paramos todos diciendo que ya habíamos terminado, pero él vió que todavía no acabábamos ni el café ni la comida, nos insistió en que termináramos, que no había prisa”.

“De modo que en diez minutos más ya íbamos al lugar que el general ordenó. Cuando llegamos, nos dijo una güerita, chatita, que su hermano nos esperaba en una pieza de la mentada casa,

nos indicó cuál era y nos hizo pasar, diciéndole a la señorita, casi niña, que se retirara”.

“Ya adentro salió un señor, al cual le dijo Manuel: Toma un banco y te sientas en la puerta, que no entre nadie; y tú, Pedro, acompaña a Manuel. Compadre, le dijo al señor don Santiago ¿les diste la cantidad que te indiqué a los señores albañiles al contratarlos? Sí, mi jefe, fue la contestación del señor Torres. Entonces se dirigió a nosotros, y nos interrogó que si estábamos conformes con la cantidad que dejamos en nuestras casas. A lo que contestamos que sí. Bueno, muchachos, se han de haber imaginado lo peor. Afortunadamente para ustedes, se trata de un trabajo muy fácil; no es una obra de arte, ni mucho menos, como de usar muchos niveles y escuadras. Vamos al grano”.

“Ustedes saben que si ofrecí por medio de otras personas que los contrataran, ofreciéndoles pagarles muy bien, no es tanto por la magnífica obra que vayan a emprender, no. Les dejaron un apunte, y van a ganar otro tanto o más, según la prisa que se den haciendo el trabajito; y mientras lo terminan, ténganlo presente, más pronto se ganan lo prometido y más pronto volverán a ver a sus mujeres y a sus muchachitos. De ustedes depende, ¿eh?”

“Si señor, contestamos en coro todos. Porque aparte de mi compadre Alfredo y de los otros ocho señores, que en paz descansen, me cuento yo, que después sabrán porqué quedé vivo de esta odisea que tanto, tanto he recordado siempre. ¡Cómo no la he de recordar, si nomás por tantito así y me matan a mi también!”

“El pobrecito de mi compadre Alfredo, que Dios tenga en su santa gloria, dejó su casa la noche del 19 de febrero, lleno de ilusiones, al igual que yo. Porque ahí dejamos a nuestros seres queridos yo y él, y a su pobre esposa con el fruto, un nonato, pues tenía apenas ocho meses de matrimoniado”.

“Seguiré con lo que suspendí. Después de los atentos ofrecimientos, nos dijo el General que descansáramos hasta la puesta del sol, pues saldríamos para un campamento al filo de las seis de la tarde. Exactamente a esa hora salimos a caballo, con la compañía del señor Santiago Torres y el señor Pedro Hernández, pariente del primero, y cuarenta hombres más que se nos unieron como

a los cinco minutos de haber abandonado la Hacienda de Palomas”.

“Me acuerdo que íbamos subiendo una loma, dejando a la izquierda un cerrito, cuando se metió el sol a espaldas de nosotros. El señor don Pedro se adelantó con nosotros y se quedó atrás el señor don Santiago. Y un detalle curioso: como a las ocho de la noche, que llegamos a un lugar llamado Monte Bello, entramos a una casa grande, donde ya estaba el mismo General don Magdaleno, junto con el señor Santiago Torres, que habíamos dejado atrás, al ocultarse el sol. Me imagino que han de haber cortado por alguna vereda de ellos conocida”.

“Ya en ese lugar donde tenía un cuartel General, a golpe de vista calculé como setecientos hombres, todos en actitud de salir a alguna parte, pues traían dos carrilleras cruzadas, con sus celdas llenas de cartuchos”.

“Hasta esos instantes no teníamos la certeza de que íbamos a hacer algún trabajo, más bien creía yo que éramos unos reclutas. Mas al darnos órdenes de que pasáramos a una casa a cenar, y no siendo con ninguna persona de las que atendían a los soldados, nos dimos cuenta que se nos daba mejor trato, y nunca llegó a insinuar el General que se nos dieran armas. Con lo que nos volvió el alma, pues mi compadre Alfredo y yo ya nos veíamos de revolucionarios. Hasta me dijo muy bajito: compadre, creo que ya nos agarraron de leva”.

“Después de cenar nos dijo el General que nos acomodáramos en una pajera a dormir un rato, pues tendríamos que caminar a la una o desde la madrugada. Así fue, a esa hora, aproximadamente, nos despertó sólo el par de hombres que nos trajeron de San Luis, y nos pusimos en camino, dimos vuelta a la derecha, dejamos otro rancho a nuestras espaldas y se veían muchas hogueras. Después supe que ahí acampaba gente del mismo General. Así caminamos rumbo a un cerro alto que se veía al frente de nosotros, entre puros arbolitos, palmas, espinos y muchas yerbas y nopales, hasta que llegamos a un cañón donde se veía la luz de una casita de palmas y palos. Nos detuvimos a cincuenta o sesenta metros, y el señor Pedro se quedó con nosotros y el señor Torres

se fue a dicha casa. Como al cuarto de hora regresó y nos dijo que buscáramos un lugar para recostarnos mientras amanecía”.

“Así lo hicimos. Todos los compañeros de oficio se durmieron, y yo, con el temor y miedo no pude dormir. En eso empezó a esclarecer, el cerro fue tomando forma, y ví que la mayor parte de su vestidura eran palmas y arbolillos de poca altura, biznaga, samandoque, espadines y una que otra lechuguilla, al igual que lunares de candelilla”.

“Se llegó el momento, y de aquella casa salió el General y nos llevó a una parte plana que hay al lado del oriente de donde se hallaba la casa, y ahí nos ordenó que nos sentáramos, y nos empezó a hablar: Miren, muchachos, ustedes no saben el trabajo que me dió hacerlos llegar hasta este lugar; y dirán que por qué traje gente de la ciudad si hay por aquí muchos ranchos y pueblos más cerca. Pero el caso es muy sencillo de comprender: yo no quiero que gente de los alrededores, ni menos de mis hombres que traigo para la defensa de la revolución, se enteren del trabajito que me van a hacer; quiero que aquí mi compadre el señor coronel don Santiago Torres y ese muchachito que lo acompaña, que es su primo, sean los que los vigilen para que no flojien. Vengan por acá. Caminamos a donde nos llamó, él iba adelante, y nos señaló el lugar donde quería que empezáramos a hacer una cueva artificial”.

“Aquí, muchachos, van a trabajar. Quiero un túnel de unos diez metros; quiero que entre los diez avancen un metro de fondo diario; creo que no es mucho pedirles, dos metros de altura por dos de ancho, aunque la entrada la hagan disimulada, de unos cuarenta a sesenta centímetros, para la hora de cerrar no les dé trabajo encontrar material para taparla. Aunque no les importa el objeto de esta excavación, les diré que va a ser el polvorín y el lugar donde voy a guardar las mejores armas y los cartuchos que les hemos quitado a los pelones. Hasta ese momento nos dió esa explicación. Y luego prosiguió: como hay tantos que pueden traicionarme, creo hacerles esta confidencia; pero como pienso recompensarles pagándoles muy bien por su trabajo, me veo obligado a hacerlos que me juren ante una Santa Cruz que no dirán nada a nadie de este trabajito; ni cuando pase la revolución y todo se haya calmado, pues quiero que las armas que aquí voy a guardar,

queden en eterno secreto. ¿Me oyeron? Sí, mi General, dijimos todos”.

“Bueno, a trabajar. El juramento lo harán cuando sea oportuno y cuando ya esté todo terminado. Fuímos a su casa a sacar las herramientas: picos, barras y palas; y por buena suerte, el lugar que eligió sólo tenía roca en un espesor de dos metros y una roca grande al entrar; así que el primer día de trabajo hicimos casi un cuarto de dos por dos; el segundo, al poco tiempo de sacar la tierra y piedras chicas, topamos con una capa de veta de pizarra en diagonal y se hicieron indispensables los marros de doce y ocho libras, de los cuales solo tenía dos y dos, pero así cuatro trabajaban y seis descansaban, por intervalos de media hora; y esa veta ya no dió oportunidad de avanzar lo que pensábamos. Afortunadamente buscamos el lado débil, y en seis días logramos vencerla y ya pudimos trabajar más a gusto y aventajar más del metro total, que en diez y siete días fue concluída la cueva o túnel que el General ordenó”.

“Luego de terminado aquello, nos mandó a su cuartel general en Monte Bello, y ya no nos dejó salir. Nos atendían muy bien en los alimentos y el dormir. Pero seis días después de nuestro descanso, me sorprendió y me dijo: Mire usted, don Miguel Angel, quiero que venga otra vez el campo donde me hicieron la cueva. ahora le toca a usted, y después vendrán sus compañeros. Con esto me pegó una mala corazonada y me entró harto miedo. Ora sí, pensé. Pero me encomendé a Dios y mi Madre Santísima de Guadalupe, y lo seguí, pues siempre andaban con él los dos de confianza, los señores Hernández y Torres. Ahí íbamos los cuatro, otra vez a la cueva. Y yo solo y mi alma entre ellos, encomendándome a Dios”.

“Llegamos amaneciendo a la cueva y ya dentro, estaban atrincherados hasta el techo como metro y medio de bultos, muy pesados. Estos no son rifles ni armas, pensé; lo que está dentro de esos bultos es otra cosa. El general ha de haber notado mi turbación, porque entonces me dijo que no me espantara, que me tenía demasiada fe y confianza, más que a ninguno de mis compañeros y que por ese motivo me traía a mi solo, para que yo acabara el trabajo sin ayuda de los demás, que al fin el coronel don Santiago, el

señor don Pedro, joven como de 22 años, y yo, volveríamos a tapar la entrada. Y luego me dijo: son exactamente doscientos costalitos y su contenido son puras monedas de oro, de a cincuenta pesos cada una; y no se me espante, señor don Miguel Angel, que tengo de todas las denominaciones. Así es que a recargar los bultos sobre esas piedras muy bien paradas”.

“Ya desde ese momento se me fue la tranquilidad. Me entró más miedo, ora sí, Miguel Angel, ya no volverás a ver ni a tu mujer ni a tus muchachitos; ora sí, Miguel Angel, despídete, porque estos te van a quebrar. No sabía si darle prisa o hacer maña acomodando los doscientos costales. Y me encomendaba más a Dios y a mi Madre Santísima y les echaba maldiciones”.

“Cuando acabamos de acomodar aquel tesoro tan grande, salimos de la cueva. El General tapó la entrada con unas ramas, y yo nomás esperando mi hora. ¿Pues qué más podía hacer? Y ni manera de correr por el monte. Así fue todo el camino del regreso a Monte Bello. Sentí un alivio cuando aparecieron las casas. Creo que siempre no, pensé”.

“El General ha de haber notado mi preocupación, porque el llegar a la hacienda me alentó contándome la forma en que logró aquella inmensidad de monedas y la forma de admirarse en que acarrearón aquel dinero. La conversación empezó así: no crea, amigo mío, que fue mi astucia la que me hizo dar con estos centavitos que estamos guardando. Yo, ciertamente, tengo muchos colaboradores en la causa y desde San Luis me telegrafiaban cuando va a Tampico alguna remesa para pagar los gringos petroleros a tantos que trabajan en las refinerías, pero ya va para cinco años que tenemos dándoles guerra a los trenes, y todos hemos sacado buena raja. Pero me cabe la satisfacción que un humilde muchachito de mi gente, tanto que lo dí de baja y se fue a Guajuato con su familia y un buen tambache de alazanas, porque gracias a él se descubrió el ayate más grande que hemos encontrado”.

“Olvidé por un momento mi preocupación y mi susto. Hasta me picó la curiosidad y llegué al extremo de preguntarle cómo estuvo ese logro. Y me dijo: pues mire, don Miguel Angel, para demostrarle que le he tenido estimación y ya no se preocupe de nada, súpalo de una vez: usted y sus compañeros van a llevar de ese

oro a sus familias, pero usted más que los demás, porque usted colaborará con nosotros, hasta tapar y dejar bien disimulado todo, y bajo el juramento que le voy a tomar, como al principio le pedí. ¿Enterado? Sí, mi General, yo le haré ese juramento, y nunca diré nada, porque creo en usted. Gracias, me dijo”.

“Bueno, siguió el General, quedamos en que despaché a Fortino, concediéndole su baja. Bueno, ese muchachito Fortino se fue dos días después de haber traído a Palomas el oro que en dos góndolas de ferrocarril iban a Tampico para pagar la liquidación de muchos meses de sueldo a más de cuatro mil trabajadores y para pagar al comercio tanto como les debían las compañías petroleras. Mis colaboradores en San Luis, apenas supieron de la remesa, me dieron el pitazo. De modo que yo ya sabía con anticipación que venía oro”.

“Esperamos dicho tren en la estación donde se bajaron ustedes cuando vinieron de San Luis, levantamos la vía, para que a fuerza se parara, y cuando llegó, agarramos a los de la escolta y a los de la tripulación y los encerramos en la Sala de Espera, sólo dejamos arriba al encargado del correo y del express y lo hicimos que abriera la caja de los valores, que resultaron una mierda, porque no llegaban ni a seis mil pesos. Volteamos cajas, asientos, revisamos los techos, y nada. Ya me había entrado coraje, y hasta asusté a la tripulación con fusilarlos si no decían dónde estaba el oro”.

“Como a las dos horas, que llega otro tren, pero carguero, y que ordeno registrarlo todo. Y nada, tampoco en ese venía nada. Bueno, dije, pues me hicieron. . . Ya me había conformado y mandé a mi gente clavar los rieles que habíamos quitado, cuando llega mi inolvidable Fortino y me dice al oído: mi General, no traigo más novedad que encontré lo que mandó buscar. Me fui con él, y que me señala un tubo que le gustó para asta de bandera, y que me dice: levántelo, mi General. Y que lo quiero levantar y que no puedo. Lo mismo le pasó a él cuando le gustó para asta de su bandera. Porque ha de saber usted, don Miguel Angel, que aquel muchachito, por ser tan tierno, lo traía yo de abanderado”.

“Bueno, pues Fortino quiso levantar el tubo, y no pudo. Que le pica la curiosidad, que le quita el yute en que venían envueltas las puntas y mira un tapón de barro; le pica con la daga, hasta

quitar el tapón, y que chorrea el oro. Así es que todos los tubos venían con las puntas enredadas en yute y luego tapadas con barro. Para no hacécela larga, le diré que los dos mil hombres que llevé por si venía mucha tropa resguardando el tren, apenas pudieron acarrear los tubos. Por fuerza tenían que descansar a cada rato. Veinte de mis hombres apenas podían con los gruesos; ocho, con los medianos; y los más delgados que eran los que traían las monedas más chicas, entre cuatro. Solamente veinticinco tubos venían vacíos en cada góndola; pero un total de doscientos, entre ellos de setenta y cinco de grueso calibre, eran como vigas de acero o rieles”.

“Yo me iba a dormir en esos días en una mesa de terreno que estaba frente de la casa, caminando hacia el poniente, y junto a mí el señor don Pedro, o sea, el sobrino de don Santiago, un joven el más reservado que he conocido, pues casi en un mes que estuve en su compañía, no me cruzó más de tres o cuatro palabras, y éramos compañeros. Por eso yo le tenía mucha desconfianza, pero da la casualidad de que así era con el Coronel y con el General”.

“Con eso de que nos tenían muy vigilados, no me pude dar cuenta de cuanta gente llegaba desde que anochecía, pero llegaban con mulas cargadas de dinero. Después de dos noches de dormir, volvimos a trabajar como desde la una de la mañana, acarreando costalitos de ixtle, que con dos de ellos apenas podía una bestia. Digo esto porque en un solo viaje que él arrimó, ya casi esclarecido, hasta la boca del arroyo, hasta donde pudo llegar la mula, sólo llevaba dos, y al descargarlos, sólo aguantaba uno cada hombre y con mucho sacrificio, de no poder caminar el solo con el dicho costalito. Había que acarrearlo entre dos”.

“De modo que yo me fatigaba mucho. Porque el señor General no quiso que nadie más supiera lo del entierro ese. Sólo a mí me tuvo confianza. Fueron muchas noches de trabajo; a veces, seguidas, a veces, dejando días de por medio. El total de bolsas que enterramos fue de 1171. La cantidad la dejé apuntada en una palma que queda al bajar del lugar donde dormía, pero que es la que está enfrente de la cueva y el número está viendo a la tapazón de la cueva”.

“Ya que empezamos a tapar la cueva por última vez, con una

piedra bola grandota, que entre los cuatro fuimos rodando hasta la boca, me extrañó que dejó 68 bolsas afuera, iguales a las que cerramos adentro. Pero luego me dijo: esto es lo que más trabajo nos va dar guardar, porque tengo que elegir los lugares. Pero ya está oscureciendo, ahora nos quedamos a dormir aquí mi compadre y yo, y usted y Pedro se van a su lugar, o sea, a la mesa donde está la palma en que, con un pedernal, gravé los números un día antes de abandonar ese lugar, o sea, el 27 de abril de 1917. Digo que con un pedernal, porque nos traían bien cuidados y no podíamos cargar ningún arma, ni siquiera una navaja ni lápices ni algo de papel”.

“Así pues fuimos al lugar donde descansábamos, y estábamos quedándonos dormidos cuando llegó el Coronel don Santiago y me dijo que me hablaba el General. Yo, con todo lo que había visto y oído, andaba con un sobresalto muy extraño, como con mucho miedo y sentía una inquietud terrible. Ya no me interesaba el oro que me había prometido el General, lo único que quería era seguir vivo. Aunque no me diera nada, con tal que me dejara libre. ¡Animas que salga con bien de ésta! decía yo. Fui encomendándome a Dios y pensando lo peor. Abría los ojos tratando de penetrar la oscuridad, porque me imaginaba, no sé por qué, que me iba a recibir con una descarga de pistola. Así pues, me anuncia al llegar a la choza o jacal que le servía de albergue a él, a su esposa enferma y a su cuñada Carmela. Salió y me recibió con pocas palabras: Mire, don Miguel Angel, le dí orden a mi compadre de que le fuera a hablar para que cene conmigo porque quiero agradecerle todo lo que me ha ayudado; pero después de cenar, vamos a aventajar lo último que hay que hacer”.

“Cenamos, y media hora después subimos por el arroyo del cañón unos doscientos metros de su casa hasta al pie de una roca que me llamó la atención, porque tiene unos agujeros que parecen ojos hechos con broca, pero son naturales. Allí escarbé como metro y medio, mientras él personalmente acarreó desde su casa ocho bolsas para enterrarlas, y me dijo que ese sería el trabajo de esa noche. Como yo solo hice la excavación y volví a tapar, la labor fue como de tres horas en total, y terminamos como a las cuatro de la mañana y me dijo que me fuera a descansar”.

“Cuando llegué a mi campito donde había dejado al compadre del General, ya no estaba dicho señor en él, solamente el señor don Pedro dormía, y ni me sintió. El cansancio me hizo dormir como hasta las siete y media de la mañana”.

“Seguiré relatando la odisea más triste del día de nuestra despedida. Fue el 29 de abril del propio año de 1917, muy de mañana, cuando salimos para el campamento de Monte Bello; tres personas nomás, el señor General, don Pedro y yo, pues el señor Santiago había ido a traer agua a la familia y llegó al campamento como cuatro horas después que nosotros. Cuando llegó, volví a ver que se iba al cuarto que le servía de despacho al General. Yo ya me había unido a mis colegas que, según me dijeron, estaban de lo más aburridos y enojados; pero tal vez ilusionados, como yo, de volver con nuestras familias. Mi compadre Alfredo me terqueaba que qué había hecho. Y yo, sin poder decir nada”.

“Así pues, se llegaron las cuatro de la tarde, y primero me habló a mí el General, entregándome una víbora de cuero, muy pesada, repleta de monedas de oro, y mandándome que la fajara bien abajo de las ropas, de modo que no la vieran los demás ni les dijera nada, porque me iba a dar otra en presencia de ellos. Delante de él me la puse y ante sus ojos y con aprobación quedó disimulada. Luego me fui a reunir con mis compañeros”.

“Al rato nos llamó a todos y que vemos sobre una mesa un Santo Cristo entre unas velas de cera. Nos esperaba el General, sin sombrero, y con él el señor Santiago, su compadre el coronel, en la misma solemne actitud. Nos dijo: señores, principalmente usted, don Miguel Angel, es mi voluntad pedirles ante este Santo Cristo una palabra de verdadera verdad, y esa palabra será el juramento que me asegure que nunca descubrirán a nadie el lugar donde me hicieron el trabajo que les encomendé. Que olvidarán para siempre ese lugar, y que ni a sus familiares les van a decir qué clase de trabajo han venido a hacer aquí. ¿Lo juran todos? Movimos la cabeza afirmando. Entonces yo levanté la mano y les dije a los demás: compañeros, un juramento ante nuestro Creador el Hijo de Dios y Dios mismo no se hace así nomás, se jura haciendo con la mano derecha la señal de la Cruz. Ya que este señor tan lleno de voluntad nos lo pide, yo pido a ustedes, compañeros, que contes-

ten conmigo; juramos cumplir, tal como el señor don Magdaleno Cedillo nos lo pide, y olvidar para siempre el lugar, tal como él lo desea, de modo que aquí no vimos nada, nada, ni hicimos nada. Todos contestaron en coro muy formales mis palabras. Acto seguido pregunté al señor General si estaba conforme, a lo que contestó: ¡Completamente!”

“Con estas palabras me volvió el alma al cuerpo y hasta me llené de ilusiones. Porque todos esos días, como yo era el único que sabía todo, andaba siempre con el Jesús en la boca, nomás esperando mi hora. Creo que hasta enflaqué. Pero ya con mi primera víbora bien escondida y con el sagrado juramento de por medio, ví que mis dudas eran mal fundadas. Hasta me dio vergüenza haber pensado mal de un señor tan bueno. De modo que allí yo era el que estaba más animoso y contento”.

“Luego, muy atento, como muy agradecido, nos fue entregando una víbora repleta a cada uno. Cumplió, pues, lo prometido. Y nos dijo: Ahora sí, mis buenos amigos, como ya están bien pagados, mejor de lo que esperaban, y todo va a quedar en el olvido, nos despedimos. Tal vez nunca nos volvamos a ver. Ustedes se van con sus familias y sus hijitos, yo me quedo en esta riesgosa profesión hasta el triunfo de las armas. Ya están listos veinte hombres para que los lleven sin ningún peligro; llevan instrucciones de dejarlos montar cuando ustedes lo soliciten para que se turnen los caballos y no se cansen. Adiós, pues, mis buenos amigos, y que Dios los lleve con bien. Nos dio un abrazo en la puerta y nos fuimos yendo”.

“Más adelante pasamos muy cerca de donde hicimos la excavación. Mis compañeros como iban muy contentos, han de haber creído que allí solo estarían enterradas las armas; pero yo sabía que nada de armas: allí estaban 1171 costalitos repletos de oro. Con todo y juramento, no se me olvidaba aquello. Hasta alcancé a divisar la palma donde apunté el número con un pedernal. Lo que no pude ver, fue los lugares donde enterramos los otros 68 costales, aunque yo no los escondí todos. Se me hace que el General se quedó con algunos para las providencias más urgentes”.

“Ya habíamos caminado casi dos horas. Al menos eso me pareció a mí, porque ya había oscurecido. Entonces me entraron

unas ganas muy fuertes de una necesidad, como no me habían dado antes. Ha de haber sido porque, con el miedo, andaba todo fruncido, y entonces iba muy contento, pensando en lo bueno que era el General y en lo mal pensado que fui yo. Me acuerdo que me tocaba y me tocaba las víboras, calculando lo que llevaba y lo que iba a comprar con eso. Como digo, me fui quedando atrás para desempeñar esa dicha necesidad, que a cada paso se hacía más fuerte. Y hé aquí el milagro de Dios. Así lo creo yo, me valió haberme encomendado tanto a mi Madre Santísima”.

“Habrían pasado unos cinco minutos. Me estaba fajando mi segunda víbora y yo muy desahogado y satisfecho, cuando oigo una terrible balacera y gritos de ¡ay! y otras cosas. Después, nada. De pronto, como me cogió de improviso el susto, que me quedé tieso, pero luego, que corro para el otro lado, o sea, del lado donde veníamos, hasta encontrar unas piedras grandes y me encerré en ellas, tapándome con follaje. El corazón me latía fuerte, fuerte, no sé si por la carrera entre las piedras y la oscuridad o por el miedo. Lo cierto es que estaba yo tiemble y tiemble. Con eso hasta las ramas se movían. No podía estar quieto, pero el miedo me hacía estar allí, muy silencito. Por dentro encomendándome más y más a Dios y a los Santos”.

“Mi escondite distaba del camino a lo sumo unos diez metros. Casi terminando de esconderme, oí las pisadas de los caballos que regresaban y se pararon muy cerca de donde yo estaba, pues percibí las voces. En eso que oigo otra vez más tiros, pero salteados, como si los dispararan uno por uno. Ellos no se movieron, pero a mí me entró más miedo. Nomás falta que me encuentren, pensaba yo, y le rogaba a la Virgencita de San Juan y a mi Madre de Guadalupe, así como estaba, engarrñado entre las piedras y las yerbas, que a mí no me encontraran. Que no se les ocurra contarlos, que no los cuenten, Madre mía, porque entonces verán que no estoy yo. Que no los cuenten. . .”

“Al rato llegó otro de a caballo, al galope, diciendo que la orden estaba cumplida. Entonces una voz le preguntó si estaba seguro de que ninguno se movía. A lo que contestó: no, mi teniente, si casi les volé la mollera a todos. ¡Pobres vales!”

“Entonces dijo: regrésense tres con el sargento y cuiden bien

los muertitos. No se les vaya ocurrir sacarles ni una moneda de las que les haya pagado el General, pues a la mejor las tiene contadas. Y ya saben que a él no le gusta que nadie robe, y menos a los muertitos. Vamos a rendirle el parte, a ver que ordena. Se fueron de regreso los que mandó el teniente, y luego se alejaron”.

“Con el miedo, ni me acordé que entre los muertos iba mi compadre Alfredo. Cuando calculé que ya iban lejos, muy despacito saí de mi escondite y volví a correr, pero por otro rumbo, por donde yo sabía que no había nadie. Así tres noches completas, escondiéndome de día, sin comer nada. Ni hambre me daba. Lo que yo quería era ponerme lejos del General, que para esas horas ya sabía que yo había escapado con vida. Y más que yo era el único que sabía todo, ni siquiera el señor don Santiago y el señor don Pedro sabían tanto como yo. Ese era mi pendiente. Por fin, después de los tres días de caminar y de esconderme, llegué a la Estación Valles, en donde abordé el tren para Tampico. Ahí después de diez días, saí pagándole al maquinista de un barco que llevaba petróleo para el Norte y ayudándole a atizar las calderas. Así llegamos, como a los siete días, a Corpus Christi. Luego me cambié el nombre, y de ahí para acá me llamo Rosendo González”.

Después de tres cuartos de siglo de que Magdaleno Cedillo escondió su enorme tesoro y de tanta búsqueda infructífera, sólo una cosa ha sido descubierta: la palma donde está grabado el total de bolsas o costales de ixtle escondidas por Miguel Angel, 1171, todas ellas repletas de oro.

La mentada palma y la cantidad grabada en ella, la vio y estudió el Sr. cura D. Benjamín Cabrera, párroco que fue de Ciudad del Maíz, S. L. P., quien me proporcionó esta relación en 1967.

EL TESORO DEL JUEGO DE BARRAS

De los fantásticos tesoros soterrados en toda la extensión de San Luis, ninguno tan valioso por su cuantía y ubicación, como el del temible capitán de bandoleros Pedro de Astorga. Poco, que conste fehacientemente, se sabe de este famoso salteador. Sólo que vivió en nuestra región, que se agavilló con maleantes de la peor ralea, que La Acordada y las Milicias Provinciales de San Carlos le tornaron la vida imposible, que regresó muy enriquecido a su natal España y que por allá escribió muy en secreto la relación de sus caudales y del lugar donde los escondió.

Por luengos años el olvido tapó el tesoro y su memoria. Pero, acabadas las sangrientas guerras civiles y con la paz porfiriana, que dio seguridad a caminos y ranchos y pueblos, empezaron a aparecer "Relaciones" de tesoros y, por consiguiente, la golosa apetencia de dar con ellos. El descubrimiento, las más veces fortuito, de algún cántaro repleto de doblones o de algún lingote de oro o de algún taleguillo con alhajas, avivó el ansia y amacizó las esperanzas de encontrar lo que no perdieron. Se constituyeron, a escondidas o a sabiendas de sólo unos pocos, en privado o públicamente, con notario que diera fe, varias sociedades con el fin de explorar y descubrir tesoros. Con semejante ambición, desde fines del siglo pasado hasta que la revolución los aplacó, anduvo en estas danzas mucha gente, de gobernadores abajo.

El buscador más activo y del que se conservan más testimonios fue don Rodrigo Quezada, platero de oficio, que promovió y encabezó varias asociaciones de éstas. A través de lo estatuido y de

lo publicado en diferentes años, se fue hilvanando la historia de Pedro de Astorga y de su tesoro enterrado en el Juego de Barras, en la Sierra de San Miguelito.

Hacia 1890, después de mucho buscar, muy en secreto y con sólo uno o dos socios, y después de haber invertido muchos reales, don Rodrigo cayó en la cuenta de que, si lo descubierto lo acerca más y más al ansiado tesoro, eso mismo reclamaba una inversión superior a sus posibles. Compelido por las circunstancias y muy contra su voluntad, tuvo que acudir a las mejores aldabas y compartir su afán con extraños. No se anduvo por las ramas. Con sesudos considerandos tupidos de maciza erudición, empleando todos sus ingenios y batiendo lo conjeturable con lo cierto, embarcó en la aventura a distinguidas personas de pro, y ante el Notario Público Don Jesús Undiano, reunió —nada menos— que a “los señores don Blas Escontría, casado, ingeniero y actual Gobernador del Estado, don Antonio de P. Rodríguez, abogado, casado, y Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia del Estado, don José J. Robledo, casado y comerciante, don J. E. Schreder, casado y comerciante, don J. D. Wilson, casado y tenedor de libros, don E. L. Wilson, casado y conductor, y don Rodrigo Quezada, casado y platero, don Juan Magaldi, casado y comerciante, don Vicente Pasquali, casado y cobrero, don Eugenio de la Vega, casado y propietario, don Amadeo Ortíz, casado y propietario, y don Francisco Treni, casado y cobrero.”

El objeto de tal reunión —lo dice el acta— fue “que desde el mes de septiembre del año próximo pasado, se reunieron formando una asociación con el objeto de explorar y explotar tesoros y minas ocultos dentro de los límites del Estado de San Luis Potosí, habiendo emprendido al efecto y con las autorizaciones respectivas, algunos trabajos a tal fin encaminados, erogando gastos; que hoy, deseando dar una forma legal a tal asociación, elevándola a escritura pública. . . Acordaron, pues, fundar una sociedad anónima por acciones que se denominará “Compañía Exploradora y Explotadora de Minas y Tesoros Ocultos”, con su respectivo Consejo de Administración, integrado por los señores Juan Magaldi, presidente, José J. Robledo y Vicente Pasquali, vocales”.

El capital social fue de \$1,000.00, repartido en veinte ac-

ciones. Don Juan Magaldi suscribió cuatro acciones, don Vicente Pasquali, tres, y los demás una cada uno. O sea, cincuenta pesos por cabeza.

Fundada la sociedad y con tamaño capital como soporte, se reanudó, con tanta seguridad como entusiasmo, la exploración del Juego de Barras. En eso estaban, y antes de que corriera un par de meses, la Directiva recibió una sorpresiva visita de dos alemanes: los señores Nicolas von Rossum y Federico Stein Koueger, provenientes de Iguala, Gro., con un atento oficio en el que pedían se les diera lugar en la compañía.

Decía el citado oficio: “. . . Teniendo conocimiento de que esa H. Compañía ha denunciado unos tesoros que existen en el Juego de Barras, denominado Tesoro de Astorga, nosotros los que suscribimos, proponemos en el nombre nuestro y de otros nuestros socios, solicitar de esa Compañía las siguientes concesiones:”

“Primero. Solicitamos se nos conceda el derecho de trabajar por seis meses, a contar desde el día de la fecha de la concesión, en el terreno o terrenos apropiados, a fin de buscar y extraer si es posible, tales tesoros.”

“Segunda. Todos los gastos de excavación, indemnización por desperfectos, escritura, honorarios de interventor y demás gastos que se originen hasta descubrir el tesoro, serán de nuestra exclusiva cuenta.”

“Tercera. En caso de que lleguemos a descubrir algún tesoro, deduciendo de él la parte que corresponde al Gobierno y al dueño del terreno, en caso de que la invención se verifique en terreno particular, también los gastos de extraer, cuidar y transportar, dividiremos lo demás por la mitad exactamente entre la Compañía y nosotros. . .”

La Directiva, que por años había trabajado en la búsqueda del tesoro muy agobiada por estrecheces y menguas, vio el cielo abierto. Citó al Consejo de Administración, leyeron la oferta y, sin más, aceptaron y acudieron al notario para formalizar el contrato.

Después de tres años más, no sabemos a qué ritmo, no se había logrado gran cosa. Al parecer, los demás socios desertaron y sólo quedaban en 1902, los señores Magaldi, Pasquali, Robledo y Quezada. Ante notario declararon concluido el plazo de la conce-

sión y firmaron nueva escritura, sobre estas cláusulas propuestas por el señor Quezada:

“Primera. Los tesoros que descubra el señor Quezada se dividirán en dos partes iguales, siendo una para la Compañía y otra para el señor Quezada.— Segunda. De lo que se descubra se pagarán las partes que correspondan al Fisco y al dueño del terreno, y el resto se dividirá como queda estipulado.— Tercera. Los gastos que originen las investigación y demás necesarios hasta la expiración de este contrato, serán de la exclusiva cuenta del señor Quezada.—Cuarta. El Señor Quezada queda facultado para formar por su parte la compañía o compañías que estime necesarias, quedando entendido que los beneficios que ofrezca a las compañías que formare, serán de la parte que a él le toque conforme a las cláusulas primera y segunda.— Quinta. Este contrato durará tres meses. . .”

El señor Quezada se quedó como dueño único de la concesión y de la compañía. Magaldi y Pasquali, tan empeñosos en un principio, se retiraron. Pero aquél necesitaba urgentemente socios capitalistas. Dos días después los consiguió. Estos fueron: Dr. Jesús E. Monjarás, Profr. Farmacéutico Rafael Rodríguez, D. Agustín de la Vega y D. Marcos Lachica, y ante notario convinieron en constituir una sociedad “con el objeto de hacer la exploración y explotación de las minas y tesoros ocultos que se encuentren o descubran en la Sierra de San Miguelito. . . El capital destinado es la cantidad de \$220.00. . . El señor Quezada contribuye con su trabajo y se compromete a dirigir personalmente los trabajos. . .”

A los tres meses concluyó este último contrato. Quezada, entonces, se quedó sin socios formales. Pero no desmayó, a su costa, con intermitencias, continuó la búsqueda con indesviable pertinacia.

Después de doce años de tercas, pacientes e inútiles exploraciones, tocando puertas y más puertas, el asunto del tesoro del Juego de Barras o de Astorga, dejó de ser un recatado secreto. Y más cuando un *reporter*, en 1910, divulgó todo lo que se sabía y decía del mentado tesoro.

“Como llegase a nuestro conocimiento —informó— que una compañía en la que figura como interventor del Gobierno de San

Luis D. Amado Galván, formada por D. Rodrigo Quezada, poseedor de interesante documento legado a la posteridad por el bandido Pedro Astorga, trabajaba en Juego de Barras, punto distante de San Luis unas siete leguas y en descubrir cuantioso tesoro de dicho bandolero; dado lo novelesco del asunto, nos propusimos indagar cuanto de cierto hubiera, viéndose al final coronada nuestra labor reporteril con el mejor de los éxitos.” Y en seguida publicó lo dicho por don Secundino Terán, “persona conocidísima en esta ciudad” . . .

Según este anónimo *reporter*, Quezada se apoyó en un documento escrito por el capitán de bandoleros Pedro Astorga, en el que explicó “lo del tesoro por él enterrado en la Serranía de San Miguelito, en el punto conocido por Juego de Barras”. El tal capitán en su cuadrilla tenía como auscultas a un sujeto apodado El Santero, el cual se desempeñaba como gran señor por sus relaciones con la crema y nata de la sociedad y por lo galano y dispensioso.

Apenas este soplón sabía que alguna conducta proveniente del Cerro de San Pedro, de San Mañas de Sierra de Pinos, de Santa María de las Charcas, del Real de Catorce, de Mazapil y aún de más allá pasaría por los dominios de Astorga, inmediatamente ponía la noticia en la oreja del cabecilla. La ruta del viaje para soltar el chisme, era Escalerillas, Cerro de los Organos, Ciénega del Pueblo y Juego de Barras. A veces interceptaban el acarreo en los planes de los Ojuelos o de Arriaga —llamada entonces Hacienda de Gallinas— o de Ahualulco de Pinos o más acá, en el valle de San Luis. De allí los llevaban a ocultar en el Juego de Barras.

Treinta y dos años de su pernicioso vida empleó este salteador atracando recuas y conductas. En los largos días de inactividad, la gavilla se dedicaba a ampliar su guarida y a hacerla confortable o a jugar las barras de plata en entretenimientos de azar. De ahí el nombre Juego de Barras. Uno que otro de los mismos, también enterraba lo suyo en las oquedades que descubrían o labraban en la región.

Legó el día en que Astorga se sintió completo de años y de riqueza y decidió apartarse de su pérfido ejercicio. No porque su conciencia le dijera que traía muy apodrecida el alma. Al contrario,

para descansar de tantos años de tan fatigosos afanes y darse por entero a los deleites y gozos de todos los sentidos. Sobre esto, como en la Sala del Crimen cada día se abultaba más el expediente de sus asaltos y fechorías, por lo que el Intendente de San Luis ordenó a su milicias estrechar los garfios alrededor de la gavilla, decidió licenciarla.

Para entonces ésta se encontraba muy mermada. La mitad se había quedado penduleando en los árboles con la soga en el pescuezo o, malheridos en las refriegas, habían acabado en la caverna donde los atendía la curandera del equipo. De la cuadrilla original sólo sobrevivían cinco españoles, y con Astorga, seis, y otros tantos criollos y mestizos. En santa armonía y cordialidad, sin sombra de desaveniencia, conscientes de que había llegado la hora, compartieron el cuantioso botín. Astorga, a fuer de capitán, se reservó la mejor parte. Hecha la partición, los nacidos acá agarraron su camino con sus talegos y barras a cuestas; los nacidos allá, en ultramar, se quedaron a la espera de cierta nao que los iba a repatriar sin los riesgos de la aduana de Veracruz.

En eso cayó El Santero en la madriguera de Astorga. Traía la nueva de que una conducta extraordinaria, cargada de barras de oro y plata venía camino de México. Como el capitán ya había clausurado su oficina y liquidado a sus socios, se resistió a emprender esta última rapiña. Además, los que aún permanecían con él, eran pocos. El Santero insistió, con muy persuasivas alegaciones; la sosegada ambición se alborotó y alborotó al mismo capitán.

El golpe acabó mal. Como se dio en las goteras de San Francisco de los Pozos, las milicias de la Legión de San Carlos acudieron a copar a los malandrines y les dieron alcance cuando remontaban la Sierra en dirección a su abrigadero natural. Ante el acoso y la dificultad de arrear las seis mulas que habían cortado de la conducta, Astorga ordenó que vaciaran la carga en el Ojo de Agua del Peral, "punto que yo conozco y he sondeado", aclaró el señor Terán.

De modo es que el tesoro del Juego de Barras no es uno, son varios: el principal, que Astorga escondió allí; el de estas seis mulas cortadas; y los otros menores que los secuaces, cada uno por su cuenta, formó con sus ahorros.

En seguida del descalabro, descubierta la guarida, los bandidos sobrevivientes ya no pudieron recobrar el grueso del tesoro. Apresuraron su regreso a España, pero no en pelo, sino muy bien aforrados con las sobras que tenían, por si acaso, en las estribaciones lejanas de la Sierra y en el propio valle de San Luis. Hace años un campesino encontró una barra de oro en un viejísimo hoyo de coyote, en el camino de Pozos a San José de la Carrera —hoy Zaragoza—. A juzgar por la fecha “marcada”, era una de las que tiraron los secuaces de Astorga en su brusca huída.

“La relación —de acuerdo con lo que publicó el dicho *reporter*— que buscan Rodrigo Quezada y socios, es la principal, y cuyas señas el propio bandido legó en el documento que dice así: “Adelante de Arroyos y en el llamado Cerro de Guzmán, el buscador encontrará en todo el cerro un solo árbol. (En efecto, uno solo hay, porque yo lo he visto, afirmó el Sr. Terán). Se medirán quince cordeles desde el árbol hasta por donde el sol sale en el mes de mayo, y se dará con una barranca (que yo también he visto, añadió); y ahí es donde debe escarbarse hasta dar con el subterráneo, que debe ser enorme y al que conducen grandes y bien fabricadas escaleras de calicanto. . . .”

“Aquí consideramos necesario —apercibe el *reporter*— interrumpir la interesante relación hecha por el señor Secundino Terán, para dar cuenta del viaje llevado a cabo por el reportero nombrado al efecto. Serían las cuatro de la mañana de ayer, cuando salió rumbo a la hacienda de Jesús María. La luna era espléndida, y así fue como, caminando tan de prisa del día, el *reporter* pudo llegar a la finca aludida, cuando el sol apenas dibujaba los rosicleres de un crepúsculo sepia hiemal. Ahí preguntó por el Juego de Barras.”

“—Está muy cerca, le contestaron; entre la serranía.”

“Le agregaron mil direcciones; pero como el tiempo urgía y no era cosa de extraviarse en el camino, buscó un guía. Al ver el reluciente peso en manos de nuestro empleado, no faltó quien se ofreciera, empezándose desde luego la caminata. Subiendo escarpados cerros y saliendo de una cañada para entrar en otra, en una hora escasa nuestro *reporter* estaba ya en el consabido Juego de Barras.”

“Nos fue fácil dar con el lugar donde se practican las excavaciones, en cuyo trabajo se emplean varios hombres. Se lleva ya largo tiempo de trabajar, y es seguro que se dará, si no con un tesoro, cuando menos con la famosa guarida del no menos célebre Pedro Astorga. Actualmente se trabaja por destruir una gran escalera perfectamente cerrada, seguramente por el mismo bandido, con grandes bloques de piedra labrada, pegados con un cemento antiguo, tan fuerte, que mejor que el pico, se hace necesario emplear la dinamita. Los trabajos son muy activos, y repetimos, dado lo que personalmente pudimos observar, el señor Quezada va por buen camino.”

“Vuelve a hablar el señor Terán. Hacia el mediodía ya estaba de regreso nuestro *reporter*, muy satisfecho del resultado de su misión, viéndonos obligados por la forma de este reportazgo, a ceder nuevamente la palabra a nuestro amable entrevistado don Secundino”.

“Cuando este caballero nos dio el último dato sobre lo que sabía en lo referente al tesoro de Astorga, o tesoros, ya que deben ser dos, se dirigió a su escritorio, y de entre un sobre sacó un amarillento papel que empezó a leernos. Es el que a continuación copiamos, y el cual nos dice le fue legado, junto con unos títulos del pueblo de San Juan de Guadalupe, encuadernados en pergamino, y que también nos mostró, por un viejecito gran amigo suyo, que ya murió. Con respecto a este interesante documento, que muestra las señales donde estuvo el sello de que allí mismo se habla, agrega, que cuando él era muy muchacho y caminaba por las serranías de San Miguelito, un viejecillo al que llamaban el Tío Tomás del Aire, decía a cuantos le preguntaban qué buscaba:”

“—Una cruz en una peña, y el día que la halle, se nos acaba lo pobre.”

“El Tío Tomás del Aire murió sin encontrarla ¿y que, quizá, no sea la misma de que habla el documento que a continuación copiamos?”

“Gracias a la amabilidad del Sr. Terán, el documento a que nos contraemos quedará en nuestro poder por una semana, y quien guste verlo, no tiene más que pasar a nuestra redacción y solicitarlo.”

Dice así:"

"Relación que da el Padre Fray Antonio de Gálvez, de un tesoro sepultado en la Sierra de San Miguelito, y es como sigue:"

"Yo, Fr. Antonio Gálvez, de la Regular Observancia de Nuestro Seráfico P.S. Francisco, Chronista desta Santa Provincia de Zacatecas y actual morador deste convento de San Francisco de San Luis Potosí, su hijo Guardián, &."

"En el Nombre de la Santísima Trinidad, solemnemente juro que en la tarde del 4 de Enero de este presente año, confecé y puse Oleos a María Cabrera, natural del rancho de Ojo Caliente, y hoy ya difunta, la cual me autorizó en "articulo mortis" para que a su muerte hiciera pública su confesión en lo relativo a un cierto tesoro que ocultó en la Sierra de San Miguelito su marido el capitán de ladrones Jaime Arteaga y Molina, el cual pereció en un encuentro con tropas del Rey en un robo hecho en la hacienda de Gorrón el año de 1791."

"Para descubrir ese tesoro, según confesión de dicha María Cabrera, hay que ir a la Sierra de San Miguelito y llegar a la Cañada del Lobo y allí buscar unos dos cantiles que llaman del Acuexcomatl o Piedras de la Luna, y colocarse en el lugar preciso en que se vea el último cuerpo y cruz de la parroquia de San Luis. Ya estando allí se voltea sobre la izquierda y se camina hasta el recodo en que está un mesquite cuate y cuyo recodo llaman los de los lugares cercanos las tierras de Hanamacantilla o Rinconada de San Diego."

"Estando allí busca una cruz doble ansi † grabada en las rocas que ven al poniente y desde allí cuenta diez y seis pasos y escarba y encontrarás huellas de una escalera de palo de las llamadas de mano. Sigue escarbando hasta donde acabe la escalera y encontrarás una losa grande con dos argoyas de fierro, quitáles y encontrarás:"

"Diez y seis barras de plata robadas a la conducta de Juan Serrano. Once barras de oro, robadas a la conducta que mandaba de San Pedro don Atenogénes Montiel. Seis barras dobles de plata que trajo Manuel Mercado, llamado El Maicero, las que les robó por Guanajuato. Diez y nueve bultos de ropa fina que robó dicho Manuel Delfino Mercado a los atajos de Adolfo Chávez. La custodia de oro que dicho Delfino Mercado robó a la Iglesia de Santa

Maña del Río. Otra custodia de plata y dos cálices robados a la Iglesia de San Miguel el Grande. Un cáliz y un copón de plata, robados por Delfino Mercado a la Iglesia de la Merced de San Luis Potosí. Nueve talegos de a mil pesos y tres chicos de manta con 500 ps. cada uno robados a unos carros de Simón Haro, de Celaya.”

“Devuélvase a las Iglesias respectivas sus alahajas sagradas y lo demás lo disfrute en paz de Dios quien tal tesoro encontrare, tocando a su conciencia socorrer a este convento de San Francisco, según su piedad y caridad.”

“En este convento de San Francisco de San Luis Potosí, firmado de mi mano y sellado con el Sello de mi Oficio, a 24 de junio de 1797 años.—Fr. Anto. de Gálvez.”

Hasta aquí el *reporter*. Este fray Antonio Gálvez que cita el documento, en 1791 andaba por los 52 años de su edad. En 1811 se vio en líos con la justicia “por afecto a la insurrección”. Continuó la crónica franciscana de fray José Arlegui. Murió muy viejo, por 1830 o después. Por último, la parroquia de San Luis en esas fechas era la actual Catedral, y sólo tenía una torre, la del lado sur.

La publicación de este “reportazgo” alborotó al cotarro de buscadores. Don Rodrigo Quezada se vio asediado por una gran turba de ambiciosos: unos solicitaban acciones; otros, ofrecían sus brazos; otros más, metían aguja para sacar hebra; y todavía otros, merodeaban por los cerros espionando o esculcando por su cuenta afuera de los límites denunciados y vigilados por guardias rurales.

El dicho *reporter*, ejecutor de tal desasosiego, también sufrió el acoso popular y tuvo que investigar más para ampliar su noticia. Fue cuando añadió lo siguiente:

“Los bandoleros, al regresar a España, llevaban su plan. Sabían que estaba próxima la jura de Carlos IV y se propusieron aprovecharla para conseguir su indulto. Ya en la Península se dirigieron al Ministro Godoy, Príncipe de la Paz, y le ofrecieron por el anhelado indulto, extenderle un documento cediéndole los millones de pesos que tenían guardados en el Juego de Barras, con el santo y seña correspondiente para hallarlos. Y el príncipe logró al fin de Carlos IV el indulto para los célebres bandoleros.”

“¿Y el documento? interrogarán los lectores. Pues la interesante relación, es justamente la que obra en poder de la Compañía

que trata de hallar el tesoro, y que es tan auténtica, como que tiene estampada la firma de Carlos VII, o sea, el pretendiente, ya difunto, al trono de España. y mejor conocido como Don Carlos de Borbón (1848-1909). Y pasando también el tiempo, el pretendiente hizo donación de este documento en favor de su ayudante predilecto, un joven, en aquel tiempo, de apellido Castañeda, y que fue bien conocido en esta Ciudad en época del Gobierno de Don Carlos Díez Gutiérrez. Años después de que Don Carlos visitara nuestra República, llegó a esta Capital el joven Castañeda acompañado de su familia. Pidió una audiencia al Gobernador y le mostró los documentos que obraban en su poder y obsequio de dicho pretendiente. Díez Gutiérrez se entusiasmó e inmediatamente trató de organizar la Compañía, siendo justamente uno de los socios el Sr. D. Manuel Muro.” (El cual aún vivía cuando se publicó esta noticia, ya que falleció en octubre de 1911).

“Se nombró como interventor del Gobierno al Coronel Marcos Herrera; pero a pesar del dinero gastado y del mucho tiempo que se llevaron los trabajos de excavación, no se logró encontrar nada, aunque los trabajos, a la muerte de don Carlos (agosto de 1898), que fue cuando se paralizaron los trabajos, decían los expertos que iban por muy buen camino”.

“La Compañía organizada por el Sr. Quezada, que actualmente trabaja en el mismo lugar, cree que también va por buen camino; y nosotros, que hemos visto los resultados de la exploración, entendemos que no van errados los buscadores.”

Con tales noticias, Quezada y compañía prosiguieron con mayor denuedo las erogaciones, las exploraciones y las excavaciones. Cuanto más corría el tiempo —doce años seguidos—, más cerca se sentían de la meta. La presión popular también recrecía, y don Rodrigo se vio forzado a explicar. Lo que entonces confesó fue:

“En la época en que vino el pretendiente a la corona de España Don Carlos de Borbón a visitar nuestra República, estaba don Joaquín Castañeda en México ayudando a decorar uno de los salones del Palacio Nacional. Como se portaba bien, no era tonto y tenía fácil palabra, se hizo amigo de los camaristas del Señor Don Carlos a quien por ellos fue presentado. Después de algunos días, ya en vísperas de regresar a su país invitó el Señor de Borbón al Sr.

Castañeda a que fuera a Madrid. Aceptó este señor la invitación haciendo el viaje a expensas del Sr. Borbón. Habiendo llegado a Madrid, el Sr. de Borbón alojó al Sr. Castañeda en el piso bajo de su palacio. Como tenía fácil acceso a aquel recinto, con frecuencia visitaba el Museo de antigüedades, y en una ocasión se encontró el documento de la relación de Astorga, según el mismo Castañeda lo contó a sus amigos, algunos de los cuales aún viven, con estas palabras:”

“Visitando el Museo de antigüedades del Sr. D. Carlos, al recorrer los aparadores donde se encontraban los libros antiguos, de cada uno de los cuales colgaban una etiquetas en las que estaba anotado lo que contenían, al tomar uno voltee la etiqueta y con sorpresa ví que decía: Relación del tesoro de la Sierra de San Miguel de San Luis Potosí”.

“Yo, que algo sabía y conocía de la historia de ese tesoro, lo saqué, lo leí y me vino la mala intención de apoderarme de él. Cuando lo acabé de leer, volví a depositarlo en el mismo lugar de donde lo había hallado y sólo esperaba la hora oportuna de poderme echar a la bolsa. Después de esto permanecí allí un poco más de tiempo. Seis meses después regresé a México, sin haberme costado el viaje y la estancia en Madrid ni un solo centavo. Al llegar yo a México fui a ver a un amigo mío, le enseñé el documento, formé compañía con él y nos venimos para San Luis Potosí.”

“Ya se sabe —prosigue Quezada— que el Sr. Castañeda llegó aquí acompañado de un señor de México, cuyo nombre no recuerdo y formaron compañía con los señores don Pedro Díez Gutiérrez, que era en esa época gobernador, don Manuel Solano y don Francisco Martínez, con el señor de México como socios capitalistas, siendo socio industrial el Sr. Castañeda, quien tenía su participio aviado. Luego que fue formada la Compañía, se dio principio al trabajo en el cerro denominado Juego de Barras. Hay que advertir que son tres juegos de barras, porque así lo refiere el documento a que antes se ha hecho referencia, el cual está fechado en 18 de enero de 1787. El documento refiere que la cueva en donde se encuentra el tesoro está en el Juego de Barras, a la mitad del cañón, frente a las cuevas del Pinalillo. Estos señores fueron a hacer la exploración en el Juego de Barras que está en la parte

donde nace el cañón y no en el de en medio del cañón, es decir, en el que está al principio el cañón de sur a norte: se encuentra este cerro de barras en el corazón de la sierra. El documento dice que en los tres juegos hay tesoros, pero que el mayor se encuentra en el que está en medio del cañón, al sur del Rincón de los Naranjos: a este juego fue a donde los guías que llevaban los condujeron y allí donde se practicaron los trabajos. De este sitio al en que actualmente se practican los trabajos de exploración, no hay más que la pequeña distancia de cinco leguas. Si los actuales moradores del barrio de San Juan de Guadalupe conocen actualmente este juego de barras, es debido a que tiene por señas un sofá y dos sillones arriba de la losa; estas piezas fueron labradas a pico, es decir, rebajando la piedra para que quedaran realzadas. La de en medio estaba tapada con tierra colorada y piedras y yo le he destapado. La del rancho de La Cantera fue destruída para sacar la cornisa del Santuario, según me lo dijo un viejecito hace más o menos treinta años.”

“La escritura de la Sierra de San Miguelito hace referencia de un sólo juego de barras; de aquí que los naturales no tienen noticia de otros, y si saben de uno es solo por una mera tradición, pues muy raros son los que conocen parte de la escritura, pues esta ya no existe completa: se han ido perdiendo las principales partes. Existe una copia fiel de ella escrita hace muchos años en poder de un amigo mío.”

“Aunque me he propuesto encontrar siquiera un solo individuo que conozca la sierra y me identifique los linderos que tiene para marcar la propiedad, no lo he conseguido. En la actualidad han tomado como lindero y punto de partida el Juego de Barras que todos conocen, lo cual es un error. Es verdad que el documento dice que el tesoro principal está en el Juego de Barras, y por eso se fijan en el que ellos conocen; pero el papel hace la observación de que se encuentra en el juego de barras que está a la mitad del cañón, frente a las cuevas del Pinalillo.”

“Un carbonero llamado Francisco Jaso, cada vez que traía a mi padre el carbón de manzanilla para la función, lo invitaba a que fuera a la Sierra para enseñarle el punto donde estaba la cueva tapada; pero mi padre nunca fue. Las señas que este señor le daba

era que en el puerto de enfrente estaba una piedra grande que parecía la iglesia de San Miguelito y otras muchas señas. Estas fueron las primeras noticias que tuve del tesoro estando yo muy joven, pues hace como cuarenta años. Muchos transcurrieron para que volviera yo a oír hablar del tesoro, hasta que, como antes he dicho, los señores Solana, Martínez y Díez Gutiérrez emprendieron los trabajos en busca de él. Después de tres o cuatro años de esto, volví a tener noticias por un viejecito de San Juan de Guadalupe de nombre Reyes Hernández.”

“Hace como treinta años el señor don Genaro Espinosa, conocido sastre de esta ciudad y que es mi compadre, y yo acostumbábamos salir a pasear al campo los domingos con rumbo de San Juan de Guadalupe. Nos acompañaban tres o cuatro jovencitos, el ahora médico don Pedro Rentería, su hermano Gabriel y otros que no recuerdo. Ibamos con el único fin de hacer ejercicio y comprábamos golosinas para alentar a los muchachos y que no se cansaran. En uno de estos paseos pasamos por el punto de los Arquitos, ya un poco tarde. Había allí una huerta chica que estaba bonita y en fruto. Habiéndonos agradado aquel sitio, nos propusimos volver con nuestras familias a pasar un día de campo. Así lo hicimos; el domingo siguiente fuimos con las familias y los niños jovencitos. Llegó el mediodía y estábamos comiendo, cuando aparecieron un viejecito y un niño en el patio de la casa. Le hice a mi compadre la insinuación de que los invitáramos a comer, y accedió. Estando ya comiendo, le pregunté que qué sabía del tesoro de la Sierra de San Miguelito; a lo que me contestó:”

“— El tesoro no está donde lo andan buscando; está como a la mitad del cañón del Juego de Barras, detrás del Cerro de la Gallina, en el rincón de Los Naranjos, frente a las cuevas del Pinalillo. Simplemente por curiosidad y con intención de buscar el tesoro, seguí preguntándole y me dio razón, santo y seña de lo que había adentro, haciéndome saber que una cuadrilla de hombres había depositado allí una corona envuelta en una mascada negra. Cada vez que le preguntaba yo como se llamaba el capitán de esa cuadrilla, eludía la contestación. Con la precisión con que este señor me platicaba y me decía lo que había dentro de la cueva, no le dí

crédito; y habiéndole dicho que los guías que traían los buscadores del tesoro eran señores bastante grandes, me contestó:”

“—Esos muchachos en aquel entonces no entraban hasta allí; solamente los soldados del señor.”

“Le pregunté entonces que cuantos años tenía, y me contestó que ciento trece. Estaba allí, porque llegó después, uno de sus hijos, el único que le quedaba, y que se llamaba Patricio, también ya viejo. Le pregunté que cuantos años tenía su hijo, y me contestó:”

“—Mi Patricio es mi jocoyolillo. Tiene ochenta años cumpliditos”.

“Esto me hizo no dar crédito a nada de lo que decía, aun cuando me proponía lo llevara, aunque fuera en burro, para decirme donde estaba la entrada tapada. Jamás tuve la idea de llevarlo ni mucho menos de ocuparme en buscar el tesoro, pues me parecía que estaba este señor en el período de la decrepitud y que lo que me platicaba era sólo por haberlo oído, como una tradición. Cuando alguna vez se trataba de tesoros ocultos y platicaba yo esto, tampoco a mi se me daba crédito.”

“Una vez, platicando con mi amigo el Sr. J. E. Schreder sobre tesoros, me dijo que él tenía un amigo que poseía un documento de este tesoro. Le encargué que me pidiera el original o una copia. Me contestó que estaba fuera, pero que le iba a escribir, y así lo hizo. En contestación le mandó una copia que contenía datos muy vagos sobre el tesoro, pero que coincidían con los que el viejecito me había dado y que yo había platicado a Schreder, los que creíamos entonces ciertos. En la carta que recibió Schreder acompañada de la copia, le decía su amigo que no tenía el documento original; que el Sr. Dr. Pagenstecher, que radicaba aquí, lo había prestado a él para sacar la copia, y que una vez hecho, se lo había devuelto.”

“Es exacto que el Dr. Pagenstecher regaló este documento a uno de los naturales del barrio de San Juan de Guadalupe, el cual dice que estando una vez descargando piedra en la casa del doctor, le preguntó si conocía el Juego de Barras y toda la sierra; que le contestó que sí, y que entonces el doctor entró a la casa y volvió a salir con un libro en la mano y le dijo:”

“—Vaya, toma tú, a ver si encuentras esto.”

“El pedrero tomó el libro y se lo metió debajo de la pechera, sin saber lo que contenía; llegó a su casa y lo aventó en un cajón, pero luego la curiosidad lo hizo enseñarlo a los que sabían leer, y hasta entonces supo lo que contenía. De ahí viene que todos conocen ahora los principales datos del tesoro; pero antes sólo se sabía allá por una tradición. Por más que he hecho, no he podido averiguar como fue a dar este documento a manos del doctor.”

“No estando conforme con estos simples datos, me propuse averiguar el paradero de la escritura de la Sierra, y ya me parecía imposible hallarlos porque ninguno de los caciques lo tenía, y creo que aún la tienen; pero por casualidad fuí a dar con un amigo mío y este me llevó con otro, quien fue quien me enseñó parte de la escritura, es decir, pedazos, pues con el tiempo se han perdido las principales partes de ella.”

“Cuando mi amigo la tuvo en su poder, viendo que estaba muy deteriorada, la mandó copiar expresamente en un libro; ví y leí la copia, la que es completa, porque seguramente al sacarse aún no estaba muy destruida. Me puse a averiguar el paradero de estas escrituras, porque ellas me pedían dar más luz sobre el punto que buscaba. Luego supe que en Morelia había una persona que poseía un Libro Protocolo que databa del año de mil quinientos y tantos. Mandé a una persona que averiguara lo que había de cierto sobre esto; y me escribió diciéndome que efectivamente existía ese libro, que quería veinte pesos por él. Inmediatamente se los mandé y a los cuantos días regresó mi amigo con el libro, que me dio tanta luz como la copia de que he hablado. Ya en mi poder el Protocolo, lo enseñé al Sr. Schreder y a otros varios amigos. Actualmente lo tiene un amigo mío. Todas las escrituras de importancia que se hacían por acá, se protocolizaban entonces en Valladolid, hoy Morelia.”

“Con todos los datos que logré reunir, fuí a hacer una exploración en compañía de los Sres. J.E. Schreder e Issac Pérez. Once días duramos en la Sierra para identificar el lugar; y a nuestro regreso presentamos al Gobierno el denuncia que ampara esta exploración, como lo previene la ley. No se había hecho antes el denuncia por temor de equivocarse el lugar donde se han de practicar los trabajos.”

“Desde que se presentó el denuncia he ido periódicamente a hacer exploraciones, pero no he tenido resultado. No solamente se ha gastado dinero de los socios que me han ayudado, sino también mío, pues he hecho algunas exploraciones por mi cuenta, como es sabido aquí. No se ha cambiado de lugar, porque en otra parte sería completamente infructuosa una exploración.”

“En la última exploración que hice, la suerte me favoreció. Digo esto, porque tengo la firme convicción de haber encontrado la entrada de la cueva que con tanto afán he buscado. Para identificar el lugar donde se encuentra la cueva, el documento dice así: “Estando en el Juego de Barras, buscarás la piedra del lindero de la Sierra de San Miguel y los terrenos de la H.; al norte de esa piedra verás una piedra grande que tiene la figura de una serpiente; está a las quinientas varas de la piedra del lindero en la mera esquina de la coyuntura que sube a la mesa de los Serradores; a un lado de la puerta está la figura de un hombre parado que parece un centinela que cuida de ella y un caballo que lo va siguiendo: esta figura está en medio de dos piedras”. Efectivamente, esta figura estaba oculta en medio de dos piedras y fue necesario barrenar la gran piedra que arrimaron para ocultarla. Una vez quitada la piedra se dejó ver la estatua del hombre y la cabeza de caballo. En la cabeza de la estatua se paraba un peón muy cómodamente. Se han tomado fotografías con dos personas paradas en la cabeza de la estatua, fotografías que existen en la Tesorería. Después de haber hecho este descubrimiento, se siguió practicando la obra, y se encontró un agujero muy reducido, el que se ha ido ensanchando. Como la obra que actualmente se está haciendo queda en la esquina, se practica con facilidad: no hay que rodar piedras, sino sólo disparar los barrenos que las arrojan hasta abajo. Al llevar como veinte varas de esta obra, apareció una mona de gran tamaño muy bien hecha. Esta figura está descubierta hasta la cintura y formada de laja: todas las personas que han ido a observar los trabajos, la han visto. La mona a que me refiero tiene una mancha en la cintura, lo que significa que en medio de las dos piedras está la entrada de la cueva: el color blanco significa la plata.”

“Así es que ahora estoy plenamente seguro de haber encontrado el agujero que conduce a la cueva. El trabajo que se ha

hecho es difícilísimo, y por esto no se ha podido terminar; pero en vista de lo avanzado que se encuentra, creo que habrá concluído en unas cuatro semanas más.”

“Se me había pasado hacer esta aclaración. En la escritura de la Sierra no aparece ningún plano para indicar los linderos, ni tiene escala o medida; solamente los indica por direcciones marcadas con sus respectivas mojoneras. Existen dos planos de esta Sierra, uno levantado por el bandido Pedro Astorga para indicar el lugar donde se encontraba la cueva; pero también sin escala; y otro adherido al documento de que he hablado con la misma fecha de él.”

“Yo levanté otro plano. Habiendo tenido conocimiento de la existencia de este tesoro, me propuse hallarlo; pero como para esto era preciso identificar el lugar, recorrí toda la sierra con un guía, Crescencio Méndez, que la conocía a la perfección. Después de esto volví con un amigo mío y duramos tres semanas para levantar el plano. Está hecho en papel de calca y existe en poder del Sr. D. Rafael Rodríguez, dueño de la Botica del Mercado, a quien una noche se lo dejé para que lo viera. Tiene en un lado el plano que dejó Astorga y en el otro el que yo levanté, con un sinnúmero de figuras o jeroglíficos que yo copié y los nombres antiguos de los cerros, nombres que en la actualidad no conocen ni los que se dicen propietarios de esa Sierra.”

“Hay otro dato curioso. Hay ahí un terreno de propiedad particular llamado Rancho de Conejos, y cuya escritura de propiedad existe o existía en poder de un cabrero nativo de Guanajuatito (Sta. María del Río). Este ni siquiera conocía el rumbo del terreno; sólo sabía que quedaba por la Sierra de San Miguelito. Linda por donde el sol sale (según dice la escritura) con el Juego de Barras y el Ojo de Agua de San Antoñito; por donde el sol se mete, con los potreros de Juan Santibáñez; por el norte, hasta el Puerto de la Iglesia; y por el sur, hasta la Mesa del Borrego.”

“Estos son los datos que tengo del tesoro, y la historia de las exploraciones que he hecho por encontrarlo.—Rodrigo Quezada.”

“Como interventor nombrado por el Gobierno, me consta que todo lo dicho por el Sr. Quezada es la verdad.— J.A.H.”

Un día después el Sr. Quezada publicó esta aclaración:

“... Mucho agradezco a U. que se haya servido publicar en su periódico los datos relativos a la exploración del tesoro y de los trabajos que actualmente se emprenden en la Sierra del Gigante, Sierra de San Miguelito; pues en mi concepto son de mucho interés.”

“Según parece, se van a suspender los trabajos en los momentos supremos, cuando estamos para acabar de descubrir el tesoro. Si esto sucede será una gran desgracia, pues cuantos han pretendido buscar dicho tesoro, han fracasado, y sólo yo he podido dar con la entrada de la cueva. Con objeto de que no se suspendan dichos trabajos, ofrezco a la persona que guste ayudarme a concluir la exploración, dos acciones aviadas de las que yo represento en la Compañía, la cual está constituida con arreglo a la ley. Para concluir estos trabajos, faltarán cuando mucho cuatro semanas, por lo mismo no es mucho el gasto que habrá que hacer para adquirir una fortuna.”

“Nunca había querido dar al público noticia de los trabajos que se han emprendido, temiendo que se nos tuviera como locos o ilusos; pero ahora lo hago, convencido de que es la verdad, en primer lugar; y en segundo, porque por falta de recursos no puedo yo solo concluir los trabajos.”

“Doy en seguida noticia del lugar en que se encuentra la boca de la cueva: Parándose uno en donde actualmente tengo mi campamento y viendo para el oriente, se encuentra la mona a que me refiero en los datos adjuntos. Dicha mona está descubierta hasta la cintura y tiene una mancha blanca en la cintura. Esta mancha es la que hay que seguir para llegar a la entrada de la cueva. Si alguna persona cree que la paralización de los trabajos obedece a mala inversión de los fondos que se me han confiado, puede ocurrir a la Tesorería a tomar informes...”

Quando ya todas las perforaciones y escombros removidos a lo largo de tantos años, empezaban a aromar los alrededores del Juego de Barras con ese sutil e incitante olor de ranciedad, propio del oro y la plata en conserva, se desató la bola o, como dijo don Porfirio: “Ya este loco soltó al tigre, a ver quien lo laza”. Hubo que abandonar la terca y añeja pesquisa. Los sudores, afanes, esperan-

zas e inversiones quedaron sepultados en la misma fosa de los tesoros de Astorga.

Quince años después, en 1925, un reportero sensacionalista sacó al oreo la vieja leyenda de Pedro de Astorga. Pero ahora sacando lo del Juego de Barras e incluyendo en el reparto de los comediantes al santo y llorado obispo don Miguel María de la Mora. Este tundemáquinas mintió desfachatadamente en la segunda parte. Quince días antes de que tal publicara esta versión, el Ilmo. Sr. De la Mora había salido a Roma a una comisión del Episcopado, y nada tuvo que ver en el asunto. A la sazón no estaba aquí y no pudo ni defenderse ni rectificar la noticia.

El susodicho tundemáquinas escribió: “. . . Don Pedro Astorga operaba en México y sus actividades se extendían a varios Estados, de tal manera que trescientas conductas logró capturar, apoderándose de un botín inmenso, que ocultaba en diversas partes del país; en sitios sólo de él y de sus gentes conocidos.”

“Andando el tiempo, murieron los bandidos que militaban a las órdenes del feroz bandido, y él, viejo y enfermo, solo vagaba por los montes que en sus entrañas contenían el fruto de sus rapiñas. Finalmente, la muerte le sorprendió también, y se llevó a la tumba sus secretos, aunque sus compañeros habían hecho planos detallados del sitio donde guardaban algunas respetables cantidades en barras de oro y plata. Uno de los depósitos se encontraba en la que hoy es hacienda de San Antonio de Rul, y no obstante que el tesoro había sido buscado con todo empeño, careciendo del plano, nada había podido lograrse; pero ahora, las cosas han cambiado, y el tesoro está próximo a caer en manos de quienes lo buscan con sin igual anhelo.”

“Sucedió que cierto día de la semana pasada, el Ilustre señor obispo de San Luis Potosí recibió una comunicación de otro prelado de una de las ciudades de España, quien después de darle algunos datos sobre el particular, le adjuntó los planos que son copia de los originales, que en un museo de España se conservan y los cuales dan los datos exactos del sitio donde el dinero se encuentra enterrado. Está perfectamente marcada la distancia en varas, de la falda del Cerro de la Mina. Cavando a determinada profundidad, se encontrará una cruz de piedra; a algunos metros más, una se-

gunda cruz, después de la cual se encuentra el estupendo tesoro, cuyo valor, al decir de los planos, es de \$23'000,000.00, de ocho reales, lo cual, con motivo de la alza en el precio de los metales, viene a aumentar enormemente su valor”.

“Inútil es decir que, tan luego como el señor obispo recibió los datos sobre la existencia del enorme caudal, dio los pasos necesarios para la extracción de éste, poniéndose luego al habla con el señor don Salvador Dosamantes Rul, que es el propietario de la hacienda de San Antonio de Rul, en cuyos terrenos se encuentra sepultado el tesoro. . . Varias conocidas personas forman parte de la expedición, que ha empezado ya con gran ahínco los trabajos, y entre los miembros se cuenta don Bonifacio Montante, persona muy conocida en San Luis Potosí y muy competente por su vasta instrucción y los profundos conocimientos que tiene de la región.”

“De acuerdo con los datos que sobre el particular nos han sido proporcionados, se sabe que el tesoro, una vez extraído, será distribuido en la forma siguiente: once millones de pesos para el propietario de la Hacienda, Sr. Dosamantes Rul; once millones para la Iglesia, y para el Gobierno del Estado, la parte que le corresponde conforme a las leyes vigentes.”

“El entusiasmo que se ha despertado tanto en esta ciudad como en el municipio de Moctezuma, que se encuentra situado a inmediaciones de la Hacienda, es muy grande, y se sabe que los trabajos han dado comienzo con éxito, pues ya se ha logrado encontrar la primera cruz de piedra que marca el plano. Esto, como es natural, produjo sensación tremenda en el ánimo de todos.”

“De acuerdo con los planos de Astorga, el dinero debe estar poco más o menos a una profundidad de treinta varas del suelo; pero existe la circunstancia de que en estos casos, el tesoro se encuentra siempre a una profundidad bastante mayor de la que se dice, lo cual se debe a que el metal, cuando es en gran cantidad, como en este caso, viaja en progresión descendente, debido a su propio peso. Así es que hay que buscarlo a mayor profundidad de la que indican los planos.”

“Sobre este asunto, como es natural, se ha guardado mucha reserva; pero pudimos recoger todos los datos debido a una circunstancia especial, que nos permitió ponernos al habla con una

de las personas más interesadas en el asunto . . . Si el tesoro es realmente extraído, será un enorme triunfo, pues el fabuloso tesoro de Astorga ha sido la ambición de mucha gente . . .”

Pasada la revolución, muertos ya cuantos estuvieron asociados en la rebusca de tan extraordinaria riqueza, surgieron otras versiones y más documentos, copiados de arratonados y polvorientos legajos, amarillos de años, o de cartularios con grandes sellos reales de lacre o de cera.

En uno se decía que el pobre de Astorga, corroído su ser por las bubas y los arrepentimientos, había dejado una puntual relación de dónde enterró sus tesoros; relación ilustrada aparte con un plano exacto de cerros, peñas, veredas y llanos. Que traspapelados con el tiempo estas dos partes, la una vino a parar a manos de don Rodrigo Quezada; pero extravió el rumbo, y así no encontró nada. La otra debe andar por esos mundos de Dios.

Ya muy acá, un aficionado a los tesoros, que en sus ratos de ocio cavilaba largamente sobre el tesoro del Juego de Barras y otros, recogió una noticia que lo movió a exhumar las fenecidas esperanzas de don Rodrigo Quezada. Encontró socios, y en comandita con ellos, formó una nueva sociedad —la última de que tenemos noticia—, cuyas bases fueron, de acuerdo con el texto original que transcribimos —sin los nombres—:

“Convenio privado celebrado entre el señor . . . y los señores . . . para la exploración y búsqueda de tesoros ocultos.”

“El señor . . . y los señores . . . forman una sociedad de carácter privado para buscar varias relaciones, sujetándose a las siguientes cláusulas:”

“El señor . . . se compromete a proporcionar a los señores . . . toda clase de datos, documentos y planos que se relacionen con los Tesoros que se vayan a buscar. Así mismo les ayudará a localizar y buscar toda clase de papeles y datos que puedan resultar útiles en el objeto que se proponen.”

“Los señores . . . se comprometen a llevar a cabo la organización de excursiones exploradoras, excavaciones, acarreos y todo lo relacionado con la localización, extracción y transporte de todo lo encontrado. Así mismo se comprometen a ayudar a la localización de documentos relativos al tesoro que se busque.”

“El señor . . . se compromete a ayudar a la localización y exploración que se lleven a efecto, siempre que sus obligaciones se lo permitan. Así mismo, usará el aparato indicador cuando las circunstancias lo requieran.”

“Los señores . . . se comprometen a hacer por su cuenta todos los gastos que origine la exploración, excavación y demás trabajos relacionados con este asunto.”

“En caso de encontrarse lo que se busque, se dividirá su valor intrínseco o importe nominal, en tres partes iguales, que serán: Una, para el señor . . . Otra para la señora . . . , y otra para el señor . . .”

“En caso de que haya que hacer otras participaciones entre personas que intervengan en la explotación de una relación, su importe se dividirá en prorrata entre los contratantes . . .”

“En caso de que alguno de los tres contratantes estuviera ausente durante la búsqueda y explotación de una relación, tendrá derecho a otra participación.”

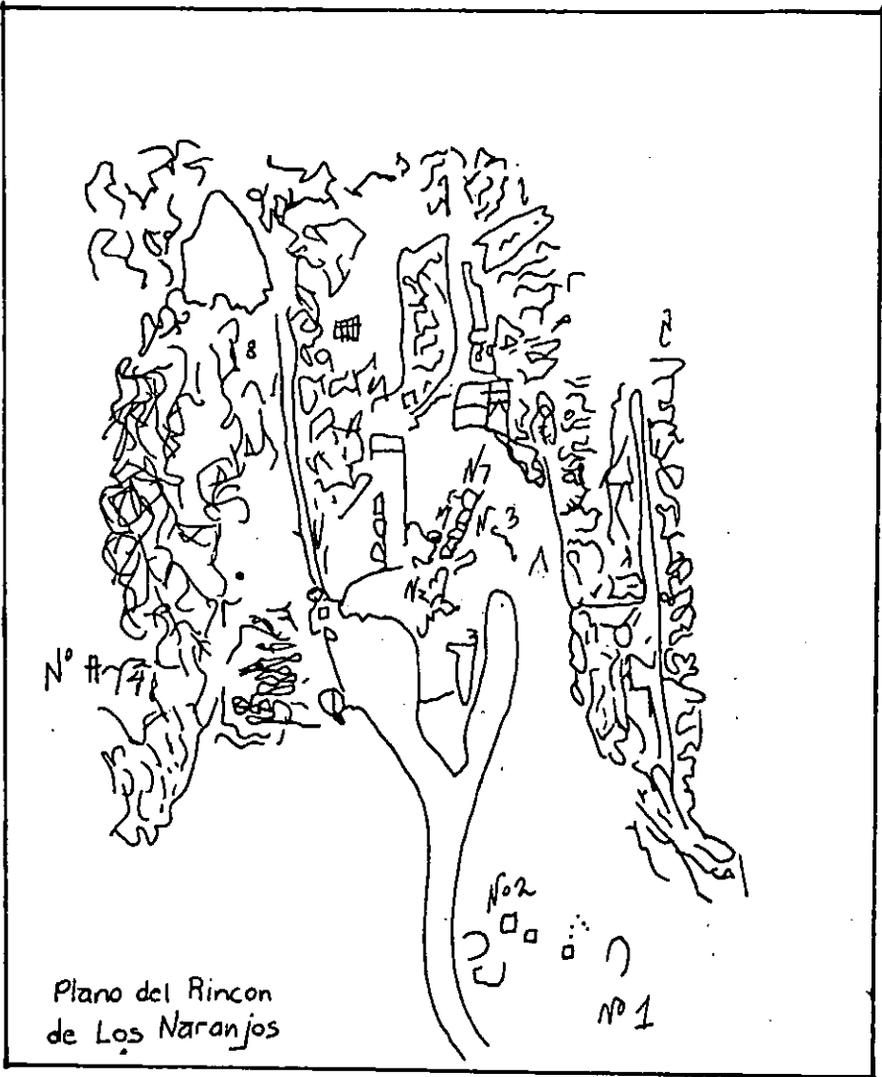
“Los contrayentes se sujetarán a este convenio en todas sus partes y renuncian a aquellas disposiciones del Código Civil que no vayan de acuerdo con lo estipulado.”

“San Luis Potosí, a primero de Agosto de 1938”. —Firmas.

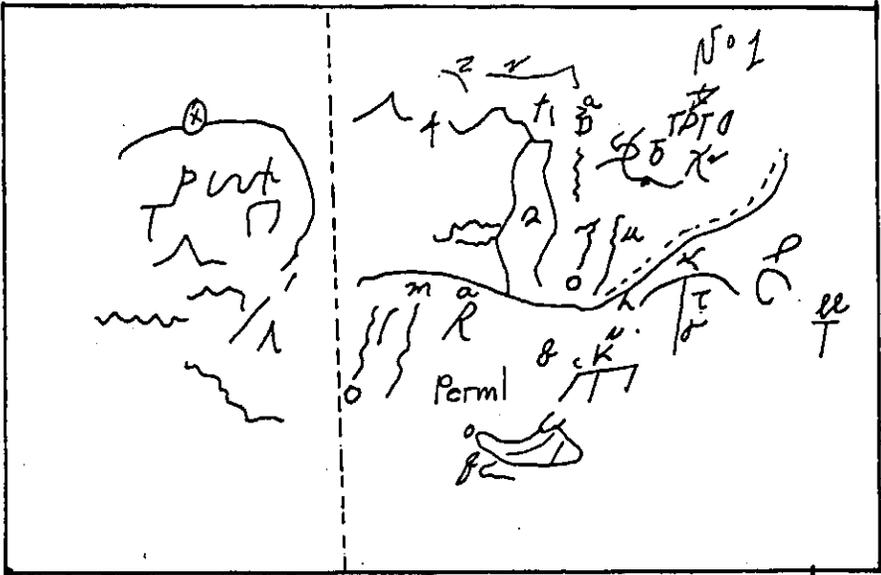
El primer socio falleció un año después. Los otros dos, doña Matilde y don Octaviano Cabrera Ipiña, en 1993.

Mientras tanto, el invaluable tesoro del Juego de Barras sigue allí, tal vez disperso, esquivo y evanescente: monedas en fornidos cofres de mezquite o en deleznables costales de ixtle, ringlas de barras quintadas, las de oro aquí y las de plata allá, y alhajas en bien labradas arquetas. He visto varios planos del Juego de Barras; pero el que no es apócrifo es contradictorio; y varias relaciones, que están por el estilo.

Adjuntamos los más fiables.



Plano del Rincon
de Los Naranjos



Nº 2 Esculpidas en la losa del Juego de barras

Nº 1 - >

Nº 2 - 8

Nº 3 - □

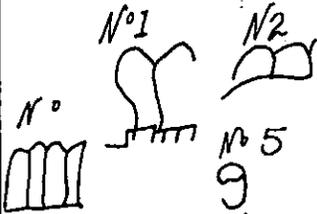
Nº 4 - 2

Nº 5 - ~

Nº 6 - X Nº 7 - C

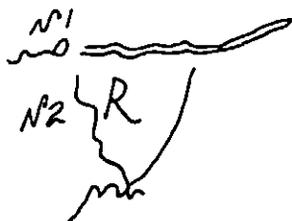
Nº 8 - S

Nº 3 Cuevas del Pinalillo ahora de Los Llanitos

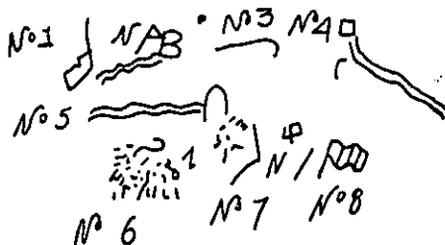


Sieneegas de Naranjitos

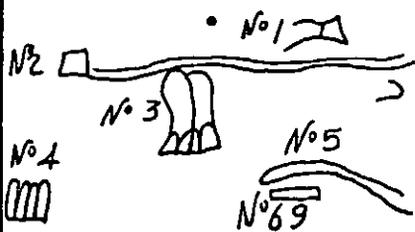
Nº 4 En la Primer cueva antes de llegar a las del Pinalillo



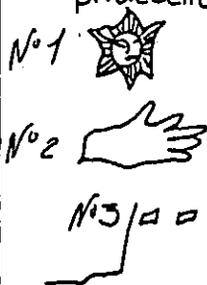
Nº 5 En una casa de la Rinconada de las minas de Juan Santibañez



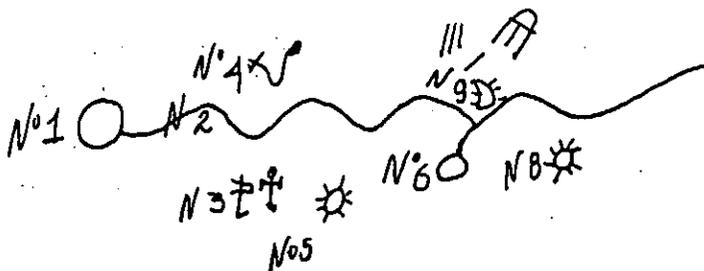
Nº 6 En una cueva cerca en la rinconada de el Pinalillo



Nº 7 Cueva del pitacoche



Nº 8 Cueva del Senzontle



EL TESORO DEL CERRO BOTIJON

El texto de esta "relación" llegó a nuestras manos en fotocopia, escrito en máquina y ocupa dos planas. Lo acompañan otras dos hojas. En una, la carta, manuscrita; en otra, el plano con signos y frases dispersas e inconexas. Las hojas lucen, bien marcados, un par de sellos: "Secretaría del Patrimonio Nacional Feb 13 1975" y "Secretaría de la Presidencia". Lo que quiere decir que en ese año buscaron el tesoro en cuestión, registro oficial ante las autoridades federales, con todas las de ley.

Un mentado Nicolás Gutiérrez parece que es el autor. Dice que fue capitán de la banda de La Capa Blanca y que estuvo a las órdenes de don Fernando Barragán, del Valle del Maíz, (S. L. P.), y jefe de los capitanes de La Capa Blanca: La relación carece de fecha, pero informa que ya en 1716 el capitán Gutiérrez formaba parte de la susodicha gavilla. Por estos datos y por los demás del texto, surgen muchos peros, que exponemos al final del documento.

"Derrotero y datos de un tesoro oculto en el Cerro Botijón, en la Fracción de "Ocampo", Municipio de San Nicolás Tolentino, San Luis Potosí."

"En el año de 1,716, mi padre Nicolás Gutiérrez, capitán de la Capa Blanca, que vivió en Tenango, Estado de México, hasta esta fecha; y en el mismo año, no pudiendo más estar allí, por la persecución que los molestaba, mi padre me trajo de la edad de 7 años y nos venimos al Cerro Pinto, donde está el capitán don Juan Oyola, con 120 compañeros de la guardia, y de allí nos venimos al

“Cerro Botijón”, donde estaba el capitán Agustín Bravo. Ahí, vi- viendo dentro del cerro, permanecemos durante tres años, cum- pliendo con nuestra misión, encomendada, así como los compa- ñeros que venían con mi padre, donde ayudamos a tapar la cueva, al recibir órdenes y retirarnos, donde se guardaba el tesoro o cuen- ta del capitán Agustín Bravo.”

“Oyola, mi padre Nicolás Gutiérrez y el capitán Agustín Bra- vo, todos fieles soldados, estaban bajo las órdenes y bajo el mando de don Fernando Barragán —del Valle del Maíz—, jefe de capita- nes de La Capa Blanca; y que don Fernando estaba de acuerdo con un gobernante de la ciudad de México, el general Juan Ruíz de Apodaca, nacido netamente español.”

“La cuenta o tesoro del capitán Agustín Bravo, que finalmen- te dejó de rendirse, se encuentra hasta nuestros días en el Cerro Botijón; en pesos fuertes, doblones de gran regocijo, hechos des- pués de la orden dada en el Bosque de Segovia, por S. M. el Rey Don Carlos II, y barras de oro en su acomodo, y cuentan todos es- tos bienes “cinco millones” del cuño del año de 1,679 y otros.”

“Localizada la cueva, por túnel o cima, pero que si es por ci- ma, ved pues el mapa y buscad en el arroyo o cañoncito que baja del Cerro Botijón, por donde entrábamos con las mulas cargadas; consultad el mapa, pues la entrada está de poniente a oriente, car- gando una bestia y hasta donde puedan subir y entrar. Aquí bus- quen a la izquierda la entrada de la cueva; está tapada con tierra. . . Huapillas, no quedando señal alguna, y si no la en- contrasen suban por el mismo arroyo, a donde el sol sale, y hacia el norte está un gran sótano, bajen por una escalera hecha a pro- pósito, lo cual tiene escalones de palo blanco, pero bajen hasta el fondo y busquen al sur la entrada de la cueva. A la entrada a la de- recha está una mesa con la Virgen del Rosario, más adentro está la campana de la capilla del Bagre, de Juan de Mechaca y Juana viuda de Laura, dueños del punto del Bagre. En los pies de la vir- gen se encuentran documentos de Juan de Mechaca y apuntes de otra cueva inmediata a la del Botijón. A la derecha hay una estiba de fardos de ropa, armamento, que nos aguardaba. Al frente de la entrada están cinco esqueletos apuntando a la entrada de la cueva, todos sacrificados por indisciplina al capitán Bravo, y en el suelo

uno de una mujer, y a un lado se encuentra en toda su grandeza el tesoro o cuenta del capitán Agustín Bravo, el más grande del que hay en el interior."

"Entrad, empero, aguardad, hasta quitar los lienzos o moños negros colocados en la entrada de la cueva, donde el tesoro, y la cadena, antes de abordar el lugar donde el tesoro del capitán y sus hombres os aguardan."

"Al rescatar los pesos fuertes de la pared de 40 metros que los aprisiona, tened cuidado, que alberga una gran piedra, enorme, como punta de flecha, filosa, que fue colocada en el cuerpo de la forma de cilindro, arriba, que puede a vosotros mataros, si no os cuidáis."

"Bien vale una misa lo que os digo, en mi nombre y de los que fueron mis compañeros, pues su alma aun no descansa."

"(Sacado que fue de su original en 1790, por Nicolás Gutiérrez, el hijo)".

En hoja aparte está el texto de la carta citada:

"Año 1,927"

"Señor Jesús Andrade Contreras"

"Sobrino y querido compañero:"

"Debido a mi avanzada edad, pues siento que mi vida ya termina, quiero legaros un secreto."

"En Villa Obagro, Nicolás Tolentino, se encuentra guardado un tesoro enorme *virreinal*. Data de 1,716."

"Tu antepasado, Agustín Bravo, lo introdujo en el Cerro Botijón."

"Buscadlo *en secreto*."

"Has obras dignas de nobleza y generosidad."

"Te envió un plano, el derrotero y otras guías. Los nombres ha sido tal vez modificados."

"Busca el Cerro."

"Nicolás Gutiérrez.", rúbrica.

La lectura de este documento provoca muchos peros. Entre otros:

1o. — Para 1716 nadie en la Nueva España pensaba independizarse de la Vieja España. La fecha de 1716 o está equivocada o es completamente falsa.

2o.—En tal fecha faltaban más de dos siglos para que se formara el Estado de México, y al principio dice que “vivió en Tenango, Estado de México”.

3o.—En esos años el virrey Duque de Arión (1716-1722) expulsó de Texas a los franceses y de Tris a los ingleses, en lo que ocupó las fuerzas militares. Su sucesor, el Marqués de Casafuerte, (1722-1734), por su atinado gobierno en el desarrollo del virreinato y de la paz, mereció que se le calificara de “Gran Gobernante” y que su mandato se prolongara hasta su muerte. Así las cosas, no es aceptable la existencia de un grupo subversivo tan grande: “120 compañeros”.

4o.—El genearca de los Barraganes, Rufino, de muy turbio origen, entró al país por la puerta falsa, por Nueva Orleáns, y se escondió en Coxcatlán. Hacia 1750 apareció, ya sin temor a la justicia, en el Valle del Maíz. En su testamento, fechado en 1761, declaró que dejaba tres hijos naturales, ninguno con el nombre de Fernando. El mayor contaba 29 años de edad, nació por 1732. De donde resulta que para 1716 aun no existían los Capas Blancas ni ninguno de los Barragán en el Valle del Maíz.

5o.—“120 compañeros” es mucha gente. Acuartelar y mantener a tantos hombres en un lugar aislado y por años, sin víveres ni pólvora y demás equipo al alcance de la mano, es casi imposible por muchas razones.

6o.—“El general Juan Ruíz de Apodaca” de ninguna manera fue contemporáneo de Oyola, Gutiérrez y Bravo. Fue el antepenúltimo virrey de la Nueva España (1816-1821), o sea, gobernó un siglo después de la fecha indicada en el documento.

7o.—Se menciona una “Pared de 40 metros”, lo que es inadmisibile, ya que el Sistema Métrico Decimal en definitiva se estableció en México por ley en 1882. En el siglo XVIII aun no se usaba, como que nació en Francia a fines de ese siglo.

8o.—El plano que acompaña al texto, o es una pésima copia del “original” o es una burdísima falsificación. Lo demuestran las notas que lo adornan.

9o.—Dicho plano está “nortado”, o sea, indica los cuatro vientos en la forma actual, con el norte arriba. En esos siglos lo que se tomaba en cuenta era el oriente, no el norte.

10.—El texto del documento y la carta anexa, emplean indistintamente —y mal— la segunda persona, a veces en singular, a veces en plural: localizad, busquen, entrad, mataros, os, legaros, tu, buscadlo, has, busca. Ni entonces ni ahora se ha hablado así.

11.—La escritura de la carta y del plano son de una misma y sola mano. Si se escribieron en 1937, como lo indica la fecha en el principio de la carta, o son una mala copia o calca o son una burda invención.

INDICE

Bocamina	7
El Tesoro de Miguel Chiquito	11
El Tesoro de Los Capas Blancas	24
El Tesoro de la Calle del Portillo de San Francisco	29
El Tesoro del Marqués de la Jarretera	36
El Tesoro del Conde Duque de la Mancha	42
El Tesoro de Juan Núñez	51
El Tesoro de Don Toribio Cortina	61
El Tesoro de Elguezabal	69
El Tesoro del Lego Herrera	77
El Tesoro Carmelita del Tanquito	82
El Tesoro de la Real Caja	87
El Tesoro del Cuartel del Cobre	92
El Tesoro de la Calle de Aquiles Serdán	100
El Tesoro de Donato Campos	108
El Tesoro de Pioquinto y Polonio	115
El Tesoro de Miramón	121
Los Tesoros del Compadre Urbina	128
El Tesoro de Magdaleno Cedillo	137
El Tesoro del Juego de Barras	153
El Tesoro del Cerro Botijón	180

Por acuerdo del señor Ing. Jaime Valle Méndez, rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, este libro se imprimió en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina. Se dio término a la impresión el 20 de octubre de 1995. La edición estuvo al cuidado de su autor y del C.P. José de Jesús Rivera Espinosa. Se tiraron 1000 ejemplares.

En todo hay algo de azaroso, de sorprendente, de mítico. El oro al final del arco iris, las minas de Salomón, la cueva de Alí Babá, todas ellas encierran un misterio y descubrirlo nos pone en riesgo de perder la vida o la cordura.

El arcón con pedrería, la olla repleta con monedas de oro, las barras de metal precioso, marcan el final de un camino que corre entre abismos.

Con el señuelo de la riqueza fácil se emprenden peligrosos viajes y cansadas excavaciones que pocas veces se ven coronadas por el éxito.

En México proliferan las historias de tesoros anunciadas por fantasmas, luces raras, sonidos misteriosos. México se construye a mitos y, el de los tesoros, abunda entre tantos otros.

Rafael Montejano y Aguiñaga, Académico de la Historia, Investigador Emérito del Centro de Investigaciones Históricas de San Luis Potosí, Bibliógrafo y Bibliófilo, es un buscador de tesoros: con la vara, con la pluma y con el plato magnético. Escarba, se mete en túneles y cuevas para rescatar los hechos, las ficciones. El historiador nos muestra un México y un San Luis Potosí mágico y esperanzado, que extrae del miedo de los hacendados o de las correrías de los bandoleros, un sinfín de tesoros que sólo esperan el buscador propicio que con un golpe de suerte desentrañe el misterio y saque a flote las monedas.

Rafael Montejano camina por las leyendas potosinas para llenar una olla y enterrarla, para tejer un mapa del tesoro, para enseñarnos, un poco, del misterio que encierran cuatrocientos años de historia.

N. T. G.



Editorial
Universitaria
Potosina